LOS MODOS DE GANARSE LA VIDA

IGNACIO MOLINA

_novela

entropía

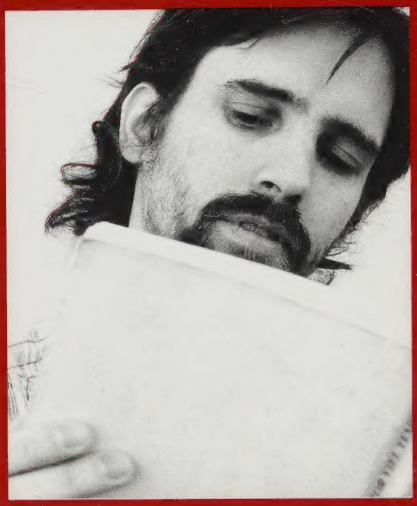

Foto: Clara Muschietti

Ignacio Molina nació en Bahía Blanca en 1976.
Publicó el libro de cuentos *Los estantes vacíos* (Entropía, 2006), el volumen de poemas *Viajemos en subte a China* (Pánico el Pánico, 2009) y el ensayo *Tribus Urbanas* (Kier, 2009).
Mantiene el blog *Unidad Funcional.*
Trabaja como periodista y corrector de estilo.
Los modos de ganarse la vida es su primera novela.

Ignacio Molina

LOS MODOS DE GANARSE LA VIDA

Editorial Entropía
Buenos Aires

CDD A863
MOL

Molina, Ignacio
Los modos de ganarse la vida - 1ª ed.
Buenos Aires: Entropía, 2010.
148 p.; 20x13 cm.

ISBN: 978-987-24797-8-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

Editorial Entropía
Gurruchaga 1238, dpto. 3 (CP 1414)
Buenos Aires, Argentina
info@editorialentropia.com.ar
www.editorialentropia.com.ar
editorial-entropia.blogspot.com

Diseño: Entropía
Fotos de tapa: Julia Hacker / Sebastián Martínez Daniell

© Ignacio Molina, 2010
© Editorial Entropía, 2010

ISBN: 978-987-24797-8-7
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Primera edición: junio de 2010
Impreso en Artes Gráficas Delsur SH
Almirante Solier 2450 (1870) - Avellaneda - Buenos Aires

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra.
Reservados todos los derechos.

a Fausto

Primera parte

A

Aunque la habitación estaba en penumbras, por la intensidad de la luz que entraba por las rendijas de la persiana supe que era un día soleado. Mientras Cecilia me hablaba, yo, mirando sus cejas, pensaba en lo que podría haber estado haciendo en la calle. Me imaginé caminando hasta una plaza, tirado boca arriba en el pasto, y distinguí los ruidos que nos llegaban desde afuera: el motor de un auto que frenaba en la esquina, los gritos de unos chicos que pasaban corriendo, la música que un vecino ponía a esa hora del domingo.

El sonido del timbre fue la excusa que esperaba para levantarme. Cecilia siguió hablándome desde la cama mientras yo buscaba plata en los cajones, pero enseguida, cuando me alejé hacia el living, dejé de escucharla. Para abrir la puerta corrí los suplementos con un pie y, como estaba en calzoncillos, asomé sólo la cabeza.

El canillita me saludó sin mirarme a los ojos. Al ver el billete de cinco pesos me dijo que también tendría que pagarle el diario del domingo anterior. Aunque yo estaba casi seguro de que no le debía nada, mientras le pedía un minuto y volvía al cuarto pensé que pagaría mucho más de tres pesos con cincuenta con tal de no iniciar una nueva discusión.

–...Hoy salimos campeones –me dijo él antes de darme el vuelto en monedas, y yo deduje que, mientras me esperaba del otro lado de la puerta, había intentado hablarme de fútbol.

Metí casi todos los suplementos dentro del cuerpo principal, y hojeando el deportivo me encerré en el baño. Giré uno de los grifos de la ducha. Antes de prender la luz esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad. A medida que el ambiente se iba llenando de vapor vi cómo mi imagen desnuda se iba haciendo borrosa en el espejo. Recién cuando Cecilia me preguntó en voz alta si podía pasar, yo regulé la temperatura del agua y me paré bajo la lluvia.

A las cuatro y media, Cecilia me sacudió un hombro para decirme que en un rato la pasaría a buscar una amiga. Me avisó que había un mensaje para mí en el contestador y me preguntó dónde tenía monedas. Yo tardé unos segundos en abrir los ojos, y desilusionado, mientras me hacía a la idea de que las imágenes que se iban yendo de mi cabeza eran parte de un sueño, le dije que sobre la heladera había dejado el vuelto del diario y le pedí que antes de irse abriera la ventana.

Me despabiló el timbre; volvió a sonar tres veces mientras ella bajaba en el ascensor. Junté las partes del diario, sin levantarme, y me puse a hojearlo por segunda vez en el día. El vapor y las gotas de la mañana habían endurecido las páginas centrales. Con el televisor mudo en un canal de noticias, desplegué los suplementos sobre la cama y decidí no dejar de leer hasta que alguno de los titulares del papel coincidiera con alguno de los que pasaban por la pantalla.

Unas horas más tarde, cuando salí a la calle con ganas de fumar, vi que el almacén de enfrente ya estaba cerrado.

Calculé el número de cuadras que tendría que hacer hasta Rivadavia. El bar de la esquina desbordaba de gente; todas las mesas estaban ocupadas y en la vereda había unas diez personas que, por no haber conseguido lugar o no haber querido pagar una consumición, intentaban mirar el partido a través de las ventanas.

Caminé hacia la avenida por la calle desierta. Desde algunas casas me llegaban voces de relatores. Durante los segundos que tardé en pasar frente a la ventana de una planta baja intenté registrar la mayor cantidad de imágenes posible, como si estuviera sacando una fotografía mental: el mantel de hule, la pantalla verde, el empapelado violeta, las piernas del hombre sentado en un sillón.

El kiosquero también estaba mirando el partido. Tenía un televisor debajo de la caramelera, un lápiz detrás de una oreja y una camiseta de fútbol de un equipo europeo. Sin mirarme a los ojos me preguntó qué necesitaba, y para no desconcentrarse siguió atendiéndome con señas: me dio el atado y las monedas del cambio sin decir una palabra.

Durante el camino de vuelta empezó a anochecer. Aunque era consciente de que no tenía encendedor, me puse un cigarrillo en la boca. En la planta baja del último edificio habían bajado la persiana casi hasta el fondo; todavía quedaba un espacio de cinco centímetros pero no me animé a agacharme para volver a espiar. Como el alumbrado demoraba en prenderse y en algunas veredas había baldosas levantadas, tuve que caminar mirando hacia abajo.

Tirado en la cama, mientras veía cómo se deshacían los aros de humo antes de llegar al cielorraso, pude oír el inicio de los festejos: un coro de bocinazos que venía de la calle y dos gritos que me llegaron desde los departamentos vecinos. Enseguida prendí la luz y toqué el control remoto

hasta sintonizar un canal deportivo. Viendo los preparativos de la vuelta olímpica, imaginé cómo el bar de la esquina ya habría empezado a vaciarse.

A las nueve de la noche, Cecilia me llamó desde la calle; como si en algún momento me hubiera informado que se iba al Parque Lezama, me retó por no haberle avisado que se jugaba "un campeonato importante" en la cancha de Boca. Me contó que de pronto, mientras esperaban al 168 de vuelta, habían visto cómo los colectivos pasaban de largo y todo el barrio se llenaba de gente.

Ahora me hablaba desde un teléfono público porque se le había acabado el crédito del celular. Me dijo que no la esperase a comer, que se quedaría en el Británico hasta que todo se calmara. Aunque estaba claro que me había llamado con la idea de retarme, no percibí demasiado enojo en su voz. Escuchando los gritos y los motores que pasaban por detrás de sus palabras, me tiré en la cama para subir el volumen del televisor y, acordándome del mensaje guardado en el contestador automático, apuré la despedida.

B

A la mañana siguiente, cuando estaba a punto de subir a un colectivo, escuché que alguien gritaba mi nombre desde la hilera de autos detenidos frente al semáforo en rojo. Miré hacia los costados, en busca de alguien que respondiera o que pareciera llamarse como yo, pero enseguida vi a Ezequiel asomando la cabeza por una ventanilla.

Al abrir la puerta, en un acto reflejo, me saqué las monedas del bolsillo. Después, respirando el olor que había dentro del auto, saludé a Ezequiel exagerando un gesto de sorpresa, miré el espejo retrovisor, y, al ver subir a un colectivo a la

chica con la que había estado hablando, me arrepentí de no haberme planteado la posibilidad de invitarla.

Avanzamos unas cuadras sin hablar. Aunque el ruido del tráfico disimulaba nuestro silencio, en algún momento me vi obligado a señalar el muñeco azul y amarillo que colgaba del espejo y hacer el primer comentario que se me ocurriera.

–Azul y oro –me aclaró Ezequiel, y durante el resto del viaje hacia la oficina no dejó de hablarme de fútbol. Mientras me contaba que había estado en la platea y que después del partido había podido saltar a la cancha para abrazar a los jugadores, yo pensé que me parecía raro ver el paisaje de todas las mañanas desde una altura menor. Los carteles de publicidad y los edificios eran los mismos, pero la nueva perspectiva les daba un semblante diferente.

En el aire se respiraba una mezcla de humo, lavanda y perfume barato. Antes de que pudiera distinguir si ese olor provenía de un desodorante de ambientes o del cuerpo de Ezequiel, él me dijo que la vuelta olímpica había sido "una fiesta", y, como para convencerme de eso, me mostró las fotos que había sacado con su celular.

Aunque trabajábamos a pocos escritorios de distancia, en el resto del día no volvimos a hablarnos. Cada vez que yo planeaba alguna excusa para preguntarle si siempre haría el mismo recorrido, veía que él estaba demasiado ocupado en cargar a los hinchas de los otros equipos. Recién a la mañana siguiente, después de gritar mi nombre en la misma esquina, me explicó que se había mudado con su mujer a un departamento en Floresta.

–Un PH en realidad –me aclaró nueve horas más tarde, al final del camino de vuelta, y yo, intentando descubrir el origen del perfume, me acerqué a su cuello con la excusa del saludo.

Me bajé del auto conteniendo la respiración, intentando retener el aire en la nariz y diciéndome que, cada vez que alguien me describía una casa, no podía pensar en ambientes amplios ni luminosos. Aunque hacía un esfuerzo, siempre terminaba imaginando lugares chicos y en penumbras, sensación de encierro, pinturas descascaradas, humedad en las paredes.

Dos años antes, cuando decidimos mudarnos juntos con Cecilia, había podido confirmar que la realidad de todos los departamentos coincidía bastante con la imagen que me había hecho de ellos al leer sus descripciones en los clasificados de los diarios o en las revistas de las inmobiliarias.

La ciudad se iba achatando y oscureciendo a medida que me alejaba de Rivadavia. El edificio en el que vivíamos era el único en dos manzanas a la redonda. La mañana de la mudanza, mientras ayudaba a los fleteros a cargar algunos muebles, había descubierto, tallada en la entrada, su fecha de construcción: mayo de 1970. Desde entonces, vivía con la impresión de que toda nuestra cuadra estaba como quedada en el tiempo.

C

A lo largo de la semana fue tomando forma en mi cabeza la idea de responderle a Guillermo el mensaje que había grabado en mi contestador. No dejaba pasar un día sin plantearme esa posibilidad. Una tarde, volviendo de la oficina, terminé de convencerme y salí del subte imaginando posibles modos de iniciar un diálogo.

Como para no perder el impulso, apenas entré a mi casa me senté junto al teléfono. Ensayé un saludo en voz alta y traté de no pensar demasiado; supe que si lo hacía me arrepentiría antes de marcar. Como cuando era adolescente

y tenía que llamar a una chica por primera vez, anoté palabras o frases sueltas que me ayudarían a tejer la conversación cuando empezara a deshilacharse.

Colgué el tubo al escuchar la voz de Marina del otro lado del cable y, con un segundo de diferencia, el giro de la llave en la cerradura. Cecilia volvía cansada del trabajo; le pregunté cómo le había ido y me quedé unos segundos inmóvil, con la mirada fija en la pared. Mientras se desvestía, ella me besó la frente y me preguntó con quién hablaba, pero antes de que pudiera inventarle una respuesta la vi encerrarse en el baño.

Esa noche, como las de casi todos los viernes, llevé al almacén el envase de cerveza que habíamos vaciado una semana antes y volví con uno lleno. En el ascensor, intenté despegar del vidrio humedecido la etiqueta mojada. Después llevé la bandeja a la cama y comimos empanadas mirando televisión. Más tarde, cuando Cecilia me abrazó debajo de las sábanas, yo supuse que la chica que atendía el teléfono en la pizzería ya debía saber de memoria nuestros gustos preferidos.

Las voces de los invitados a un departamento vecino se me mezclaron entre los sueños. Viéndome a mí mismo como parte de esa reunión, recordé que cuando vivía con mis padres el teléfono no paraba de sonar y que en mi etapa de soltería casi no había noches en que Guillermo no me tocara el portero para avisarme desde el hall, mientras se cerraba la puerta de calle, que ya estaba subiendo.

Tirados en el sofá-cama del monoambiente fumábamos y mirábamos televisión hasta que se nos cerraban los ojos. Guillermo decía que, aunque lo deprimía la idea, no podía evitar levantarse al mediodía; aún vivía con su familia y empezaba a trabajar a las dos de la tarde. Yo, en cambio, me levantaba a las siete y media, pero, pese a la confianza que nos

teníamos, nunca me animaba a pedirle que no subiera o que se fuese temprano.

Esa etapa de nuestra relación se terminó la tarde en que él me avisó por teléfono que había empezado a salir con Marina. Desde entonces –salvo un sábado en que nos cruzamos sin saludarnos en una heladería– no volvimos a vernos. Al verano siguiente yo conocí a Cecilia, y un año después, cuando ya vivía con ella, me llegó la invitación a la fiesta de casamiento. Durante una semana estuve dudando sobre qué hacer, y al final decidí que lo más razonable sería avisar que no iría pero mandar un regalo.

D

Cecilia y mi mamá cumplían años el mismo día. La tarde en que una de ellas daba sus primeros gritos en la sala de partos, la otra, a menos de cincuenta cuadras de ahí, festejaba su cumpleaños número veintisiete.

Ese sábado, mirando sin ver por la ventanilla del tren que nos llevaba a Ramos Mejía, volví a pensar en la casualidad. El día estaba cada vez más soleado. A medida que nos alejábamos del Centro se iban evaporando las nubes. Si el cielo fuera el dibujo de un nene, pensé, sobre el fondo celeste habría un círculo amarillo atravesado por rayos.

–Como está el día –dijo Cecilia al salir de la estación, y yo pensé que, si su exclamación hubiese sido una pregunta, le respondería "como el dibujo de un nene", o como dije en voz alta:

–Cómo si supiera que es sábado.

En el supermercado caminamos por pasillos diferentes y nos encontramos en el fondo para meter en el canasto dos gaseosas y una botella de vino. También compramos pan,

dos salamines y un triángulo de queso. Un hombre de musculosa y pelo largo se quejaba porque no quedaba más carbón, y un guardia tuvo que calmarlo para que no le siguiera gritando a las cajeras.

De vuelta en la calle nos cuidamos de no agitar demasiado las botellas. Camino a la casa de mi mamá nos comimos, sin darnos cuenta, más de un tercio de la *baguette*. Cada vez hacía más calor; no teníamos claro si lo que aumentaba era nuestro cansancio, o si el clima se espesaba porque nos íbamos acercando al mediodía. Desde la vereda vimos la columna de humo que salía de la parrilla. El pasto del frente estaba demasiado crecido, y en la galería había matas de yuyos que salían por entre las baldosas levantadas.

Antes de entrar en la cocina saludamos a Esther, a mi mamá y a algunos de mis primos, y después juntamos lo que pudimos sacar de la heladera con lo que habíamos comprado nosotros. Por la ventana, mientras cortaba el queso en dados, hice la cuenta de la cantidad de invitados que me quedaba por saludar.

Aunque las brasas ya estaban listas, la carne seguía extendida sobre la mesada. El asador era Ernesto, un amigo de la juventud de mis padres que había venido especialmente desde Gualeguaychú. Estaba más canoso que en su viaje anterior. Cuando fui a llevarle el vacío y le pregunté cómo andaba, él me contó que íbamos a comer chorizos entrerrianos y me presentó a la chica que, hasta ese momento, yo había confundido con una amiga de mis primos.

E

Después de comer entré en la casa y me tiré boca arriba sobre la cama del que había sido mi cuarto y ahora era una

especie de depósito. Dejé los ojos abiertos; supe que si los cerraba me quedaría dormido. Noté cómo iba apagándose de a poco la fosforescencia de las figuras que simulaban un cosmos en el techo, pero enseguida pensé que lo que se modificaba, al asimilarse a la penumbra, era el calibre de mi mirada: a medida que las estrellas y los planetas perdían brillo, se me hacían más visibles las manchas de humedad.

Desde afuera, por las rendijas de la persiana, me llegaban las voces de varias conversaciones que se confundían en un solo murmullo. De a poco fui clasificando los diferentes temas y registros, y por el tono de las palabras de Ernesto me di cuenta de que la diferencia de edad que tenía con su nueva novia lo hacía sentirse bastante incómodo ante las amigas de su generación.

Aunque identifiqué la cara del hombre que charlaba con mi mamá, no pude recordar cómo se llamaba. Me sorprendió que ella volviera a hablar de política. Escuchándola, me dije que nuestra relación estaba pasando por una etapa de transición: algunos años atrás ella había dejado de pasarme plata y de llamarme todos los días para ver cómo andaba, y supuse que no faltaría demasiado para que yo tuviera que empezar a hacer esas cosas por ella.

En eso estaba pensando cuando escuché los pasos de Cecilia en el pasillo. No alcancé a hacerme el dormido antes de que me viera; esquivó el televisor, me preguntó si me sentía bien y me ofreció una cucharada del helado que se había servido en una taza de té. Yo le agradecí, le pedí que se sacara las zapatillas y le hice el gesto de que se acostase a mi lado. Mientras me preguntaba si lo que estaba paladeando era vainilla o crema americana, me estiré en el aire para cerrar la puerta de un manotazo.

F

El jueves siguiente, como cada vez que coincidían nuestros horarios de salida, Ezequiel se ofreció a acercarme a mi casa. Yo había planeado caminar solo hasta el Cabildo para viajar en subte, pero ante su insistencia no supe qué excusa poner.

En la vereda, mientras esperaba a que él terminase de saludar al encargado, pensé que era raro permanecer quieto en un lugar en el que siempre estaba en tránsito. Sentado en la entrada del edificio miré pasar a la gente, intenté distinguir el ruido de los diferentes motores y me dije que estando así, quieto y sin urgencias, los minutos parecían alargarse.

Caminamos en silencio hasta la cochera. Subí al auto y bajé la ventanilla con el mismo gesto con que, casi al mismo tiempo, me desabroché el segundo botón de la camisa. Ezequiel sintonizó en la radio un programa deportivo. Durante la tanda publicitaria bajó el volumen y empezó a hablarme sobre una chica que había conocido el fin de semana y sobre los problemas que había tenido con su novia, pero enseguida, sin poder controlar su fanatismo, desvió la conversación hacia el fútbol.

Mientras fingía prestarle atención, mirándolo a los ojos en cada esquina, yo me concentraba en dos cosas a la vez: fantaseaba con la posibilidad de cambiar de trabajo, y, por debajo de ese pensamiento, me preguntaba hacia dónde estaría viajando si no viviera con Cecilia. En un semáforo rojo, cuando volví a escucharlo, me asombré al darme cuenta de que acababa de apostarle veinte pesos a que la semana siguiente Boca perdería contra un equipo colombiano por la Copa Sudamericana.

Volviendo a mirar por la ventanilla, pensé que me hubiese gustado aprender algún oficio: zapatero, carpintero, o

cualquiera que tuviera que ver con las manualidades, y me dije que en alguno de esos casos podría trabajar en un taller instalado en mi casa. Una cuadra antes de llegar a Cachimayo, y como agradeciéndome por haberle prestado atención, Ezequiel se ofreció dos veces a dejarme frente a mi edificio, pero ante mi negativa ya no volvió a insistir.

Nos saludamos sin tocarnos. Caminé unos metros con la mirada fija en las baldosas y, temiendo que el almacén estuviera cerrado, decidí volver sobre mis pasos para comprar alguno de los chocolates que le gustaban a Cecilia. A veces, menos para alegrarla que para obtener la esperanza de alguna retribución, me gustaba hacerle saber que en algún momento del día había estado pensando en ella.

El kiosquero miraba el noticioso. El televisor, que tenía más pulgadas de las que había imaginado, ya no estaba debajo de la caramelera sino sobre la heladera exhibidora, junto a una planta a la que parecía nunca llegarle luz natural. El volumen estaba demasiado alto y el movimiento de las bocas de los periodistas, como en un mal doblaje, no coincidía con las voces que se escuchaban.

Mientras intentaba ver la hora y la temperatura en la pantalla, imaginé a Ezequiel escuchando esa misma radio, cada vez más lejos del kiosco, y a Cecilia sintonizando en mi casa el mismo canal. Antes de recibir el vuelto me prometí no moverme de ahí hasta que alguna de las noticias del informativo coincidiera con alguna que pasaban en la pantalla, pero cuando guardé las monedas ya estaba pensando en otra cosa.

Además de pasar del alumbrado de Rivadavia a las sombras producidas por el mal estado de los postes de Cachimayo, a medida que me alejaba del kiosco, mientras contaba las cuadras que había hasta mi casa y los años que

nos separaban de 1970, aumentaba mi sensación de estar viajando hacia el pasado.

G

Un sábado a la noche, después de tres años sin verlo, me encontré con Guillermo en una pizzería de Primera Junta. La semana anterior él había querido organizar una salida en parejas, pero yo le dije que todavía era muy pronto para eso, que prefería que primero nos viéramos nosotros dos solos. A las diez y media salí de mi casa, caminé hasta esa esquina y, al mirar hacia el interior del local, decidí ir a dar una vuelta manzana.

Me alejé de las luces. En la penumbra de una cuadra paralela a las vías miré todo el tiempo hacia los costados, como temiendo que alguien saliera de la oscuridad para asaltarme aunque sabiendo en realidad que no pasaría nada. En la siguiente vereda me crucé con un hombre que juntaba cartones, con otro que me pidió monedas para el tren y con uno más joven al que confundí con un compañero de trabajo y estuve por saludar.

De vuelta en la esquina del bar, vi a Guillermo sentado a una mesa para dos. Lo primero que se me vino a la cabeza fue nuestra última conversación telefónica. Abrí la puerta, me acerqué sin mirarlo a los ojos, y después de los saludos le pregunté si podríamos cambiarnos al sector de no fumadores. Me pareció raro que hubiera elegido una mesa pegada al mostrador; pese a la hora y a la ubicación, más del cincuenta por ciento del local estaba disponible.

Guillermo se veía más gordo (entre cinco y diez kilos más, calculé mirándolo de reojo) y aunque tenía el corte de siempre ya estaba empezando a quedarse pelado. Al principio

me dio la impresión de que estaba demasiado cambiado, pero enseguida, cuando nos pusimos a hablar, me di cuenta de que seguía siendo la misma persona.

Aunque, obligado por mis preguntas, de vez en cuando hablaba sobre su vida matrimonial, Guillermo no nombró a Marina en ningún momento. Cuando pedimos la segunda pizza y la tercera cerveza el local ya estaba casi completo; sólo quedaba libre la silla que había elegido él.

Las chicas de la mesa de al lado nos miraban demasiado seguido, como si siempre estuvieran a punto de saludarnos. Mientras Guillermo desviaba la conversación hacia los problemas que estaba teniendo en el trabajo, yo, mirando cada tanto hacia fuera, calculaba que por la vereda debían pasar unas quince personas por minuto.

De postre comimos dos bochas de helado cada uno. Una de las mías tenía demasiado hielo picado; dejé la mitad intacta, y hasta que llamamos al mozo vi cómo se iba derritiendo. La cuenta resultó bastante más alta de lo que había imaginado. Tras recibir la bandejita con el vuelto me levanté decidido a no dejar propina, pero ante las miradas de las chicas me vi obligado a aprisionar un billete de dos pesos entre un vaso y el mantel.

Guillermo se ofreció a llevarme a mi casa. En la vereda me explicó que, creyendo que la pizzería quedaba más cerca de Acoyte, había estacionado frente al Parque Rivadavia. Si mi cuadra parece quedada en el tiempo, pensé cuando salimos del bar, éstas parecen vivir en constante renovación: donde un mes atrás había una peluquería ahora hay un kiosco; donde antes había un restaurante peruano ahora hay un bar de luces dicroicas.

Para sentarme tuve que tirar un paquete de papas fritas vacío al asiento de atrás. Ya lejos de la avenida, estacionado

frente a un semáforo rojo, Guillermo me pidió fuego y sacó del bolsillo del asiento un cigarrillo de marihuana. Una cuadra después abrió la guantera y me devolvió el casete que yo había grabado varios años atrás, un día antes de que viajáramos a Villa Gesell. *Compilado veraniego*, leí en mi propia letra cursiva en la etiqueta, mientras retenía en los pulmones el humo de la primera pitada.

Aunque las calles por las que íbamos me resultaban desconocidas, en todas descubría algún detalle aislado que se me hacía familiar. Supuse que debíamos estar en una zona indefinida entre Flores y Caballito. El clima dentro del auto se iba haciendo cada vez más espeso. Pensé que debían ser menos de la una de la madrugada, pero que si alguien me hubiera dicho que eran las cinco yo no habría encontrado motivos para no darle la razón.

Más tarde, cuando estacionamos a media cuadra de mi casa, decidimos, sin decirnos nada, terminar de escuchar ese lado del casete. Yo me puse unos anteojos negros que se habían caído de la guantera, y así, como si fuera un espía, miré a mis vecinos que entraban y salían del edificio. Todos parecían moverse al ritmo de la música.

Sólo al final de la última canción, medio minuto antes de despedirnos, Guillermo dejó caer, como en un descuido, el nombre de Marina: me contó que desde hacía varios meses estaban buscando un hijo, que ya tenían armada una lista de posibles nombres, pero que ella no conseguía quedar embarazada.

H

En la semana siguiente, y aunque nunca nos poníamos de acuerdo, Ezequiel siguió tocando bocina o frenando en la

misma esquina para hacerme subir. Un día, entusiasmado por la velocidad que llegamos a tomar gracias a una onda verde, me planteé la posibilidad de comprar un auto y aprender a manejar. Me vi andando por esa misma avenida, con el viento en la cara y un codo saliendo por la ventanilla, pero a lo largo de la jornada, a medida que me enteraba de los precios de los cero kilómetro y de los costos de mantenimiento, el proyecto se fue desarmando.

Una mañana me animé: sin pensarlo dos veces, invité a la chica que siempre veía en la parada a acercarla a su trabajo. Ella aceptó sin dudarlo, como si siempre hubiera estado esperando esa invitación, y se mostró menos agradecida de lo que esperaba. Atento a la reacción de Ezequiel la hice subir al asiento trasero, y me sorprendió que él también lo tomase como algo natural.

Jorgelina era muy verborrágica; sólo dejó de hablar para mirarse el maquillaje en un espejo de mano. Entre varias cosas, nos contó que tenía veintisiete años, que en "la actualidad" no estaba de novia y que vivía en el barrio desde hacía diez meses. Sólo cuando me enteré de que trabajaba cerca de Plaza Miserere, caí en la cuenta de que, dando por supuesto que la dejaríamos bien, nunca le había preguntado para qué lado iba.

Bajó a media cuadra de la avenida Jujuy, a la altura de un puesto de flores. Yo estiré el cuello entre las butacas para saludarla con un beso, pero ella se despidió tocándonos los hombros. Para no quedar en ridículo, y aun a costa de no verla irse, me quedé mirando el tráfico de la avenida por la luneta de atrás, como si con esa intención hubiese girado la cabeza.

Sobre el asiento había quedado un papel: una hoja rayada de cuaderno espiralado, escrita con letra de mujer, doblada

en dos y un poco amarillenta. Pensé en gritarle a Jorgelina, pero decidí, sin que Ezequiel se diera cuenta, esconderlo bajo la alfombra y leerlo sólo si al día siguiente continuaba en el mismo lugar.

En la misma cuadra, veinticuatro horas más tarde, Jorgelina volvió a dejarme mirando hacia atrás. Ahora el puesto de flores estaba cerrado. Ella nos saludó con la mano y se bajó dejando una estela de perfume que, mezclado con el desodorante de Ezequiel y el aromatizante de ambientes, quedó flotando en el aire.

Cuando avanzamos algunos metros y vi cómo el semáforo se ponía en rojo, me pregunté si habría flores guardadas dentro del cubículo de metal. Por delante de nosotros, mientras esperábamos a que cambiase la luz, pasaban unas dos personas por segundo; hice ese cálculo al tiempo que, con disimulo, estiraba un brazo hacia la alfombra de atrás.

I

En la película que me hacía sobre el día del nacimiento de Cecilia había un personaje en común, un amigo de nuestros padres que, tras conocer a la beba y dejar un ramo de flores en la sala de espera, caminaba hacia la estación para tomar un tren a Ramos Mejía.

Un sábado, con la idea de hacer ese mismo recorrido, bajé de un colectivo a dos cuadras del hospital y me puse a caminar hacia la guardia. Desde la vereda de enfrente vi cómo entraban dos pacientes al mismo tiempo: un chico de unos veinticinco años con sangre en la boca, y una mujer embarazada acompañada por un hombre mayor.

A los cinco o diez minutos llegaron varios muchachos más. Casi todos tenían camisetas de fútbol a listones verticales

blancos y verdes. Supuse que, antes de venir, habían tenido que finalizar el partido. Algunos ni siquiera se habían sacado los botines. Uno de ellos se metió en la guardia y otro empezó a cruzar la calle. Caminó hacia mí como si fuera a hacerme una pregunta, pero cuando yo ya estaba imaginando una posible respuesta lo vi meterse en el kiosco que había a mis espaldas.

Calculé que detrás de alguna de las ventanas la chica embarazada ya estaría empezando a hacer el trabajo de parto, y me pregunté si, al entrar, habría sido consciente de que la próxima vez que pisara la calle podría hacerlo como mamá.

Desde un costado me llegó una ráfaga de olor a transpiración; con un paquete grande de papas fritas y una botella de dos litros de gaseosa, el hombre que había entrado al kiosco volvía sobre sus pasos. Era alto y morocho. Tenía pinta de defensor y el pelo largo hasta la mitad de la espalda. Sentados en fila en la vereda, apoyados contra la pared, sus compañeros se turnaban para comer y tomar del pico. A uno que, supuse, había escupido algo dentro del líquido, lo retaron con golpes en la nuca.

Al mirar hacia arriba me encandilaba con el sol. Aunque por momentos cerraba los ojos, no conseguía abstraerme de la realidad: escuchaba el motor de los autos con más intensidad que si los estuviera mirando, y me preguntaba si, siguiendo esa lógica, en el caso de taparme los oídos vería todo con más nitidez.

El futbolista herido salió del hospital con una venda cubriéndole la mitad de la cara, y me pareció escuchar que les preguntaba a sus compañeros el resultado del partido. Enseguida todos se fueron hacia la esquina más lejana y yo me puse a caminar rumbo la estación. Intenté ver las mismas cosas que hubiera visto el amigo de mi padre tantos años

atrás, pero siempre había algo que me lo impedía: un auto nuevo, un cartel de publicidad, un teléfono público, un edificio de ladrillos a la vista.

J

El lunes a la mañana, haciendo rebotar contra una pared las ondas del control remoto, el encargado del bar sintonizó el canal que yo siempre ponía en mi casa para enterarme del clima. Eran las ocho y media, hacía diecisiete grados de temperatura y cuarenta por ciento de humedad. Aunque el volumen del televisor estaba bajo, no me costó darme cuenta de que la mayoría de los titulares que pasaban por la pantalla coincidían con los del diario que había estado leyendo mientras tomaba un café.

Por la ventana veía el movimiento en la vereda de enfrente: el portero que saludaba a los vecinos que salían del edificio; los chicos con uniforme de colegio que se paraban frente al kiosco; la gente que entraba al laboratorio de análisis. La noche anterior Guillermo me había llamado para pedirme que lo acompañara; me contó que una semana antes, aunque lo encerraron media hora en un baño con un folleto de lencería femenina, no había conseguido dejar una muestra.

En la mesa que tenía a mis espaldas se habían sentado dos chicas que no dejaban de hablar. Cuando una se queda callada su amiga se siente, pensé, como obligada a llenar ese espacio. Por el timbre de sus voces y por lo que decían, calculé que una de ellas era bastante más linda que la otra y que estaban despiertas desde la noche anterior. Podría haber girado la cabeza para confirmar esas impresiones, pero, tal vez para no decepcionarme, decidí seguir imaginándolas a mi modo.

En la mesa de al lado había un hombre que, mientras hablaba de números por teléfono, tipeaba a toda velocidad en una computadora portátil, como si estuviera haciendo una versión taquigráfica de su propia conversación. Debía tener mi edad, pero el saco, el peinado y la forma de hablar lo hacían parecer varios años mayor.

Según el televisor, la temperatura ya había subido dos grados cuando Guillermo salió del laboratorio. Lo vi cruzar la calle hacia la puerta del bar. Llevaba una mochila en la espalda, y con las dos manos se cubría un bostezo. Como si acabaran de sacarle sangre y tuviera que romper el ayuno, antes de sentarse pidió en el mostrador un café doble con leche y medialunas. Después me agradeció con una palmada por el "apoyo logístico", me contó que había salido todo bien y que en quince días iban a estar los resultados.

Recién al salir a la calle y caminar algunos metros, me di cuenta de que nunca les había visto las caras a las chicas de la mesa de al lado. Intenté buscar alguna excusa más convincente que la curiosidad para volver sobre mis pasos, pero vi a Guillermo pidiéndome que subiera y encendiendo el motor.

Aunque todavía faltaba más de media hora para mi horario de entrada y me hubiera gustado caminar un poco para despabilarme, no me animé a decirle que no. Sin pedirle permiso, apagué la radio y puse en la casetera el compilado veraniego. Teníamos pocas cuadras de viaje, pero gracias a un corte de tránsito a la altura del Obelisco llegamos a escuchar cinco canciones enteras.

Al despedirme, y como agradeciéndome la compañía, Guillermo abrió el cierre de su mochila y me regaló, hecha un cilindro, la revista que, aconsejado por Marina, había comprado en la esquina del laboratorio para ayudarse a dejar una muestra.

K

Un viernes a la noche creí escuchar una voz conocida en el portero eléctrico, pero sólo un rato después, al abrir la puerta, me di cuenta de que el cadete que venía a entregarnos las empanadas era el canillita. Me pareció raro verlo, en la penumbra del hall, con la visera de la pizzería, el paquete gris en una mano y un fajo de billetes en la otra.

Un día y medio después, cuando le pagué el diario en el mismo lugar, no me animé a preguntarle por su nuevo trabajo. Sentía que palabras como "delivery" o "pizzería" flotaban en el aire, pero la conversación se redujo a los saludos, a los centavos adeudados la semana anterior y a algunas de las noticias que más tarde leería en la sección deportiva.

Al volver a la cama vi que Cecilia ya estaba despierta. Acostada panza abajo, mirando hacia la ventana, movía los dedos de una mano como acompañando un tarareo que no se alcanzaba a escuchar. Me tiré a su lado, dejé la revista en la mesa de luz, y pensé en decirle que al canillita, aunque cambiara definitivamente de rubro, siempre seguiría llamándolo así.

–Repartir cosas a domicilio –me dijo ella una hora después, mientras tomábamos el desayuno–. Ése es el modo que encontró de ganarse la vida.

L

Me miré de reojo en el espejo del ascensor, como si estuviera observando con disimulo a alguien que bajaba conmigo: pantalones cortos, medias de fútbol, zapatillas deportivas. Salí a la calle y me puse a trotar con la cabeza gacha, un poco para no tropezarme con alguna baldosa suelta y otro poco para no cruzar miradas con ningún vecino. Tuve que

esquivar las verduras que vendía una mujer boliviana sentada junto a un árbol, y sólo cuando llegué a la zona de los primeros edificios dejé de sentirme ridículo.

Las calles estaban tranquilas; pensé que cualquiera, aunque hubiera perdido la noción del tiempo, se daría cuenta de que era sábado a la mañana. La mayoría de la gente que me cruzaba iba sin apuro. Yo era el único que trotaba, pero no porque llegara tarde a algún lado sino porque disponía del tiempo para hacerlo.

Salvo por algún partido de fútbol, no corría tantos minutos seguidos desde las clases de gimnasia del colegio. Una mañana de la semana anterior, al verme subir agitado las escaleras del edificio, Cecilia me había dicho que tendría que empezar a hacer algo. Yo me había quedado pensando en eso, y esa misma tarde, al salir del trabajo, había comprado un equipo de gimnasia en un puesto callejero.

Enseguida empecé a sentir sed. En una esquina paré, me sequé la transpiración con la remera, y, fingiendo rascarme un tobillo, saqué los billetes que llevaba debajo de esa media. Después estiré los músculos de las piernas y volví a trotar a mediana velocidad: pensaba que en caso de correr aumentaría más pronto mi sed, y que en caso de ir demasiado lento tardaría mucho más en encontrar algún kiosco.

Al doblar en una esquina vi un toldo rojo a media cuadra. El kiosquero tenía la edad de mi madre y escuchaba, a todo volumen, el programa de AM que debía estar oyendo Esther en Ramos Mejía. Un programa generacional, en el que los conductores no se animaban a dejar ni un segundo de bache: se la pasaban hablando a los gritos y riéndose de chistes forzados.

Como si fuera un perro o una bicicleta, el banco de plaza que había en la vereda estaba atado a un poste de luz por

una cadena envuelta en plástico y cerrada con un candado. Al salir del local pensé en sentarme ahí a tomar la gaseosa, pero me arrepentí al darme cuenta de que el kiosquero no dejaría de mirarme en ningún momento desde el otro lado del vidrio.

Me puse a caminar sin saber hacia dónde. Abrí la botella, di un sorbo largo y sentí cómo el líquido me bajaba por la garganta sin llegar a humedecerla del todo. En la siguiente esquina crucé la calle para meterme en una plaza. Cuando empezó a transpirarme la palma de una mano, me di cuenta de que todavía tenía encerrados en ese puño los centavos del cambio.

Mientras pensaba en dónde guardar las monedas, me pareció ver a Jorgelina en la vereda de enfrente. Cuando la vi levantar un brazo ante el colectivo que se acercaba terminé de convencerme de que era ella. Tenía el pelo más corto que la última vez que la había visto hacer ese gesto, y llevaba una pollera larga hasta los pies.

M

El domingo, a media tarde, me paré sobre un banco para buscar la caja que guardaba en el estante más alto del placard. Cecilia se había ido con una amiga a una isla del Tigre. Apenas la escuché cerrar la puerta del ascensor, me tiré en la cama y me puse a hacer una lista mental de las cosas que podría hacer. Imaginando el viaje en tren, el cielo despejado, los muelles de madera y los rayos del sol metiéndose en el agua, me fui quedando dormido.

Después, en orden no cronológico, cociné y almorcé un omelet, fumé un cigarrillo de marihuana que guardaba desde hacía cuatro meses en un cajón, dejé los cubiertos en la

pileta de lavar y me encerré en el baño, con la luz apagada y bajo la lluvia tibia, durante unos cuarenta minutos.

Ahora apoyaba la caja sobre la cama. Me ayudé con un cuchillo para cortar las cintas de embalar con que las había cerrado el día de la mudanza. Respiré por un instante el olor a papel, y desplegué sobre las sábanas hojas amarillentas, cartas escritas a mano, recortes de diarios, álbumes de fotos.

En el fondo, dentro de una carpeta del colegio, encontré las anotaciones que buscaba. Vi mi letra cursiva, en el reverso de un mapa de la provincia de Buenos Aires, y se me vino a la cabeza la voz de Marina, una de las chicas con las que había tenido que usar el método de anotar palabras sueltas antes de llamar por teléfono. Mi miedo era el de quedarme sin nada que decir en medio de la charla. Cuando sentía que se me estaba por quedar la mente en blanco, leía esos apuntes sueltos con la esperanza de volver a encaminar la conversación.

Guardé el mapa en el cajón de la mesa de luz. Seguí revisando y saqué, entre varias cosas más, una pulsera que me había regalado mi primera novia, un plano que le había dibujado una vez a Cecilia para llegar a mi departamento de soltero, un número de teléfono sin el cuatro antepuesto escrito en una servilleta, un boleto de tren de ocho años atrás y la etiqueta descolorida de una botella de cerveza.

También vi las últimas fotos que le habían sacado a mi papá. Las que no eran en blanco y negro se veían opacas, como apagadas por el paso de los años. En la primera, él me acunaba en los fondos de la casa. En el reverso leí, supongo que en su letra cursiva: *Ramos Mejía, diciembre de 197...* Aunque la última cifra estaba borroneada y no alcanzaba a leerse, calculando la fecha de mi nacimiento no me costó adivinarla.

Seguí mirando las fotos hasta que se me nubló la visión. Cuando ya me parecía verlas en tres dimensiones, las volví a apilar para meterlas en el sobre. Antes de cerrar la caja busqué en el baño la revista que me había regalado Guillermo la mañana en que lo acompañé hasta la esquina del laboratorio. El vapor y las gotas habían humedecido la tapa y las páginas centrales. Volví a hojearla, intentando prestarle más atención a los textos que a las fotos, y la guardé entre las hojas de un cuaderno espiralado.

N

Tirado en la cama, cuando terminé de fumar tuve una sensación parecida a la que había tenido, semanas antes, mientras esperaba a Ezequiel en la vereda de la oficina: los segundos se alargaban, los minutos se demoraban en pasar, como si estuvieran proyectados sobre sí mismos en cámara lenta.

Bajé el volumen del televisor. Mirando las imágenes casi mudas de los video-clips, pensé en el collage de papeles que hasta hacía un rato había sobre la cama. Sintonicé un canal deportivo, y durante varios minutos, con demasiada atención, estuve mirando un partido de hockey sobre hielo.

Enseguida volví a sentir hambre. Como no encontré nada dulce en la cocina, corté al medio las empanadas que habían sobrado de la noche anterior. Las dos tenían el mismo contenido: jamón y queso endurecidos por el frío de la heladera.

–Lo último que haría en mi vida es calentarla en el microondas –me sorprendí al escucharme decir en voz alta, y me respondí que tampoco podría esperar a que se calentasen en el horno.

Más tarde volví a salir. Ya anochecía. Mirando el cielo me di cuenta de que el día no había sido tan soleado. En el trayecto que hice hasta el kiosco de Rivadavia vi cómo empezaba a llover. Primero cayeron algunas gotas aisladas, que de a poco empezaron a hacerse más fuertes y menos espaciadas –como si se dieran ánimo entre ellas– hasta transformarse en un diluvio.

Aunque mucho más pura y natural, el agua me golpeaba del mismo modo que la lluvia de la ducha. Pensé que no me costaría nada correr hasta la vereda del video club para cubrirme bajo el toldo, pero decidí caminar con pasos largos sintiendo cómo la camisa se me adhería a la piel.

Al verme así, el empleado de los domingos estiró un brazo por encima de las golosinas para abrirme la puerta. Al entrar yo pensé que no le importaba que le ensuciara el piso porque no era el dueño, y traté de secarme la cara y el pelo con el reverso de la camisa.

Me pareció increíble que la radio estuviera apagada. Por detrás de nuestras voces y del zumbido de la lluvia se podía oír claramente el tráfico de la calle: el ruido de los motores y el sonido de las gomas mojadas al rodar sobre el asfalto.

Comí un chocolate viendo cómo las gotas que chocaban contra la vidriera se deslizaban hasta las baldosas. Después de un rato –en el que vi crecer el canal de agua sucia formado junto al cordón de la vereda– el kiosquero les abrió la puerta a dos chicas, les dijo que no tenía la marca de cigarrillos que andaban buscando pero que, a cambio, les podía prestar una toalla.

Mientras se secaban el pelo, las chicas nos hablaron con demasiada confianza, como si fuéramos sus amigos. Por un segundo estuve convencido de que eran las que no había podido ver en el bar de la esquina del laboratorio,

pero enseguida me dije que no podría afirmar que alguna de las dos era más linda que la otra.

Con el paso de los minutos me aliviaba sentir que ellas no necesitaban hacer una compra para justificar su presencia. La que me miraba más seguido nos contó que se llamaba Etelvina, y –señalando uno de los folletos pegados en el vidrio– que era hija de uno de los pizzeros del barrio; tanto por la evidencia del número como por su forma de hablar, me di cuenta de que era la telefonista que sabía de memoria mis gustos preferidos.

Cuando terminó de llover, y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos despedimos al mismo tiempo del kiosquero y de su amiga. En Cachimayo, tal vez por el mal estado de las luces, ya era completamente de noche. Etelvina me hablaba en voz baja. En la segunda cuadra le pedí un minuto, y sacándome las monedas de un bolsillo crucé la calle mojada, hacia un teléfono público, con la ilusión de que Cecilia me dijera, aún desde el Delta, que los brazos del río estaban demasiado crecidos y que no podría volver hasta la tarde siguiente.

o

Si un miércoles a la noche, cuando estaba llegando a mi edificio, no hubiera decidido dar una vuelta manzana para enterarme de cómo terminaba el partido, no me habrían robado el walkman en el que lo iba escuchando. Caminaba por una cuadra mal alumbrada, aturdido por el volumen de la radio, cuando vi a un hombre salir de un zaguán. Enseguida sentí cómo me abrazaba, y, al tiempo que me desprendía los auriculares, me apoyaba en la cintura el caño de un supuesto revólver.

Tardé varios segundos en hacerme a la idea de que era un ladrón, no porque no fuera consciente de que me estaba robando sino porque me costaba ponerle ese título. Antes de alejarse, miró la etiqueta del casete, leyó *Compilado veraniego* en voz alta, y me lo devolvió con una palmada en un brazo. Después lo vi cruzar la calle y me pareció escuchar, cada vez más tenue, una o alargada saliendo de los auriculares.

Intenté adivinar de quién había sido el gol. Me senté en la entrada de un local vacío y me quedé un rato ahí, como esperando a que pasara algo más. De una casa de la vereda de enfrente vi salir a una pareja. Aunque por la penumbra no pude verles las caras, me di cuenta de que eran más jóvenes que yo. Antes de llegar a la esquina se besaron como si se estuvieran despidiendo. Por un momento creí que habían sido testigos del robo, pero ninguno de los dos miró hacia mi lado.

Completé la vuelta manzana. Subí en el ascensor todavía confundido. Saludé a Cecilia, y, para que no se asustara ni me obligara a hacer la denuncia, no le hice ningún comentario. Mientras me desvestía busqué el control remoto, pero ella, desde la cocina, me avisó que en la terraza, sin darse cuenta, un operario de la telefónica había cortado el cable que abastecía de televisión a todo el edificio.

Esa noche, al comer en silencio, sin ningún sonido de fondo, me di cuenta de lo poco que hablamos en la mesa. Más tarde me fui a la cama pensando en eso, y recién al mediodía siguiente, en el televisor que había en la cocina de mi trabajo, pude ver el gol con que el equipo brasilero había ganado en el minuto noventa y tres.

"En ese momento terminaban de asaltarme", le dije a Ezequiel, pero supongo que él, reviviendo su propia desgracia, no

pudo escucharme. Más temprano, en su auto, yo le había recordado que era el ganador de la apuesta, y después, al ver su cara de resignación al darme los treinta pesos, había dudado en preguntarle a qué precio estaría un walkman barato.

P

Una mañana de lunes, y aunque en el último viaje Jorgelina nos había avisado que dejaría de trabajar en Once, no pude evitar sentirme solo mientras esperaba a Ezequiel. En la parada había dos chicas que comentaban un programa de televisión del sábado a la noche. Yo las escuchaba mirando hacia otro lado y pensando que, aunque tenía alguna opinión formada sobre lo que estaban hablando, no me animaría a entrar en esa charla ni aunque me pagaran.

Ese mediodía, durante el recreo del almuerzo, y después de cobrar mi sueldo en un cajero automático, compré un walkman en el puesto callejero que había en la esquina del banco. El vendedor me aclaró que "el producto" no era robado y que "por eso mismo" no tenía devolución. Yo, además de no encontrar una relación lógica entre esas dos cosas, pasé de sentir una leve desconfianza a saberme abiertamente estafado, pero como ya tenía los billetes en una mano no me animé a decirle que volvería más tarde.

Como los futbolistas que después de los partidos, y para evitar el contacto con la prensa, salen del vestuario fingiendo hablar por teléfono, yo entré en la oficina con los auriculares puestos para que nadie me hablara. Aunque el volumen de la radio estaba muy bajo, cuando la recepcionista me llamó con el tono de pedirme un favor me hice el que no la escuchaba.

En el resto de la jornada me costó concentrarme. Resolvía problemas, buscaba datos, respondía llamados, pero me daba cuenta de que mi mente estaba en otro lugar, como si siempre estuviera a punto de recordar algo importante. Miraba pasar los minutos en el reloj del monitor del mismo modo en que después, asomado por la ventana, veía pasar a la gente siete pisos más abajo.

Más tarde, cuando bajé del colectivo en Rivadavia con los auriculares puestos, me puse a caminar hacia mi casa mirando todo el tiempo hacia los costados y hacia atrás, como si alguien me estuviera siguiendo. Muchas veces, cuando estaba solo e iba escuchando música, hacía ese tipo de actuaciones: me metía en algún papel, siempre más dramático que cómico, hasta que, al menos durante una milésima de segundo, terminaba creyéndomelo.

Esa ficción terminaba en la puerta del edificio. En ese momento, al sacar la llave de la cerradura y apagar el walkman, notaba cómo todo se volvía real y las cosas recuperaban sus colores. Me metía en el ascensor y me miraba en el espejo sabiendo que, cada vez más cerca, Cecilia me esperaba con el televisor prendido en el noticiero, y, en el mejor de los casos, con la mesa puesta y la comida en el microondas.

Q

A la tarde del sábado siguiente, después de una discusión de casi dos horas, decidimos darnos una tregua para salir a hacer la compra quincenal. Esto implica que vamos a seguir juntos por al menos dos semanas, pensé mientras salíamos a la calle.

En la vereda del supermercado nos cruzamos con dos mujeres mayores que se quejaban del precio del café. Llevaban

una bolsa muy cargada entre las dos. Me pareció notar que la más alta debía encorvarse un poco para no tironear su manija. Por girar la cabeza para verlas cruzar la calle me llevé por delante un changuito vacío, y le pedí disculpas al hombre que lo empujaba. Al cruzar el molinete, imaginé a las dos mujeres entrando al bar de la esquina.

Cecilia fue a la zona de la verdulería. Yo caminé por los pasillos, tachando de una lista mental las cosas que iba metiendo en el carro. Salvo alguna excepción, elegía segundas marcas. Cuando llegué a las góndolas del café, me pregunté cómo alguien podía quejarse de que le cobraran cinco pesos por un frasco equivalente a más de cincuenta tazas, y, a los pocos segundos, entrar en un bar donde le cobrarían dos pesos por un solo pocillo.

Cuando Cecilia se me acercó, con una bolsa entretejida de papas y media docena de huevos, yo volví a hacerme esa pregunta en voz alta. Ella estuvo de acuerdo conmigo, y yo pensé, sin decirle nada, que era la primera vez en varios días que coincidíamos en algo.

Como a nuestra compra le faltaban tres pesos para alcanzar el importe requerido para las entregas a domicilio, estiré un brazo y puse en la cinta dos pilas para walkman. En la vereda, dividimos el vuelto en partes iguales y nos despedimos. Durante unos segundos me quedé viendo cómo Cecilia se alejaba con los productos congelados rumbo a Cachimayo, y después busqué en Rivadavia la parada del colectivo que me acercaría a lo de Guillermo.

Viajé sentado en el fondo; con el viento en la cara, mientras veía cómo empezaba a anochecer, volví a escuchar el lado A del compilado veraniego. Durante los segundos de silencio que había al finalizar cada canción, tarareaba sin abrir la boca las primeras notas de la siguiente.

Con Guillermo no dejamos de oír ese casete ni uno de los veinte días que, seis veranos atrás, habíamos pasado en Villa Gesell. Lo había grabado yo un día antes de que su padre nos diera las llaves del departamento que no había conseguido alquilar en la segunda quincena de febrero. Ninguna noche de esas dos semanas nos acostamos antes del amanecer, y tratamos de ir cada tarde a un balneario diferente.

Un día, a la hora en que la arena ya no quemaba, decidimos pedirles fuego a dos chicas que tomaban mate lejos de la orilla. Una de ellas estaba tendida de espaldas, como si todavía pudiera broncearse, y mientras nos acercábamos me pareció notar que la otra era igual a Marina.

Después de la sorpresa y de los saludos, los cuatro nos quedamos charlando en esa playa de Valeria del Mar hasta que se hizo de noche. Tomé conciencia de la oscuridad en el instante en que me enteraba de que Marina estaba "en pareja" con un médico de cuarenta años que, por cuestiones laborales, había vuelto a Buenos Aires el día anterior. Ella recién volvería hacia la misma fecha que nosotros. Durante un parpadeo, y por el modo en que me miró al pasarme el mate, tuve la certeza de que en el tiempo que nos quedaba, a partir de esa misma noche, viviríamos una especie de relación clandestina.

Los últimos recuerdos que tenía de ella y de ese veraneo eran el de su mirada perdida en algún punto de la terminal, un segundo después de pedirme por favor que despachara su equipaje, y el de un dedo de su mano izquierda escribiendo una palabra invisible en la ventanilla del ómnibus.

R

Cortaba el pasto como si dibujara sobre el suelo; para hacerlo más llevadero, empujaba la máquina en franjas irregulares.

Las tres mujeres me miraban desde la galería, tomando mate y hablando en voz baja entre ellas, como si estuvieran viendo un espectáculo. Enseguida sentí que estaba transpirando, pero no me decidí a sacarme la remera.

Mientras iba y venía no dejaba de pensar en varias cosas a la vez, y por momentos no me daba cuenta de lo que hacía: la máquina se movía sola, como en piloto automático. En un descanso, cuando entré en la cocina y escuché en la radio que hacía veintidós grados de temperatura, calculé que, en movimiento y al rayo del sol, la sensación térmica debía llegar a los treinta.

Esther era la mujer que alquilaba una de las habitaciones de la casa desde la última separación de mi mamá. Hasta dos años atrás había atendido el kiosco al que yo había ido casi todos los días de mi infancia. Ahora vivía del alquiler del local, de los euros que su hijo le mandaba cada tres meses desde España, y de los pesos que ganaba vendiendo perfumes a domicilio.

Aunque mi mamá la trataba como si fuera una pariente más, yo seguía viéndola como una inquilina. Me costaba empezar a tutearla. Yo siempre la había visto de la cintura para arriba, detrás de la caramelera, y la primera vez que la vi de cuerpo entero en la cocina tuve una sensación extraña. Una sensación parecida, pensé en ese momento, a la que uno puede tener al ver a un actor en la calle o a un profesor del colegio viajando en colectivo.

Desenchufé la máquina, la estacioné en el galpón y enrosqué el cable en la manija. Rastrillé el pasto cortado y lo amontoné contra la pared del fondo. En menos de cinco minutos vacié una botella de jugo, y sólo después de una ducha de agua tibia sentí cómo mi cuerpo recuperaba mi temperatura normal. Mientras me secaba, dejando correr la

lluvia de la ducha para que nadie entrase al baño, miré el paisaje por el ventiluz: la copa de un árbol del terreno vecino y dos rectángulos de cielo divididos por un cable.

Atravesé el comedor con la piel húmeda y la toalla a la cintura; en el camino apagué la radio que, como todos los fines de semana, estaba encendida en una AM sin que nadie la escuchara. En el cuarto volví a vestirme, y por las rendijas de la persiana escuché a las mujeres hablar sobre tipos de lana y revistas de tejido. Como mi remera había quedado muy transpirada, me probé una que había sacado del fondo del placard y que hacía alrededor de diez años que no me ponía.

Más tarde, cuando la acompañé a la estación, Cecilia me mostró el ovillo verde que le había regalado Esther y dijo que a la noche me tomaría las medidas para tejer un pulóver. La remera me quedaba bastante ajustada, tenía olor a naftalina, un dibujo descolorido de una mujer negra en bikini y, en letras anaranjadas, el nombre de una ciudad brasilera. Como todo eso me hacía sentir bastante incómodo, caminé sin girar la mirada hacia el reflejo de las vidrieras.

A pesar de la mala frecuencia de los fines de semana, el tren llegó en menos de cinco minutos. Cecilia me saludó con un beso, me sacó la aguja con la que había estado jugando, y yo le aconsejé que corriera hasta el último vagón para que, al bajar en Caballito, quedara más cerca del molinete de salida. Después de mirar cómo se alejaba, me senté en el único banco vacío del andén, y decidí irme de la estación sólo cuando algún futuro pasajero se sentara a mi lado.

Sentarse en el sillón de la peluquería de Venegas era un modo de viajar en el tiempo. Salvo nuestras caras, todo lo que podía verse estaba igual desde hacía más de veinte años: el mismo instrumental en la mesada, los mismos

banderines en las paredes, el mismo perchero y la misma puerta corrediza a nuestras espaldas. Hasta algunas de las revistas, que no había tenido tiempo de hojear y que no entraban en el campo visual que me devolvía el espejo, debían ser las mismas, rotas y ajadas por miles de manos.

Alguna vez, desde ese mismo sillón, había visto cómo un cliente, creyendo hacerme un favor, levantaba mi campera y la colgaba de la parte más alta del perchero. En ese momento no dije nada y después, como me daba vergüenza pedir que me la bajaran, tuve que esperar unos cinco minutos, parado junto al revistero, hasta que alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando.

–Te quedó un golazo –me dijo ahora Venegas, mientras me cepillaba detrás de las orejas, antes de sacarme el delantal.

Caminé hacia la casa de mi mamá esperando no cruzarme con ningún conocido. Volvía con la sensación de haber perdido algo antes de tiempo; sabía que a mi pelo todavía le restaban varias semanas para seguir creciendo, pero la de ir a la peluquería había sido la excusa más convincente que había encontrado ante Cecilia para quedarme en Ramos Mejía algunas horas más.

Ahora la remera, además de hacerme sentir ridículo, me hacía picar los hombros y la espalda: me daba la misma sensación que cuando me la ponía en la playa, sin haberme secado, apenas salía del mar. No veía la hora de sacármela y de volver a pararme bajo la lluvia. Desde la vereda de lo de mi mamá todavía se sentía el olor a pasto recién cortado. Ya se habían prendido los faroles de la calle y el descenso de la temperatura aumentaba la sensación de atardecer.

Antes de entrar, tocándome la cabeza, pensé en la relación que había entre los dos cortes (el que yo había hecho más temprano y el que me acababan de hacer) y, mirando

los restos de pasto que había dejado embolsados junto al canasto de la basura, pensé en las matas de pelo que Venegas ya debía haber barrido de las baldosas de su local.

S

Marina y Guillermo vivían cerca del cementerio de la Chacarita, en un PH de dos ambientes que les había donado el padre de ella como regalo de casamiento. La segunda vez que fui a esa casa, una noche de viernes en que Cecilia había salido con sus amigas a una despedida de soltera, viajé en colectivo con una botella de vino y un pollo al espiedo comprado en la rotisería.

En el living había una amiga de Marina que estaba a punto de irse y que, al sentir mi presencia, apartó la mirada de la biblioteca. Me miró unos segundos pensativa; parecía contenta de verme. Me saludó con un beso y me dijo que era la chica que había estado charlando conmigo en el teatro.

–Estábamos con Maru y nos ofreciste llevarnos de vuelta –aclaró con una sonrisa ante mi cara de desconcierto.

Yo estuve a punto de decirle que me estaba confundiendo con otro, pero como no le quería quitar el entusiasmo –menos para no desilusionarla que para no sentirme ninguneado después– le dije que por supuesto que me acordaba y le contesté a todo que sí.

Cuando las chicas salieron a la calle, Guillermo, que se había perdido el principio de la conversación, me preguntó de dónde la conocía. Yo miré la biblioteca y le respondí con un gesto indefinido y cortante, como si me molestara seguir hablando del tema. Después llevé el paquete a la cocina, y al apoyarlo sobre la mesada noté cómo la mancha de grasa se había ido extendiendo en el papel.

Tarareando la música que nos llegaba desde el living, y cuidándome de no romperlo más de lo necesario, troceé el pollo sobre una tabla de madera. Al cortar la segunda ala vi cómo se desprendía casi toda la piel. Marina ya había vuelto de la calle; parada a mi lado lavaba verduras para la ensalada, y, medio segundo antes de que su marido entrara en la cocina con una cuchilla más grande, me acercó a los labios una rodaja de apio.

Durante la comida sentí que los dos me miraban demasiado seguido; muchas más veces, incluso, de las que se miraban entre ellos. Mientras masticaba, tratando de que no se me notara esa incomodidad, me acordé de una noche en que los tres habíamos comido panchos a orillas de uno de los lagos de los bosques de Palermo.

Cuando terminamos de levantar los platos, Guillermo, con un gesto que supuse cómplice, me pidió que lo acompañase a comprar más cervezas. Yo le pedí que esperara un segundo y me apuré a buscar plata en la mochila. Pensé que quería tocar algún tema a solas, pero en las dos cuadras que hicimos sólo hablamos sobre un programa de televisión y sobre la mudanza de una línea de colectivos.

En una esquina mal alumbrada, Guillermo tocó el timbre de un kiosco-almacén que parecía cerrado. Me pidió un cigarrillo y se sentó a esperar en el escalón de la entrada. Cuando, a través de las rejas, vi aparecer a una mujer por el fondo del local, me di cuenta de que, mientras comíamos, yo había estado en algún punto de la línea imaginaria que iba de la mesa al televisor, y me dije que sólo la costumbre era lo que los había hecho intentar atravesarme con las miradas.

T

En otra época yo le daba demasiada importancia al hecho de cortarme el pelo. La decisión de hacerlo podía llevarme varias semanas, y después me enfrentaba con expectativa al espejo y a los demás. Con el tiempo se fue convirtiendo en una actividad más, en algo tan común como calentar un café o cepillarme los dientes. Para las mujeres, pensaba, era al revés: para compensar la frescura que iban perdiendo con el paso de los años, se volvían cada vez más atentas a ese tipo de cosas.

Pensé en comentarle eso a Cecilia, pero cuando estaba a punto de hablarle sentí que ella lo tomaría como una cuestión personal. Para contenerme, me di vuelta en la cama y prendí el televisor; la experiencia me había enseñado que a veces era mejor quedarse en silencio. Si no hubiera visto la hora en la pantalla habría pensado que afuera era de noche: la persiana estaba herméticamente cerrada, y la única luz que llegaba era la que, a través del vidrio esmerilado de la cocina, alumbraba el pasillo.

Todavía estábamos desnudos. Cecilia tenía el pelo revuelto, se cubría con las sábanas desde la cintura hasta los tobillos y no se decidía a tomar el agua de un vaso que había en su mesa de luz desde la hora del desayuno. Desenfocando la mirada, mientras fingía mirar la noticia de una represión policial en una provincia del sur, yo intentaba concentrarme en sus pies: los dedos juntos y escalonados, las uñas bien cortadas, el arco pronunciado.

En los diez o quince minutos siguientes, que pasamos quietos y sin hablar, tuve que hacer un esfuerzo para no quedarme dormido. Cuando Cecilia giró la mirada hacia mí como para romper el silencio, lamenté no haber cerrado los ojos. Ella se ató el pelo, cruzó los brazos sobre su pecho

y me preguntó qué estaríamos haciendo en ese momento en caso de tener un hijo.

–No sé, seguro que vos estarías en la cocina, y nosotros acá mirando un partido –le dije con una sonrisa, aunque sin dejarle en claro que era una escena que me costaba concebir: una imagen que sólo podía poner en palabras.

U

Así como alguna vez, al escucharme usar el término "una nena" para hablar de una chica de quince años, había sentido que ya estaba saliendo de mi adolescencia, ahora, al preguntarle al canillita cómo andaba su "señora", sentí que ya me estaba metiendo en la adultez.

Muy temprano, como todos los lunes en que entraba a la oficina después del mediodía, le pedí a Cecilia que no subiera la persiana antes de irse al trabajo. La escuché bajar en el ascensor y me quedé en la cama hasta cerca de las once. Después, mientras el pan se tostaba y la taza con agua giraba en el microondas, junté los suplementos que habían quedado desparramados en todos los ambientes.

Camino a la oficina pasé por el puesto de diarios. El canillita me pareció más bajo que cuando me cobraba los domingos a la mañana; supuse que la sensación se debía a que ahora yo no estaba descalzo. El hojeaba una revista sobre la maternidad y hablaba con su jefe sobre los días de licencia. Yo los saludé, pagué los setenta centavos que debía e intenté sumarme a la charla.

–¿Y cómo anda tu señora? –le pregunté al confirmar que estaba a punto de ser padre, y recién a las dos cuadras, cuando vi acercarse al colectivo, me sorprendí del término que había usado.

Durante el viaje pensé en las diferencias que había entre los pasajeros del mediodía y los de la tarde. Ahora había menos perfumes, menos portafolios y corbatas, más asientos desocupados, menos mujeres disfrazadas de oficinistas, menos tráfico en la calle, menos guardapolvos limpios y prolijos, más guardapolvos sucios y desabrochados.

A las cuatro de la tarde volví a tener hambre; el desayuno no había sido tan recargado como imaginaba. Cerré todas las ventanas de la computadora y bajé al kiosco de la esquina a comprar el almuerzo. La chica que atendía me dijo que las tartas individuales se habían acabado al mediodía, y me ofreció, con un descuento de cincuenta centavos, "porque ya está un poco duro", el último pebete de queso y salame.

Volví a la oficina intentando esconderme todo en un bolsillo. En la cocina, para hacerme un café con leche, tuve que rescatar una taza de la pileta. Después me puse a hojear el suplemento deportivo que alguien había dejado abierto sobre la mesa, y Ezequiel, cuando entró a tomar un vaso de agua, me señaló el primer puesto de la tabla de posiciones.

Más tarde, cuando los empleados que habían entrado en el horario normal abandonaban la oficina, vi a Cecilia conectada al chat. Le comenté el episodio con el canillita, y ella me dijo que sí, que era probable que estuviera volviéndome adulto. Me dijo que eso no estaría nada mal, pero que también podía ser que me hubiera mimetizado con su lenguaje.

–Puede ser –le escribí–, como los conductores de la tele que cuando entrevistan a un extranjero lo tratan de tú.

–Sí, o como los que cuando hablan con un peón de campo se tragan las eses.

Después me contó que estaba en un locutorio, sentada frente a la última computadora del local, y que cuando volviera a casa tendría que bañarse para sacarse el olor a humo

que se le estaba impregnando. Había ido a revisar su casilla de mails. Ahora chateaba con una amiga que vivía en España y que planeaba volver a instalarse en la Argentina. Me explicó eso como para justificar la lentitud con que respondía a mis preguntas.

–Bueno, sería la hostia –dijo unos segundos antes de desconectarse, y enseguida, sin darme tiempo a que le preguntara de qué estaba hablando, me explicó que se había equivocado de ventana de conversación, que esa línea de diálogo no había sido para mí.

V

Una noche salimos del edificio, saludamos a Marina y a Guillermo por la ventanilla y subimos al asiento de atrás. Llovía desde el mediodía y las luces de los postes se reflejaban en el asfalto mojado. Era la primera salida que hacíamos los cuatro juntos, y yo, como tenía modos muy diferentes de comportarme ante cada uno, al principio me sentí bastante incómodo: cada vez que hablaba con alguien sabía que los demás me estaban observando.

Recorrimos avenidas de Flores y de Caballito con las ventanillas entornadas y música de fondo. Ibamos en busca de alguna pizzería que nos gustara a todos, pero nunca llegábamos a ponernos de acuerdo: las que estaban demasiado vacías no convencían a las chicas, y en las que estaban muy llenas no teníamos lugar.

En Rivadavia, y tal vez porque se ampliaba el horizonte, sentí que llovía con más potencia. El agua formaba una cortina que los limpia parabrisas no alcanzaban a deshacer por completo. En Primera Junta intenté mirar la mesa del bar en que nos habíamos reencontrado con Guillermo, y en la

cuadra siguiente, aunque no participé de la decisión, estuve de acuerdo en que abandonáramos la búsqueda y fuéramos a su casa.

En el camino entre el auto y la puerta de calle me mojé las zapatillas y las medias; por saltar el arroyo formado en la cuneta metí los pies en un charco. Adentro, Guillermo me ofreció ropa seca, puso una maceta vacía debajo de una gotera y buscó en la cocina un trapo de piso. Marina nos preguntó si a las empanadas las queríamos fritas o al horno, leyó en voz alta el folleto de la pizzería y tomó nota de los gustos en los espacios en blanco.

Aunque la habían mandado protegida con bolsas, el interior de la caja llegó humedecido. Tuvimos que esperar a que el horno se calentara. Nos habíamos olvidado de comprar bebidas, pero en la heladera había cuatro latas de cerveza y media botella de vino. Como las empanadas se distinguían sólo por las formas de los repulgues –que a simple vista parecían todos iguales–, tuve que contener una mueca de asco al morder una de pollo.

Cuando terminamos de comer, Guillermo y Marina nos contaron que "el día de mañana", cuando naciera el bebé, tendrían que decidir entre dos opciones: vender el PH y comprar algo de tres ambientes, o destinar parte de los ahorros a construir un cuarto más en la terraza. Marina parecía muy entusiasmada con esos proyectos, pero enseguida, cuando Guillermo y Cecilia salieron a comprar cigarrillos y más cervezas al kiosco-almacén, no volvió a tocar el tema.

Para hacer algo, aunque ya no tenía ganas de tomar, me serví en la cocina lo que quedaba de vino. Después me senté en el sofá para buscar con la mirada mi regalo de casamiento. Marina afirmó la llave dentro de la cerradura, y en menos de diez segundos hizo varias cosas: bajó el volumen

de la música, se ató el pelo, se sentó a mi lado, prendió el televisor.

Yo paseaba la vista por los portarretratos, los lomos de libros y los espacios vacíos de la biblioteca. En el último estante, junto a una colección de revistas, había un casete de video en cuya etiqueta se leía *fiesta de casamiento*, en letras azules y apretadas de mujer. Estuve a punto de señalarlo, y durante un segundo pensé en preguntarle a Marina si lo quería poner.

Ella estaba descalza. Murmuró algo que no pude entender y estiró las piernas sobre la mesa ratona. Yo tuve que abandonar la búsqueda del regalo, y fingiendo prestarle atención a las imágenes mudas que pasaban por la pantalla, concentré la mirada en sus pies: el arco, la curvatura del empeine, las uñas cortadas, la escalinata formada por los dedos.

Aunque sabíamos que el almacén no quedaba demasiado lejos, Cecilia y Guillermo volvieron antes de lo que esperábamos. Por detrás de la música y de la respiración de Marina oí el chirrido de la puerta de calle. Al sentir las voces cada vez más cerca, ella fue a encerrarse en el baño. Yo tuve que hacer un esfuerzo para acomodarme los pantalones, y, antes de girar la llave, me tomé de un solo trago lo que quedaba en el vaso.

Cecilia entró en el momento en que terminaba una frase y empezaba a reírse. Guillermo se desabrochó, con un soplido, hasta el último botón de la camisa. Contó que estaba lloviendo un poco menos y que la humedad era insoportable. Yo hice lo posible por esquivar sus miradas sin que lo notaran, y enseguida fijé la atención en las cosas que apoyaban sobre la mesa: dos botellas de cerveza, cuatro chocolates, un atado de diez cigarrillos.

De vuelta en el sillón, me enteré de que eran las doce y cuarto de la noche y de que hacía diecisiete grados de temperatura y noventa y ocho por ciento de humedad. Alcancé a ver esos datos en una esquina de la pantalla, un segundo antes de que Marina, convencida por Cecilia, apretase un botón del control remoto y pusiera en la video casetera la grabación del casamiento.

W

El pronóstico que habíamos escuchado en la radio del auto se cumplió: no dejó de llover en toda la noche. Cecilia y yo dormimos algunas horas en el sofá. A las nueve de la mañana, cuando dejamos de sentir el repiqueteo de las gotas en la terraza, nos levantamos para despertar a Guillermo y pedirle que nos abriera la puerta de calle.

Durante un rato largo, hasta que alguien nos gritó desde un auto que esa parada ya no funcionaba, estuvimos esperando que pasara un colectivo. Un canillita nos dijo que fuéramos a la vuelta. Yo sentí el impulso de agradecerle de algún modo, pero cuando estaba a punto de comprarle el diario caí en la cuenta de que el nuestro ya debía estar esperándonos en el living.

A la luz del día, la cuadra en que había caminado con Guillermo unas semanas atrás se veía diferente. Deduje que la noche anterior, rumbo al kiosco-almacén, él no habría usado con Cecilia el mismo tema de conversación que había usado conmigo.

Estiramos los brazos ante el primer colectivo que llegó. Aunque el 42 nos hubiera dejado un poco más cerca, no dudamos en subirnos al 65; preferimos caminar algunas cuadras más por nuestro barrio que seguir parados ahí. El

tiempo que tardáramos en total podía llegar a ser el mismo, pensé, pero la sensación de estar en movimiento lo hacía más llevadero.

El coche estaba casi vacío: sólo había una mujer con ropa deportiva que viajaba en el segundo asiento individual, y un chico de unos veinte años que dormía acostado a lo largo en los asientos del fondo. Mientras sacábamos los boletos, el chofer, mirándonos por el espejo, se quejó de que a "a ese chabón" lo venía paseando desde hacía "mil horas".

–Ya hizo como dos vueltas. Cuando volvamos a la terminal lo bajo de las pestañas –nos gritó, como buscando nuestra complicidad, o al menos, pensé, algún tipo de aprobación.

Durante los segundos en que, al pasar junto a un camión estacionado, se oscureció el interior del colectivo, me costó reconocerme en el reflejo de la ventanilla. Todavía estaba vestido con la ropa que Guillermo me había prestado cuando llegamos empapados a su casa. A Cecilia, Marina le había ofrecido una camisa abrigada, pero, como si supiera que había sido un regalo mío, ella no la quiso aceptar.

Cuando nos levantamos para tocar el timbre vimos que el chico del fondo seguía durmiendo. En algún momento había cambiado de posición: ahora estaba recostado, con la cabeza apoyada en el vidrio y una mano cubriéndole la cara. Cecilia me dijo que deberíamos despertarlo, o, al menos, meterle una moneda en el bolsillo para que desde la terminal pudiera volver a su barrio. A mí me pareció mucho más razonable la primera opción, pero cuando me decidí a tocarle un hombro ya estaba a punto de pisar la calle.

En la panadería compramos media docena de medialunas, menos impulsados por el hambre que por el olor que salía de la cocina. Desde media cuadra de distancia

vimos al encargado tirar baldazos de agua sobre el agua de lluvia que mojaba la vereda. Al acercamos nos saludó con una sonrisa y siguió trabajando con dedicación, como si quisiera, me dije, justificar su presencia en esa manzana de casas bajas.

Para entrar al departamento tuve que empujar el diario con la puerta. Cuando Cecilia se metió en el baño, me desvestí tarareando la melodía del vals que no había podido bailar con Marina en su fiesta de casamiento. Después recalenté café y apoyé las dos tazas en mi mesa de luz. Llevé a la cama el suplemento de espectáculos. Alcancé a leer sólo tres titulares antes de que se me cerraran los ojos. Supe que en menos de dos horas el canillita nos tocaría el timbre; aunque hubiera dado cualquier cosa por que eso no pasara, no se me ocurrió ninguna forma de evitarlo.

X

El sábado siguiente volví a vestirme de deportista. Salí del edificio para hacer el mismo recorrido que las veces anteriores. Aceleré el paso al ver a mi vecina del segundo piso en la vereda de la ferretería. Mi plan era terminar en la plaza desde la que había visto a Jorgelina subir a un colectivo, pero no sabía llegar desde otro punto de referencia que no fuera el kiosco.

Sentía que la sangre corría con más fluidez que antes por mis venas, que las piernas se movían con más fuerza y que tenía más aire en los pulmones. Me hubiera gustado creer que todo eso se debía a que estaba más entrenado, pero era consciente de que se trataba de una cuestión psicológica: ir hacia un destino concreto hacía que todo pareciera más fácil.

Llegué a la esquina del kiosco en el momento en que salía del local un proveedor de cigarrillos. Instintivamente, al girar la cabeza y verme aparecer, agitado y sacándome la transpiración de la frente, el guardia que custodiaba la combi se llevó durante medio segundo una mano a la cintura.

–Esto de los fasos es cambiar la plata –me dijo un rato después el kiosquero, con tono de saludo, y, como al mismo tiempo subía el volumen de la radio, no alcancé a escuchar su explicación.

Caminando hacia la heladera exhibidora, y con el mismo tono con que le hubiera dicho "pero debe atraer clientes", yo le pregunté cómo andaba. Saqué una botella de agua, y mientras escuchaba las novedades del barrio, mezcladas con las noticias del informativo, paseé la mirada por la hilera de chocolates.

Después, durante los minutos que estuve sentado en el banco encadenado, vi pasar a tres clientes. El último en salir cruzó la calle masticando un alfajor de maicena y cuando estaba por llegar a la vereda de enfrente se quedó unos segundos parado, como si estuviera dudando entre seguir caminando o volver sobre sus pasos para comprar, supuse, una lata de gaseosa.

Como no sabía dónde guardar las monedas, me paré estirando un brazo, las metí en la ranura del teléfono público, marqué el número de Marina y colgué el tubo al escuchar cómo su voz dormida empezaba a despertarse. Después llamé a la casa de mi mamá y, por detrás de los saludos de Esther, me pareció oír la misma música que escuchaba el kiosquero.

Y

A Etelvina, la chica que había conocido en el kiosco de Rivadavia, no volví a verla hasta comienzos del verano. En el medio hablamos varias veces por teléfono, pero sólo sobre gustos de empanadas y demoras estimadas de envío. Nunca, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, tocábamos otros temas. A veces yo intentaba descifrar algún guiño, alguna inflexión cómplice en su tono de voz, pero terminaba colgando el tubo con una sensación extraña.

Una tarde, sin proponérmelo, me paré detrás suyo en la cola rápida del supermercado. Me di cuenta de quién era al sentir su perfume. Después de los saludos me dijo que venía del gimnasio. En la vereda hablamos como si nos hubiéramos visto la noche anterior: me contó que no había podido esperar para quitarse la sed, y yo, como si ya me hubiera invitado a su casa, le pregunté si podría guardar en el *freezer* los productos congelados.

Supuse que para no cruzarse con su familia, en vez de usar la puerta de la casa Etelvina abrió el portón de la persiana metálica. El local estaba en penumbras, había sillas y mesas encimadas, cartones y botellas vacías en el mostrador, y el ambiente conservaba restos del olor que tenía cuando estaba en funcionamiento.

Por la escalera del patio, lleno de cajones y de carteles publicitarios desteñidos, subimos a la terraza. Cuando ella me sacó la bolsa del supermercado y volvió a la planta baja, yo me puse a jugar con una pelota y me saqué la remera para humedecerla con el agua tibia de la pileta de lona. Después me acerqué al muro del fondo y me quedé mirando los techos y los tanques de agua de las casas vecinas.

Desde esa perspectiva, el barrio parecía quedado en el tiempo. Supuse que, salvo la camiseta de fútbol de un equipo

europeo que colgaba de una soga en la terraza de al lado, todo lo que veía era igual a lo que hubiera visto alguien que se parara en ese lugar veinticinco o cuarenta años atrás.

Girando la mirada vi los edificios de Rivadavia y, más allá todavía, la línea brumosa y despareja del horizonte. Más acá, en un radio de dos manzanas, lo único que sobresalía de la chatura era el edificio en el que ahora, imaginé, Cecilia debía estar tirada en la cama, en bombacha y remera sin mangas, viendo girar las aspas del ventilador, preguntándose por mí.

Cuando Etelvina volvió a subir, a los cinco o diez minutos, hacía un poco menos de calor; una nube se había ubicado entre el sol y nosotros, y la sensación que había era de atardecer. Ahora ella estaba descalza, tenía bermudas y musculosa negra, y mientras se secaba el pelo con una toalla me pidió que la siguiera.

Entré en su cuarto mirándole la espalda. Sentí que su perfume se había mezclado con olor a shampoo. El clima estaba más espeso que afuera. Me saqué las zapatillas y las dejé caer del otro lado de la ventana. Al principio el ventilador sólo movía aire caliente, pero enseguida lo subí al escritorio y moví la perilla hasta el número más alto.

En la pared enfrentada a la cama, junto a dos estanterías nuevas, había un corcho cubierto con fotos. Mientras Etelvina me mostraba a sus amigas, yo sentí cómo sonaba cinco veces un teléfono y durante un parpadeo me pareció ver, imantado a la heladera de mi casa, el número de la pizzería. Seguí pensando en eso hasta que ella se levantó para bajar la persiana. Después me di vuelta en la cama, y con la mirada fija en la pared la escuché cerrar la puerta con llave.

En algún momento empezó a llover; las gotas caían sobre la chapa y retumbaban en la pieza. Cuando salimos, la pileta estaba por rebalsar y algunas de las botellas vacías que había en el patio de la planta baja habían empezado a llenarse.

Las suelas de las zapatillas me daban la sensación de estar caminando sobre un suelo empantanado. Como si estuviera bajo la ducha, el agua me golpeaba la frente hasta eliminar el sudor.

En vez de en el *freezer*, como yo le había pedido, Etelvina había guardado la bolsa en la heladera exhibidora, y ahora, al salir a la calle, confirmé, tocándolas a través del cartón, que las hamburguesas estaban descongeladas. Las dejé en un canasto de basura y volví al supermercado.

Las cajeras eran las mismas; seguían trabajando como si no hubiera pasado nada desde el momento en que sentí el perfume de Etelvina. En todo ese tiempo habían seguido intercambiando monosílabos con los clientes, embolsando mercadería, tocando los botones de las cajas y haciendo circular billetes ajenos.

Antes de entrar al departamento rompí los tickets, metí todo en una misma bolsa, tiré la otra por el hueco del ascensor y me quedé mirando cómo flotaba en la oscuridad. Abrí la puerta pensando en las explicaciones que tendría que darle a Cecilia, pero enseguida leí, imantada a la heladera, junto al folleto de la pizzería, una nota en la que ella me avisaba que la había pasado a buscar una amiga y que no volvería hasta mucho más tarde.

Z

A la mañana siguiente, mientras caminaba en silencio hacia la cocina, escuché cómo el canillita deslizaba el diario por

debajo de la puerta; venía tan grueso, que debía separar los suplementos, la revista y el cuerpo principal, y tirarlos por etapas. Aunque supe que era casi imposible que ese ruido la hubiese despertado, volví a la oscuridad para confirmar desde el pasillo que Cecilia seguía durmiendo.

En vez de prender alguna luz, de hacer un café o de ponerme a leer los titulares, decidí acostarme boca arriba sobre la alfombra del living. Buscando figuras en las manchas de humedad del cielorraso, traté de hacer una cronología de la noche anterior.

No conseguí dormirme del todo; las imágenes que pasaban por mi cabeza tenían menos que ver con sueños que con recuerdos difusos. El timbre y las voces de un departamento vecino me hicieron abrir los ojos, y aunque intenté cubrírmelos con un ante brazo no puede volver a mantenerlos cerrados.

Durante un rato largo –no supe si dos horas o veinte minutos– me quedé inmóvil en esa posición. Aunque la persiana del living estaba baja y no dejaba pasar mucha luz, por los ruidos que me llegaban de afuera noté cómo iba avanzando la mañana.

En el segundo piso alguien escuchaba una carrera de autos, un sonido que por algún motivo no demasiado concreto me hacía acordar a mi infancia. Imaginé a un hombre tomando mate frente a la mesa en donde la radio, ante cada aceleración de un motor, daba pequeños temblores.

La pareja de la planta baja discutía a los gritos por una llave de gas mal cerrada. Tenían más o menos nuestra edad. Se habían mudado menos de dos semanas atrás y todavía no estaban acostumbrados a las nuevas reglas de la casa; supuse que eso era lo que les provocaba la mayor cantidad de peleas.

Intenté espiar la escena por una rendija de la persiana: la puerta que daba al fondo del pozo de luz estaba abierta. Sobre las baldosas de la cocina vi un pie izquierdo de mujer. Tenía el empeine ancho, las uñas despintadas y los dedos poco escalonados, y no me costó imaginarla de los tobillos para arriba: la bombacha blanca, la musculosa ajustada, el pelo revuelto.

Dos domingos antes habíamos visto el flete estacionado frente al edificio. Algunos de los muebles que ocupaban el hall parecían acomodados del mismo modo en que estarían un rato más tarde: el sillón de dos plazas y el televisor, por ejemplo, estaban enfrentados y separados por el espacio equivalente a una pierna estirada.

Los flamantes vecinos le agradecían al encargado –que a pesar de estar en un día no laborable fingía ayudar a los peones–, y por el estilo uniforme de la mayoría de los muebles me di cuenta de que ésa no sería su primera convivencia. Cecilia saludó a la chica desde lejos, y, ya en el ascensor, me preguntó, sin esperar una respuesta, cómo harían para meter tantas cosas en un dos ambientes.

El Silencio Gitano

Mientras esperaban acodados en el mostrador, Guillermo le preguntó a Marina si la persona que levantaba la mano en una mesa estaba llamándolo a él.

–No creo: por lo general, si no te conoce y no sos un mozo, en una pizzería nadie te llama así.

Esa mañana, en el avión de vuelta a Buenos Aires, habían viajado detrás de un hombre mayor y de una chica de unos veinticinco años que parecían familiares. Pero enseguida, siguiendo su conversación, se dieron cuenta de que él le hablaba como si fueran de la misma generación y de que ella no ofrecía demasiada resistencia.

–No me mientas –le dijo el señor después de preguntarle la edad y de oír la respuesta, como dando a entender que creía que estaba sumándose años.

La chica vivía en Temperley, estudiaba derecho en una universidad privada y trabajaba en una oficina del Microcentro. El hombre le preguntó si no le gustaría progresar "a nivel laboral" y le pidió su teléfono para contactarla con un abogado amigo suyo, "dueño del mejor estudio de Buenos Aires".

–Sin segundas intenciones, eh. Pero me dijo que anda buscando gente joven, así despierta como vos, que es la que siempre tiene más ganas de trabajar.

–Me interesa, seguro.

–Además, también puedo llamarte para ver cómo andás, ¿no? Podemos llegar a ser buenos amigos, ¿no te parece?

–Claro, sin segundas intenciones.

Habían salido del aeropuerto de Montevideo a las doce menos cuarto y aterrizado en Aeroparque a las once y media. En la cola para los trámites de migraciones, Guillermo vio cómo otra chica, que parecía haber viajado gratis como ellos, movía una aguja de su reloj. "Recuperando la hora que perdimos a la ida", estuvo a punto de decirle, pero se arrepintió al pensar que tal vez era una turista uruguaya y que ése era su viaje de ida, aunque sabiendo en el fondo que era argentina y suponiendo que no le contestaría con buenos modales.

Aunque Guillermo le veía cara conocida y estaba convencido de que lo miraba a él, la persona que levantaba la mano en una mesa estaba llamando al mozo para pedirle la cuenta. En la puerta del *free shop* el señor le había ofrecido a la chica pagarle un remís hasta su casa, y no cambió de opinión cuando ella le recordó que vivía en Temperley.

Ver la ciudad como una maqueta desde el cielo había hecho pensar a Guillermo en el futuro, pero algunas horas después, al salir del ascensor con la caja de empanadas entre las manos, le pareció que ya habían pasado varios meses desde aquella sensación.

El departamento seguía teniendo olor a encierro. En el living todavía estaban los bolsos a medio desarmar. La madre de Marina había ido algunas tardes para regar las plantas. Había imantado a la heladera las cuentas de luz, gas y teléfono, y había dejado una esquela de bienvenida en la mesada.

Guillermo prendió el ventilador, releyó la nota de su suegra, hizo un bollo con el papel y lo tiró a la basura. Después de comer sumó los importes de las tres cuentas, y calculó que con el equivalente a los pesos uruguayos que les habían sobrado pagarían sólo la del teléfono. Marina se le acercó como para darle un beso pero, en cambio, y aunque sabía que no tenían posibilidades de hacerlo, volvió a hablar de comprar un terreno en Aguas Dulces.

A la mañana siguiente, antes de empezar a trabajar, Guillermo revisó su correo electrónico, respondió algunos mails y eliminó los mensajes basura que se habían acumulado. Después contó anécdotas sobre las vacaciones, recibió cargadas por el bronceado y no hizo casi nada productivo hasta la hora del almuerzo. Aunque la ola de calor ya había pasado, al salir del edificio sintió el contraste entre el aire acondicionado de la oficina y los veintiocho grados de afuera.

Pese a su ubicación y a sus precios razonables, la parrilla al paso de la calle Florida en que Guillermo almorzaba seguido nunca desbordaba de gente. El televisor, ubicado sobre un soporte en una esquina del local, siempre estaba sintonizado en un canal de noticias, pero muy pocas veces había más de una persona prestándole atención.

Guillermo pedía lo mismo todos los miércoles, un sándwich de vacío con ensalada mixta, y después, en el camino de vuelta a la oficina, se sentaba en un banco a fumar. Esta vez dejó el pan casi intacto, y en la plaza, cuando estaba a punto de sumarse a la charla de sus compañeros, sintió la cámara de fotos contra una pierna, pidió disculpas en voz baja y empezó a caminar hacia la casa de revelado.

Más tarde, mientras se disponía a cerrar la jornada, vio a Rodrigo conectado al chat, le informó que ya estaba de vuelta y le propuso que se vieran el fin de semana. Rodrigo le preguntó si había sacado fotos y comentó las novedades familiares: a Walter Perrazo, la mascota de sus padres, lo habían enterrado en el fondo de la casa después de que lo pisara un camión, y Tatiana acababa de separarse del padre de su hijo en España y planeaba volver a instalarse en Buenos Aires.

Todavía en ayunas, mientras leía en la pantalla su conversación con Rodrigo, Guillermo escuchó que tocaban el timbre. Guardó el contenido del chat, se acercó a la puerta y vio por la mirilla al portero del edificio, que unos segundos después le informó que había humedad en el techo del departamento de abajo y que tendría que revisar el baño. Guillermo lo hizo pasar, y mientras oía sin atención sus comentarios se puso a recordar una noche de seis veranos atrás.

En el kiosco de una estación de servicio, después de un recital gratuito en el bajo Belgrano, reconoció, pese al tiempo pasado, y ayudado por el acento mendocino, a la chica que consultaba el precio de una botella de gaseosa. Era Tatiana, la hermana de su mejor amigo de la infancia. Guillermo intentó recordar la última vez que la había visto, calculó que tendría dos años menos que Rodrigo y que ahora andaría por los veintidós.

A la gaseosa la pagó Guillermo y, mientras la tomaban del pico en la plaza de enfrente, Tatiana contó que había vuelto a Buenos Aires unos meses antes que su familia, que ellos volverían de Mendoza en el invierno, y que trabajaba

de cajera en un banco, estudiaba música en el conservatorio y convivía con una amiga en un departamento en Almagro.

Esa noche, después de buscar una parada del 168 en otra avenida, Guillermo la acompañó hasta su casa. Mientras recorrían la ciudad con las ventanillas abiertas, Tatiana dijo que había lugares de Buenos Aires que aún no conocía. A las cinco de la mañana, antes de despedirse, Guillermo anotó su teléfono en el reverso del boleto, y a partir de la semana siguiente empezaron a verse casi todos los días hasta un año y medio más tarde, cuando ella se fue de gira por Europa con un grupo de música.

Un mediodía, en vez de ir a la parrilla, y con la intención de no perder el bronceado, Guillermo compró una gaseosa y un pebete de jamón y queso y almorzó al sol en un banco de la plaza. En el camino de vuelta a la oficina, mientras planeaba cómo secarse la transpiración, se metió en una farmacia. Marina tenía un atraso de veinte días. Aunque ella prefería esperar, él quería sacarse la duda lo antes posible.

–Con la primera orina de la mañana, joven –le dijo la farmacéutica con una sonrisa al entregarle la bolsa, y Guillermo, mientras miraba la hora en el ticket, intentó descubrir si esa simpatía llevaba algo implícito.

Al salir del baño, con el pelo mojado y todavía con el Evatest en un bolsillo, Guillermo se sentó frente a la computadora y leyó un mail firmado por Ana y Federico, la pareja de novios que habían tenido de vecina en Aguas Dulces. Un atardecer los vieron en la carnicería del pueblo, y como no les quedaba otra alternativa que la de compartir la única "barbacoa" del complejo, les propusieron armar una parrillada para cuatro.

Esa noche, para no verse en la obligación de controlar las brasas, Guillermo se demoró cortando prolijamente las verduras y caminó hasta el almacén para comprar otra botella de vino. Mientras comían hablaron sobre sus trabajos y sus actividades en la ciudad, y en la sobremesa, bajo el cielo despejado y con el rumor del oleaje cada vez más nítido, fumaron la marihuana que Federico había llevado desde Luján.

Al mediodía siguiente caminaron juntos por la arena. Clavaron la carpa en una playa desierta y alejada y se metieron al mar. Al atardecer, los cuatro se sentaron en ronda y de piernas cruzadas a pasarse el mate, jugar al truco y sacarse fotos con las dos cámaras.

Ahora, en el mail, Federico les proponía encontrarse a comer el viernes a la noche. En la posdata, les contaba que había logrado el ascenso en la fábrica de zapatillas y les pedía que no se olvidaran de llevar su álbum. Cuando terminó de leer el mensaje, Guillermo se lo reenvió a Marina sin ningún agregado y abrió su mochila para volver a mirar, una por una, las imágenes que todavía llevaba como separador dentro de un libro.

Guillermo y Marina habían viajado en avión con los pasajes que uno de los jefes de él había ganado en un sorteo y, a su vez, había rifado entre los empleados. Esa tarde de fines de diciembre, al ver que una de las administrativas desenrollaba un papel con su nombre, Guillermo había dudado en alegrarse, pensando en todo lo que tendría que hacer para devolver el favor, pero no le quedó otra alternativa que la de agradecer los aplausos.

La mañana de marzo en que ese jefe volvió de sus vacaciones en el norte de Brasil, Guillermo le tocó la puerta del

despacho, lo saludó con un apretón de manos y apoyó sobre el escritorio una caja de cartón.

–Como agradecimiento por los pasajes –le dijo, sin mirarlo a los ojos, mientras sacaba productos uruguayos: una docena de alfajores, una botella de cerveza, un frasco de dulce de leche.

El jefe se quedó unos segundos mirando esos regalos, y después, siempre llamándolo por su apellido, le agradeció con una palmada en el hombro, le preguntó si había pasado por Punta del Este y le propuso, con un gesto cómplice, mostrarle algunas de las fotos que había sacado en "*la melhor praia do mundo*".

Sonriendo, aunque sin decisión, Guillermo se acercó a la cámara digital. Achicó los ojos, vio a su jefe en zunga tomando jugo de coco, y después, tendida sobre la misma superficie de arena blanca, a una chica de unos veinte años tomando sol con el corpiño de la bikini desabrochado.

–¿Qué te parece? La novia de mi pibe... Hijo de tigre, eh –comentó el jefe alzando la voz, y Guillermo se quedo mirando la cámara sin saber qué decir.

Guillermo quería sacarse un peso de encima: aunque sabía que Luciano no había vuelto de sus vacaciones, el sábado marcó su número, escuchó la voz de Cecilia y después de la señal dejó la noticia del embarazo con el tono más neutro posible. Como los conductores de los noticieros internacionales, pensó, y al colgar se dijo que, aunque lo quisiera, ya no podría eliminar el mensaje.

Esa noche durmió solo. Al mediodía fue a comer un asado a la casa de sus suegros. En el tren, revisó el álbum y sacó las fotos en que Ana o Marina aparecían semi desnudas

en la playa. Sentado en un banco de la estación las volvió a mirar, y las metió como separador en el libro que llevaba en su mochila.

La familia de Marina vivía en Villa del Parque, en la planta alta de un edificio de dos pisos. Ella había llegado la noche anterior para contarles a sus padres que serían abuelos, pero, según le dijo a Guillermo mientras subían las escaleras, todavía no había podido "encontrar la oportunidad".

En la terraza, el padre de Marina soplaba las brasas para que no se apagasen. Guillermo lo saludó con una palmada en un hombro, y, como se consideraba un pésimo asador, hizo cualquier cosa con tal de no quedar solo frente a la parrilla: se ofreció a ir a comprar helados, le preguntó a su suegra si quería escuchar la radio, sacó la mesa al aire libre, ayudó a preparar las ensaladas.

Después se sentó al sol, y mientras hojeaba el suplemento de arquitectura y la sección deportiva (las únicas partes del diario que no habían sido usadas para encender el fuego) tomó algunos vasos de vino. Intentó notar cómo iba cambiando el olor de la carne, y al morder un pedazo de pan se dio cuenta de que se estaba emborrachando.

Durante el resto de la comida, para que no se le trabara la lengua, intentó hablar lo menos posible. Sólo en la sobremesa, con la voz temblorosa, Marina les informó a sus padres que serían abuelos. En ese instante Guillermo se llevó el tenedor a la boca, y durante el silencio que hubo en los segundos siguientes pensó que hubiera pagado lo que fuera por no estar ahí.

Más tarde, mientras la terraza se iba quedando sin sol, y con la excusa de enterarse de los resultados del fútbol, se metió en el cuarto de Marina. Recostado en la cama le pareció sentir la vibración del paso del tren, pero enseguida se

dio cuenta de que eran los ronquidos de su suegro desde la pieza de al lado. Mientras dormitaba, pensó que algún día su mujer sería la única heredera de esa casa, y se imaginó en treinta años viviendo ahí con su propia familia, haciendo el fuego para un asado y esperando la visita de algún yerno.

Aunque estaba cada vez más vacía, la habitación de Marina conservaba marcas de las diferentes etapas de su vida: muñecas de trapo de la infancia, osos de peluche de la pubertad, póster de la adolescencia, libros, apuntes de la juventud. Cuando, después de apagar el televisor y de lavarse la cara, subió a la terraza y escuchó que su suegro, que también volvía de la siesta, le preguntaba cómo había salido el partido de Racing, Guillermo tuvo que fingir que hacía memoria e inventar un resultado.

Guillermo y Rodrigo habían nacido con minutos de diferencia en el mismo hospital y durante varias horas habían compartido la *nursery*. Sus familias vivían en el mismo barrio y los mandaron al mismo jardín de infantes. El último cumpleaños infantil que festejaron juntos fue el de seis; un mes antes, la mamá de Rodrigo le había contado a la de Guillermo que a su marido lo trasladarían a la sucursal mendocina del banco. Ese día los amigos pincharon dos piñatas y soplaron doce velitas, sin imaginar que no volverían a verse hasta quince años más tarde.

Ahora se comunicaban por chat casi todos los días, hablaban seguido por teléfono y no dejaban pasar más de una semana sin verse. Cuando Rodrigo volvió de Mendoza demoraron unos meses en volver a hacerse amigos: Guillermo todavía salía con Tatiana, y esa relación, si bien los acercaba en el plano familiar, los alejaba en el amistoso.

El primer cumpleaños que volvieron a festejar juntos, ya sin la ayuda de sus padres, fue el de veinticuatro. Aunque en realidad esa noche, como aún no tenía muchos conocidos en Buenos Aires, Rodrigo fue casi un invitado más a la fiesta de Guillermo.

Ahora, un domingo a la tarde, camino al aeropuerto de Ezeiza, intentaban organizar una nueva reunión. A Guillermo se le ocurrió que a través del kiosquero de su barrio podría conseguir cajones de cerveza a precio mayorista, y Rodrigo se ofreció a averiguar condiciones por el salón de fiestas del edificio de sus tíos.

Aunque hacía lo posible porque no se le notara, Guillermo estaba inquieto; hacía más de cuatro años que no veía a Tatiana. Intentó imaginar lo cambiada que estaría. En sus visitas anteriores, había inventado excusas ante Rodrigo para no cruzársela.

Mientras esperaban en el hall, haciendo comentarios sobre los titulares de los diarios, vieron a Luciano arrastrar una valija. Detrás de ellos venían su mamá, un hombre de la misma edad y otra mujer que, se enteraron después, haría, aunque en sentido inverso, el mismo recorrido que estaba haciendo Tatiana.

Más tarde, después de explicarle a Rodrigo que Ernesto no era el padre de Luciano, Guillermo vio cómo empezaba a formarse una cola frente a las cabinas de migraciones. Tatiana se destacaba entre la gente; cargaba a su bebé entre los brazos y una mochila en la espalda. Estaba despeinada, se le notaba el cansancio. Pensando en que Rodrigo no conocía a su sobrino, Guillermo lo miró de reojo con la idea de encontrar en su cara algún rictus de emoción.

Tras los saludos, mientras esperaban frente a la cinta transportadora los cinco bolsos, las dos guitarras enfundadas

y el carrito del bebé, una mujer, con acento español, le pidió por favor a Guillermo que levantara las dos valijas que tenían atadas cintas rojas a las manijas y que las subiera a su porta maletas.

–Gracias, joven –le dijo dándole la mano cuando él terminó de acomodarlas, y agregó como disculpándose:– Lo que sucede es que no hay changarines.

Mientras salía, como todos los miércoles, de la parrilla al paso de Florida, Guillermo creyó ver las espaldas del hombre mayor y de la estudiante de derecho que había visto en el avión. Andaban del brazo, mirando vidrieras. Guillermo prendió el cigarrillo que acababa de regalarle Ana y los siguió, a unos veinte metros de distancia, imaginando que el señor acababa de pasar a buscar a la chica por "el mejor estudio de Buenos Aires" para invitarla a comer.

Una hora atrás, frente a una parada de diarios de esa misma cuadra, Guillermo se había cruzado con Ana. Ella miraba tapas de revistas, tenía el pelo recogido con la misma vincha que había usado en la playa, y también había salido de su oficina a la hora del almuerzo. Guillermo se le acercó para tocarle un hombro y pudo notar cómo, a la luz del sol, su piel mantenía el bronceado.

En la parrilla, mientras compartían, sentados al mostrador, una ensalada mixta y una porción de vacío, hablaron sobre sus horarios laborales, el embarazo de Marina y los días que habían compartido en Aguas Dulces. Para mí es como si ese lugar quedara en otro mundo, estuvo a punto de decir Guillermo, pero, al tiempo que pensaba en el sentido y en el armado de la frase, vio que ella giraba la cabeza hacia el televisor y que sólo le prestaría atención al noticiero.

Ahora, al doblar en Diagonal Norte hacia el lado inverso al de la oficina, veía al señor del avión elegir un racimo de flores en un puesto de mitad de cuadra. Antes de seguir caminando se preguntó por qué los seguía, y aunque no pudo responderse nada no se planteó la posibilidad de volver sobre sus pasos.

En la siguiente esquina, mientras, con la mirada perdida en el asfalto, imaginaba a Ana y a Marina saliendo del mar y caminando desnudas por la arena, un bocinazo lo volvió a la realidad y la chica que estaba a su lado, esperando para cruzar la calle, lo agarró de un brazo llevándolo hacia la vereda. Él tardó unos segundos en notar que era la misma a la que había confundido con la estudiante de derecho, y para no mirarla con asombro y desilusión tuvo que hacer un esfuerzo.

A fines de febrero, cuando el perro de sus padres desapareció, Rodrigo le sacó fotocopias a la hoja oficio que había escrito a mano y salió a distribuirlas por Villa del Parque. Pasó una tarde de sábado caminando por el barrio, pegando esos afiches en árboles, vidrieras de negocios y postes de luz, y en el trayecto de vuelta a su casa, mientras esperaba a que el semáforo le diera luz para cruzar una avenida, vio el cadáver con manchas rojas y negras tendido sobre el asfalto.

Guillermo recordó esa historia un domingo, meses más tarde, cuando, después de bajar del tren y –para hacer tiempo hasta el mediodía– caminar unas cuadras en sentido contrario al de la casa de los padres de Marina, descubrió, en el reverso de una señal de tránsito, el pedido en letra imprenta de Rodrigo y una foto en blanco y negro de Perrazo.

–Claro, la foto a color de un dálmata no tendría mucho sentido –le dijo a Marina una hora más tarde, mientras acomodaba los chorizos sobre la parrilla. Después de darse cuenta de que ella no había entendido la frase, ayudó a su suegra a subir la mesa a la terraza, se metió en la cocina, y en vez de sumarse a la charla familiar volvió a recordar la esquela: pensó que había sido escrita antes del inicio del embarazo e intentó calcular la cantidad de lluvias que habría resistido.

Una noche de la semana siguiente Guillermo y Marina fueron a comer a la casa de Ana, un departamento de dos ambientes en Once. Era la segunda vez que las parejas se veían en Buenos Aires; la primera había sido quince días antes en una parrilla de San Telmo. Aquella noche, aunque brindaron por el flamante embarazo de Marina y se notaba el esfuerzo que hacían por recobrar la confianza que habían tenido en Uruguay, no se sintieron del todo cómodos.

En el living-comedor había muebles viejos y afiches de películas en las paredes. Entre los portarretratos que ocupaban las bibliotecas se destacaban las fotos de las últimas vacaciones. En la cocina, Guillermo olió la salsa que Ana había cocinado para los tallarines, descorchó el vino que había llevado y pidió permiso para tirar un chorro en el contenido rojo y humeante de la sartén.

Federico llegó más tarde desde Luján. Antes de cerrar la puerta se disculpó por la demora. Explicó que se había retrasado en la fábrica de zapatillas discutiendo con su jefe, y al ver la botella abierta en la mesada, mientras prendía el calefón para ir a bañarse, dijo en voz muy alta, aunque sin tono de reproche, que el vino tinto no se usaba para cocinar.

Incluyendo el mediodía en que se habían cruzado en el Centro, era la tercera vez que Guillermo veía a Ana en Buenos Aires. Durante la cena estuvo varias veces a punto de mencionar aquel encuentro, pero ante el silencio de ella prefirió quedarse callado. Dos veces le pidió la receta de la salsa, y ya en la sobremesa sintió que, a través de las miradas que se cruzaban, iba naciendo entre ellos alguna forma de complicidad.

A Marina le dio impresión verse casi desnuda entre los adornos de una chica con la que aún no tenía demasiada confianza, y se lo comentó a Guillermo a las tres de la mañana, mientras se alejaban del edificio por las calles desiertas de Once. Él dijo que no había que exagerar, que no siempre la confianza debía medirse con el paso del tiempo, y desvió la conversación hacia el sabor de las mandarinas que habían comido de postre.

Caminaron en silencio hasta Pueyrredón. En una esquina, al ver cómo dos policías revisaban los bolsillos de un chico al que habían obligado a apoyar las manos contra la persiana metálica de un local, Guillermo, en voz muy baja, propuso cruzar la calle para evitar que se los llevaran como testigos.

–Con el olor que tenés, van a pedir testigos para vos –le dijo Marina, guiándolo de un brazo hacia la parada del 64.

Por el embarazo, ella no había aceptado probar la marihuana que habían fumado entre los demás. A Guillermo, en cambio, los quince minutos que pasaron hasta ver acercarse la silueta azul y amarilla del colectivo le parecieron eternos.

Al regresar de España, y desechada la idea original de volver a trabajar en el banco para alquilar un departamento, Tatiana se había instalado con Julián en el cuarto de servicio

de la casa de sus padres. A horas de haber llegado se contactó con algunos amigos del conservatorio, y a partir de la semana siguiente empezó a ensayar, casi todas las tardes, mientras su mamá cuidaba al bebé, con un grupo de rock.

Todavía sensibilizada por la muerte de Walter Perrazo, en la noche del debut en público de El Silencio Gitano le pidió a Guillermo que al día siguiente la acompañase a comprar, con el equivalente a los últimos euros que le sobraban, un cachorro de dálmata. Después subió al escenario, se colgó la guitarra y esperó a que el baterista marcase el compás.

Según el cálculo de Guillermo, en el sótano del local había un poco más de cien personas. La mayoría eran amigos o parientes de los músicos. Los que estaban más cerca del escenario saltaban y coreaban las letras al principio de cada canción. Al promediar el recital, Luciano se sorprendió al ver a Marina y se acercó para decirle, casi a los gritos, que no le haría bien inhalar tanto humo.

Aunque intentaban distinguir el sonido de la guitarra, desde afuera sólo se oían los graves de la música. En el kiosco de la esquina compraron cigarrillos y decidieron ir a dar una vuelta manzana. En la cuadra más oscura, para que él le acariciara la panza, Marina se subió la remera hasta el comienzo del corpiño.

Media hora después, cuando completaron la vuelta, se mezclaron entre la gente que salía del local. El recital ya había terminado; desde el sótano llegaban, muy débiles, las voces de una canción en inglés. Tatiana, mientras recibía felicitaciones, buscaba algo en la funda de su guitarra. Cuando escuchó que alguien proponía ir a buscar una pizzería abierta, dijo que el bar le pagaría al grupo con una consumición de ciento cincuenta pesos.

Más tarde, boca abajo en la cama y con un brazo estirado hacia la panza de Marina, Guillermo se puso a recordar el momento en que había visto a Tatiana después de tantos años, y lamentó no haber dicho nada interesante durante el viaje desde Ezeiza. La conversación había sido acaparada por los hermanos: Rodrigo, que manejaba sin sacar la mirada de la autopista, y Tatiana, que viajaba en el asiento de atrás acunando a su hijo.

Ahora, con los ojos cerrados y mientras oía, cada vez más difusas, las voces que salían del televisor, distorsionaba unas líneas de diálogo:

–Me causa gracia tu acento gallego.

–Todavía estoy bajo los efectos del *jet-lag*.

A Marina ya se le notaba la panza. Desde que el Evatest le diera positivo, había tenido sólo dos antojos fuertes: una noche le pidió a Guillermo que la invitase a comer tallarines a la parisienne, y una mañana lo llamó desde el trabajo para decirle que sentía en las papilas el sabor de una manzana verde y que ninguno de sus compañeros quería bajar a la verdulería.

Los primeros mareos los tuvo un sábado a la noche, mientras Guillermo y Rodrigo empezaban a recibir a los invitados a su fiesta de cumpleaños. Tuvo arcadas en el baño, y llamó a sus padres para que la pasaran a buscar. Guillermo la acompañó de un brazo hasta la planta baja y en la vereda se cruzaron con Ana, que al notar el malestar de Marina hizo un gesto de preocupación.

El salón de fiestas quedaba en un edificio de Belgrano. Mientras subían solos hasta el último piso, Ana le confirmó a Guillermo, mirándolo por el espejo y acomodándole el

cuello de la camisa, que venía sola: Federico se había quedado a pasar la noche en Luján porque a la mañana siguiente debía estar muy temprano en la fábrica.

La pista de baile improvisada se fue llenando de a poco; al principio la mayoría de los invitados se amontonaba en el balcón o alrededor de la mesa donde estaban las bebidas. Cecilia y Luciano llegaron con dos libros de regalo. Saludaron a los cumpleañeros y se quedaron viendo las luces de los autos que recorrían Libertador. Al descubrir en el horizonte, tras el agua del río, la costa uruguaya, él intentó señalar los cuatro puntos cardinales.

Desde un sillón, con un vaso de papel entre las manos y siguiendo el ritmo de la música con un pie, Ana contempló sola ese paisaje durante casi una hora. Rodrigo había conseguido parlantes y una computadora con más de doscientas canciones cargadas, y, con la condición de no cortar ninguna por la mitad, cualquiera podía acercarse a la pantalla y usar el mouse para elegir la siguiente.

Enterado por teléfono de que Marina ya estaba en su casa y se sentía mejor, Guillermo se sentó en el mismo sillón que Ana. En vez de ponerla al tanto de las novedades, casi sin pensarlo e impulsado por la oscuridad, acercó una de sus manos a la mano libre de ella y le rozó la palma con la yema de un dedo.

En la penumbra del living, al salir del baño, Guillermo paseó la mirada por la biblioteca, las paredes y las repisas llenas de adornos. Se detuvo en las fotos en que Ana y Marina tomaban sol en la playa, y después, mientras leía sin atención el afiche de una película argentina, pensó en las explicaciones que debería darles. A Ana, en principio, le diría que

ya se tenía que ir; se había hecho demasiado tarde y en cualquier momento amanecería.

Ella seguía acostada en la misma posición, cubierta con la almohada desde la cintura hasta el cuello, y volvía a pedirle que se quedase unas horas más. Ya le había asegurado que Rodrigo volvería recién al mediodía, y ahora le juraba que hacía "las mejores tostadas del mundo". Guillermo miró las franjas de luz que entraban por la ventana, contó la cantidad de parcelas rectangulares en que dividían al cuarto, y, antes de tomar una decisión, se fijó la hora en el celular que había quedado en el suelo.

Media hora después, descalza y con el pelo recogido, Ana bajó a abrir la puerta de calle. Guillermo le miró los pies en el ascensor, y en el hall, preguntándose cuál sería la mejor forma de despedirse, la saludó con un beso en la frente. Antes de llegar a la primera esquina se imaginó volviendo sobre sus pasos para tocar el timbre, pero siguió caminando sin rumbo fijo hasta encontrarse con sus propios ojos en el reflejo de un auto.

Aunque las ventanillas estaban bajas, en el interior del taxi se notaba que el pasajero anterior había fumado. La radio estaba sintonizada en un programa de contactos personales. Guillermo se concentró en el relato de un oyente de zona sur que buscaba chicas "con buena onda, de entre dieciocho y treinta años", y, sin prestarle atención a los comentarios del taxista, intentó imaginar las calles de Lanús a esa hora de la madrugada.

Durante el viaje terminó de hacerse de día. Al abrir la puerta del edificio Guillermo calculó que, si había dejado las persianas subidas, como cada vez que dormía sola, su mujer ya debía haberse levantado. Mientras subía en ascensor intentó no mirarse en el espejo. Se desvistió en el

living y metió la ropa en un bolso que después guardó en el fondo del placard. Se lavó los dientes sin prender la luz del baño, y se metió en la cama intentando hacer el menor ruido posible.

El bolso permaneció en el placard todo el domingo. El lunes a la mañana, para un festejo más íntimo, Guillermo encargó dos docenas de empanadas en la panadería. Un rato después bajó de un colectivo a varias cuadras de la oficina y dejó la ropa sucia en un lavadero automático. Le daba vergüenza dejar tan pocas prendas, pero sabía que, desde la descompostura del lavarropas, Marina se encargaba de lavar con la tabla.

La empleada del negocio, al no verle cara conocida, le pidió, además de una seña, un número de teléfono. Guillermo le dio el interno de su escritorio, y salió del local pensando en su cumpleaños y en cómo seguiría transformándose el cuerpo de Marina en los próximos meses, sin preguntarse si el oyente de Lanús habría logrado conocer a alguna chica.

Caminó todo lo apurado que le permitía la cantidad de gente que ocupaba la vereda. A medida que se acercaba a la oficina crecía su ansiedad por abrir la casilla de mails, y se diluía la certeza que ya no volvería a encontrarse con Ana.

A la tarde, cuando se enteró de que a la noche sólo tendría un comensal adulto, no logró comunicarse con la panadería para achicar el pedido. Los demás invitados habían llamado para avisar que no irían; Luciano estaba engripado, Rodrigo tenía dolor de hígado desde la fiesta, y Marina no podría faltar a la despedida de soltera organizada

a último momento en Villa del Parque y se quedaría a dormir en la casa de sus padres.

A las nueve de la mañana siguiente Guillermo abrió los ojos completamente desnudo, sin despertador y con un leve dolor de cabeza. Después de vestirse y de lavarse la cara intentó ordenar el living, y en la cocina, antes de meter los platos en la pileta, se puso a mirar por la ventana. El cielo estaba nublado y el poste de la esquina, que siete horas atrás lo había alumbrado junto a sus invitados mientras esperaban la llegada de un taxi, seguí encendido a plena luz del día.

Tatiana había tocado el timbre a las nueve y media de la noche. Estaba vestida igual que en el recital y no traía cochecito; cargaba al bebé entre los brazos. Julián se portó bien; no lloró mientras tuvo los ojos abiertos, y más tarde se despertó sólo dos veces para comer. Acababa de cumplir cinco meses pero, según su mamá, tenía el pelo cortado como si tuviera cinco años.

Para que la música no lo molestara, Guillermo propuso llevar al bebé al cuarto y ponerlo en el moisés que ya le habían regalado. Después, y como Tatiana no quiso tomar más de medio vaso de cerveza, él fue emborrachándose solo y sin darse cuenta mientras escuchaba cómo ella le hablaba de los dolores del parto y de la maternidad, del padre de Julián, de las relaciones sexuales durante el embarazo, de su vida cotidiana en España, de las canciones que estaba componiendo y de los proyectos de El Silencio Gitano.

A Guillermo le resultaba incómodo conversar con una mujer que estaba dando la teta. Nunca sabía hacia dónde dirigir la mirada; no quería entrometerse en algo tan íntimo pero tampoco quería que se notara esa incomodidad. Sin

embargo, con Tatiana todo fluía sin problemas: un par de veces ella se subió la remera y se bajó el corpiño y, mientras seguía hablando y escuchando, acomodó ahí la boca del bebé, como si no pasara nada, o más bien, pensó él a la mañana siguiente, como si todo lo que pasaba fuese natural.

Tercera parte

A

Desde un locutorio de San Bernardo –después de leer los mails acumulados en los primeros días de vacaciones–, llamé a mi casa para levantar los mensajes del contestador. Escuché la voz grabada de Cecilia, tres llamadas perdidas de números desconocidos, y a través de Guillermo, cuando ya estaba por colgar, me enteré de que Marina estaba embarazada.

Durante algunos segundos, un poco mareado por el encierro, me costó reconocerme en la imagen que me devolvía el vidrio: tenía ojotas de colores, un traje de baño floreado y la remera agujereada del balneario brasilero. Pensé que en Buenos Aires no saldría vestido así a la calle ni aunque me pagaran, pero que ahora me mimetizaba con el resto de los turistas. Antes de salir de la cabina estuve a punto de repetir el llamado para volver a escuchar el mensaje, pero supuse que no me alcanzarían las monedas.

Afuera, aunque ya era casi de noche, todavía había gente que volvía de la playa. Caminé por una vereda cubierta de arena sintiendo el viento fresco que llegaba desde el mar. Cecilia me esperaba en la feria de artesanías. La vi desde lejos: estaba descalza, y a través del vestido de hilo se distinguía el color de su bikini. Cuando me acerqué, me mostró el anillo que acababa de comprarse, me pidió que cerrara los ojos, y sentí cómo me rodeaba el cuello con las manos.

Más tarde, mientras nos duchábamos, decidimos salir a comer afuera por primera vez en las vacaciones. Recorrimos la peatonal con la idea de no romper demasiado el presupuesto pero tampoco terminar metiéndonos en un local de comida rápida. No nos cruzamos con nadie de nuestra edad; a esa hora, la calle estaba ocupada por parejas de adultos y por adolescentes que hablaban y se movían como intentando parecer mayores.

Al final elegimos un restaurante con mesas al aire libre. Antes de sentarse, Cecilia estudió el menú pegado en la vidriera. Aunque la especialidad de la casa era el pescado, hasta la llegada del mozo yo dudé entre los canelones de verdura y los ñoquis con tuco, y para que ella no pensara que no pedía otra cosa para gastar menos, dije, como pensando en voz alta, que cada vez les tenía más miedo a las espinas.

Después de comer compramos medio kilo de helado y lo fuimos a tomar a la playa. Al principio nos costó diferenciar entre el chocolate y el dulce de leche; lo único que se distinguía a la luz de la luna era el granizado. Achicando los ojos alcancé a ver la ronda que se había armado cerca de la orilla: dos de las chicas, a pesar del clima, todavía estaban en bikini, y un hombre tocaba la guitarra. Sentí que, por la fuerza y la dirección del viento, nos llegaban con la misma nitidez las notas musicales, el olor del humo y el rumor del oleaje.

Cuando se enteró de que desde el locutorio había levantado los mensajes de nuestro contestador, Cecilia me preguntó si había alguna novedad. Yo me quedé callado unos segundos, le saqué la cucharita de la boca, hundí mi cara en su cuello y desde ahí le dije "nada, todos mensajes basura".

B

Alquilábamos un departamento a dos cuadras de la playa; un monoambiente con *kitchenette* muy parecido al que tenía el padre de Guillermo en Villa Gesell. Aunque en la entrada no figuraba su fecha de terminación, por lo que pude hablar con algunos vecinos calculé que había sido construido pocos años después de mi nacimiento.

El encargado era un hombre de mi edad que todas las tardes se ponía a barrer la arena que se juntaba en el hall. Un mediodía volví de comprar gaseosas en el almacén, y en la vereda, mientras esperaba a Cecilia, él me presentó a su "señora" y a su hija de dos años. Me contó que eran de Buenos Aires y que se habían mudado a San Bernardo cuando ella quedó embarazada.

–Allá no aguantaba más, trabajaba todo el año para tener quince días de vacaciones, ahora espero que se terminen las vacaciones de los demás para laburar un poco menos –me dijo, y yo, cuando ya empezaba a aburrirme, escuché pasos de ojotas en la escalera.

Vi acercarse a Cecilia cargada de cosas. Le saqué la heladera portátil para meter las bebidas, le presenté a la familia del encargado y me di cuenta de que ella se incomodaba al sentir la obligación de saludar. Al notar su agitación el portero le preguntó si había algún problema con el ascensor, y Cecilia, con una sonrisa, le dijo que no pasaba nada, pero que ni aunque estuviera renga ella subiría a un ascensor en un lugar de veraneo.

Ibamos casi siempre a la misma playa; los primeros días habíamos ido a conocer algunas más alejadas, pero enseguida nos habíamos dado cuenta de que todas eran más o menos iguales. Clavábamos la sombrilla cerca de un médano y almorzábamos sándwiches. Nos tirábamos

al sol, nos metíamos al mar y dejábamos que nos revolcaran las olas.

La resolana me hacía confundir los colores de las bikinis. Cecilia no dejaba que me pusiera sus anteojos ni para leer; al principio creí que la razón era que me hacían parecer muy afeminado, pero ante mi insistencia me enteré de la realidad: estaba convencida de que los quería usar para poder mirar, sin que ella se diera cuenta, a todas las chicas que pasaban.

C

Una tarde vimos cómo dos bañeros se turnaban para hacerle respiración boca a boca a un hombre de más de cien kilos, y después, parado en la orilla y mirando hacia el mar con los brazos abiertos, intenté explicarle a Cecilia por qué en cualquier playa del mundo, teniendo una idea de su ubicación en el mapa, uno podía señalar, sin necesidad de una brújula, con mayor o menor precisión, los cuatro puntos cardinales.

Al día siguiente, cuando estaba desembolsando el almuerzo, vi cómo Cecilia se levantaba para saludar a una chica a la que yo había visto pasar unos minutos atrás hacia las playas del norte. Era una ex compañera de la primaria. Al besarme dijo su nombre en voz muy alta, como temiendo, pensé, que Cecilia no se lo acordase. Nos contó que venía caminando desde Las Toninas tras una discusión con su "marido", y fingió dudar cuando intentamos convencerla de que se quedase a almorzar: repetía que ya tenía que irse pero no se alejaba ni medio centímetro.

Al final se sentó a mi lado. Al cruzar las piernas me rozó la cintura con los dedos de un pie. En ese momento me di cuenta de que tenía unas ojotas con suela de corcho que

desentonaban con el resto de su cuerpo. Enseguida tuve que hacerme a la idea de resignar al menos un sándwich y medio durazno, y después de comer, tirado a la sombra, las vi alejarse hacia la orilla a través de los anteojos baratos que había comprado en la peatonal.

Más tarde, cuando me vio al volver de su caminata, Cecilia se tapó la boca con las manos: las sombras se habían movido de lugar y estaba completamente rojo. Me tocó la piel con la yema de un dedo, y como yo tenía los anteojos puestos ella no supo si seguía dormido. Me sacudió con un pie, y, casi a los gritos, me pidió que volviera a la sombra.

En el camino de vuelta al departamento, mientras Cecilia se desviaba para comprar tomates, me empezaron a arder el pecho y los hombros. Frente al espejo del ascensor me desaté el colgante, y vi la marca blanca que seguía rodeándome el cuello. Bajo la lluvia de la ducha cerré los ojos y pensé que, si fuera un dibujo animado, las gotas se evaporarían al tomar contacto con mi piel.

Cecilia me vio por el espejo del lavatorio, a través de la puerta abierta del baño, y me gritó que parecía vestido con mi ropa deportiva: pantaloncitos blancos y remera bordó. Después me ayudó a secarme, me pidió que me acostara boca arriba en la cama y me cubrió el pecho con rodajas de tomate. Los escalofríos me hacían temblar. Sentí que no podría dormir en toda la noche, y, aunque estaba casi seguro de que al día siguiente no iríamos a la playa, le pedí a Cecilia que reservara algunas rodajas para los sándwiches.

D

Un grupo de hombres, de entre veinte y cuarenta años, jugaba al fútbol cerca de nosotros. Casi todos estaban en buen

estado físico: no dejaban de correr, se pedían la pelota a los gritos y festejaban los goles como si estuvieran saliendo por televisión. No se desordenaban: atacaban y defendían en bloque. Se movían tan rápido que no alcancé a contar la cantidad de jugadores que había en cada equipo.

Cuando vi que el más habilidoso, después de una entrada a destiempo de su defensor, empezaba a hacer gestos, le avisé a Cecilia que enseguida volvía y me puse a caminar hacia el mar. Cerca de la orilla, por pensar que en cualquier momento me invitarían a jugar, me llevé por delante un castillo de arena. A los veinte segundos, cuando ya estaba sumergido hasta los hombros, me pareció escuchar el llanto de un nene.

Me alejé de la zona de las aguavivas y vi cómo empezaba a formarse a lo lejos una ola gigante. La vi envolverme, dejé que me revolcara y me levanté con un hombro raspado. Después salí acomodándome el traje de baño, mirando hacia abajo para no tener que pedirle disculpas a la familia del nene. Al ver cómo se me acercaba uno de los futbolistas, pensé que si el partido fuera de solteros contra casados yo no sabría en cuál equipo jugar.

Cecilia seguía acostada sobre la toalla. Tenía el brazo derecho estirado y la cara apoyada en la palma de la otra mano. Como no abrió los ojos cuando le tiré un puñado de arena en los pies, me convencí de que no se hacía la dormida. Aunque el sol estaba cayendo –y aun a costa de verme ridículo–, para no volver a quemarme me puse la remera del balneario brasilero. En el momento en que la tela tocó la piel salada, tuve una sensación parecida a la que había tenido, una tarde del año anterior, al salir de la peluquería de Venegas en Ramos Mejía.

Me paré en el mediocampo. Como me costaba reconocer a mis compañeros, tardé algunos minutos en meterme

en el partido. Las dos primeras pelotas que pasaron por mis pies terminaron en goles del equipo contrario. También me hicieron un caño y una gambeta cerca de mi arco, y en voz baja me dijeron "andá a buscarla adentro". Recién a los quince o veinte minutos, cuando una chica en bikini (verde o amarilla, no alcancé a distinguir) se sentó a mirar el partido, me empecé a sentir motivado.

E

En el ómnibus en que volvimos a Buenos Aires pasaron una película argentina a la que no conseguimos prestarle atención; estábamos debajo del televisor del medio y demasiado lejos del más cercano al chofer. En la puerta del edificio, antes de que nos pusiéramos a caminar con los bolsos hasta la terminal, el portero nos había dado una caja de zapatos envuelta en cinta de embalar para que, en algún momento, lleváramos a la casa de sus padres.

El volumen estaba muy bajo y me costaba reconocer a los actores. Al igual que la mayoría de los pasajeros, Cecilia se durmió hacia la mitad de la película. Tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla, las piernas estiradas y los pies descalzos apoyados sobre mi falda. Mientras notaba cómo iba cambiando la expresión de su cara, yo, por debajo del pantalón y del buzo que hacía de manta, le acariciaba las piernas, los tobillos y los empeines, como si de ese modo pudiera programar las imágenes de su sueño.

Cuando terminaron de pasar los créditos finales, la pantalla se quedó azul hasta que el ayudante del chofer, bostezando, hizo rebotar las ondas del control remoto contra el fondo del coche. Por la ventanilla vi lengüetas de fuego en un campo lejano. Después de estirar un brazo hacia

el portamaletas para meter en la mochila los alfajores que nos habían dado al subir, me puse a recordar la noche en que nos conocimos. Era verano, Cecilia estaba muy bronceada, y para no alargar un silencio le pregunté si acababa de volver de sus vacaciones.

–Sí –me dijo–, ¿cómo te diste cuenta?

–Por el contraste que veo entre tu cara y tus dientes –le respondí, y a la semana siguiente, cuando en el lavadero automático me devolvieron, abrochada a la bolsa, la servilleta de papel que habían sacado de un bolsillo del pantalón, caminé hasta mi casa intentando descifrar el número borroneado.

Después hice varios llamados equivocados, y cuando ya estaba a punto de darme por vencido me pareció escuchar su voz. En los espacios en blanco de una boleta de teléfono había anotado palabras y frases sueltas que, supuse en el ómnibus, aún debían estar en la caja de papeles: *contraste, dientes blancos, sábado a la noche...*

En la terminal de Retiro nos pusimos en la cola para subirnos a un taxi. Habíamos planeado tomar un colectivo, pero Cecilia, "muy cansada", había cambiado de idea a último momento. A esa última parte del viaje –en la que gastamos lo que hubiéramos gastado en medio día más de alojamiento en San Bernardo– la hice mirando casi todo el tiempo por la ventanilla, un poco para no prestarle atención a las noticias que salían de la radio y otro poco para no ver cómo aumentaba el precio en el reloj.

Al vernos bajar con los bolsos a cuestas, el encargado del edificio dejó la manguera en el suelo y se quedó mirándonos con las manos en la cintura. Sostuvo la puerta y con tono de saludo nos preguntó cómo nos había ido en Mar del Plata.

Durante un segundo pensé en aclararle que habíamos estado en San Bernardo, pero enseguida, mientras esperábamos al ascensor, me di cuenta de que para cierta clase de personas Mar del Plata era sinónimo de "vacaciones en el mar".

Me costó abrir la puerta del departamento; el canillita se había olvidado de nuestra ausencia y había ido acumulando los diarios de tres domingos sobre el parquet. Lo primero que hice, antes de multiplicar el precio de tapa y de levantar las revistas, los suplementos y los cuerpos principales, fue abrir las ventanas para ventilar los ambientes. Después me desvestí hasta quedar en calzoncillos y me apuré a levantar los mensajes del contestador.

–Guillermo va a ser papá –dije en voz muy alta, con tono de sorpresa, mientras Cecilia, ya desnuda, buscaba una toalla para entrar a bañarse.

Ella dijo algo que por el ruido del agua no alcancé a escuchar, y yo, aunque estuve casi seguro de que nunca los comeríamos, guardé en la heladera los alfajores que nos habían dado en el viaje.

F

En vacaciones los días pasan más lentos, escribí varios días después de volver de San Bernardo, en el cuaderno que había sobre la mesita del teléfono, mientras Guillermo nos hacía una invitación para la noche siguiente. Los dos sabíamos que la idea era celebrar su futura paternidad, pero en ningún momento de la conversación dijimos esa palabra.

Al otro día, en la oficina, vi a Marina conectada al chat. En la imagen para mostrar había una foto de una playa de Uruguay que parecía escaneada o bajada de Internet. Le pregunté cómo andaba, la felicité por el embarazo y le avisé que

la estaba llamando por teléfono. Volvimos a saludarnos con las mismas palabras, y durante algunos minutos, como si estuviéramos desgrabando en vivo nuestra propia conversación, jugamos a escribir en la pantalla lo que nos decíamos.

Cuando esa noche, en su casa, Guillermo se me acercó para decirme, con tono de agradecimiento, que yo tenía mucho que ver con el embarazo de Marina, dejé de cortar la pizza y fijé la mirada en los dientes del cuchillo. Estuve a punto de decirle que no se confundiera, pero justo a tiempo, al girar la cabeza y ver la expresión de su cara, me acordé de la mañana del invierno anterior en que lo acompañé hasta la esquina del laboratorio.

En el living, además de Cecilia y de Marina, estaban Rodrigo y Tatiana. Habían llegado casi al mismo tiempo que nosotros y desde la vereda de enfrente, por el modo en que ella acunaba a su hijo y él le acercaba el chupete, yo había pensado que, más que hermanos, parecían un matrimonio. Cruzamos la calle y los saludamos por sus nombres, pero hasta que Guillermo no abrió la puerta y nos hizo pasar no estuve seguro de que nos habían reconocido.

El bebé se durmió enseguida. Marina se ofreció a ponerlo en la cuna que ya le habían regalado sus padres. Cuando volví al living con las pizzas cortadas, vi cómo todos, desde los sillones, miraban fijo hacia el espacio que había sobre los parlantes, como si pudieran ver en el aire las formas de la música.

Brindamos antes de comer. Al chocar mi vaso con los demás yo hice demasiado ruido, a propósito, como para que nadie obligara a los futuros padres a decir unas palabras. De fondo seguían sonando las canciones del El Silencio Gitano, el grupo en el que Tatiana hacía coros y tocaba la guitarra. Como no podía tomar alcohol, Marina se mojó

los labios con espuma de cerveza y sacó de la heladera una botella de jugo.

A la música le prestábamos cada vez menos atención. Durante algunos compases más, mientras marcaba el ritmo con un pie, Tatiana susurró la melodía y movió su mano izquierda sobre un diapasón imaginario, pero, cuando notó que los demás ya estábamos concentrados sólo en masticar, desarmó la puesta, bajó la mirada y se puso a alisar el mantel.

Tatiana hablaba como si hubiera vivido siempre en España y estuviera de paso en Buenos Aires. Rodrigo, aunque había vuelto a Buenos Aires casi seis años atrás, seguía hablando con acento mendocino. Yo lo había visto muy pocas veces en mi vida pero venía escuchando hablar de él desde hacía mucho; aún ahora, cada vez que lo nombraban, más que en una cara pensaba en un nombre.

G

Una tarde, a Cecilia le avisaron que a fin de mes se iba a quedar sin trabajo; antes de darle la noticia, la encargada de recursos humanos la citó en la sala de reuniones y le dijo que odiaba tener que informar ese tipo de cosas.

–Como si no hubieras estudiado para eso –le dijo Cecilia en voz baja, cinco minutos antes de llamarme a la oficina.

Al principio de la charla no pude saber si me hablaba en serio o en broma; para sacarme la duda, más que por sus palabras me dejé guiar por su tono. Al colgar el tubo recordé, sin proponérmelo, la mañana en que llamé a mi mamá, desde la esquina del colegio, para avisarle que acababan de reprobarme en matemáticas y que tendría que repetir cuarto año.

En el colectivo, al dejarle el asiento a una mujer embarazada, traté de pensar en el futuro. Para no tener que tocar

el pasamanos me estiré el puño de la camisa hasta las puntas de los dedos. En un semáforo rojo vi cómo, desde el asiento trasero de un taxi, un hombre le hacía la seña de hablar por teléfono a la chica que viajaba a mi lado. Casi al mismo tiempo sonó un celular, y aunque no pude leerle los labios no me costó imaginar la otra parte de la conversación.

Me bajé cuatro cuadras antes que de costumbre. Caminé mirando hacia abajo. Pasé por la rotisería del supermercado para que no tuviéramos que cocinar. Metí en el canasto una tortilla de papas y dos milanesas de pollo. En la caja, al recibir el vuelto, me dije que tal vez ésa fuera una de las últimas veces que podríamos hacer ese tipo de compras.

Más tarde, en vez de poner la mesa, preparé dos bandejas para llevar a la cama. Aunque intenté desviar la conversación hacia otros temas, Cecilia, con tono de culpa y su porción intacta sobre el plato, me repitió la escena de la sala de reuniones y empezó a hablarme sobre la posible indemnización. Después se puso a hacer una lista de los gastos fijos que podríamos eliminar, y hasta llegó a plantear la posibilidad de mudarnos a un departamento más chico.

La televisión mostraba imágenes de la inundación en la provincia de Entre Ríos. Mientras esperaba que dieran alguna noticia de Gualeguaychú, vi cómo el movilero, sumergido en el agua sucia hasta las rodillas, hablaba sobre la cantidad de evacuados, entrevistaba a una mujer que había perdido todo e informaba la dirección del lugar al que se podían enviar las donaciones.

H

A la mañana siguiente, al escuchar el ruido de la puerta, me di vuelta en la cama para abrazarme a la almohada que

había quedado libre. Con los ojos cerrados, me pareció ver a Cecilia mirándose en el espejo del ascensor. La imaginé saludando al portero, buscando monedas en la mochila y caminando hacia la parada. Su cara se me fue haciendo cada vez más borrosa, hasta que llegó un momento en que no tuve claro si ya era parte de un sueño.

A las nueve menos cuarto sonó el despertador. Durante los quince minutos siguientes fue tomando forma en mi cabeza la idea de quedarme en la cama hasta el mediodía. Aunque bajé la persiana y di vueltas entre las sábanas, no pude volver a dormir. Boca arriba, intentando no pensar en nada que pudiera despabilarme, escuché los ruidos que llegaban desde afuera y noté cómo, a medida que avanzaba la mañana, se modificaba la intensidad de la luz que entraba por las rendijas.

Paseé la mirada por el cielorraso. La rajadura que había en una esquina estaba cada vez más grande y la lámpara ya era sólo un adorno: el interruptor de la luz se había roto el año anterior y todavía no habíamos llamado al electricista. A la mampara artesanal la había comprado Cecilia en el puerto de frutos del Tigre, el domingo lluvioso en que conocí a Etelvina en el kiosco de Rivadavia.

A la hora del almuerzo me hice el desayuno. Para calentar agua tuve que sacar las milanesas del microondas, y mientras oía girar la taza llamé a la oficina. Mi jefe estaba en una reunión y no tuve que dar demasiadas explicaciones. La recepcionista, al enterarse de que estaba engripado, me preguntó por dónde vivía y me contó que en la radio estaban diciendo que había un virus dando vueltas por toda la ciudad.

Después de comer lavé los platos, estiré las sábanas y volví a meterme en la cama. Miré las telenovelas de la tarde y los programas de chimentos. Durante una tanda publicitaria

busqué una birome, y en los espacios libres de la revista del cable me puse a hacer una lista. *Los modos de ganarse la vida*, anoté con el capuchón en la boca. Hice un cuadro de doble entrada y alcancé a escribir *oficios, empleos, servicios*, antes de que sonara el teléfono.

Un hombre joven me preguntó si disponía de cinco minutos, y enseguida, ya con voz de encuestador, quiso informarse sobre mi nivel de estudios, mi ocupación, la cantidad de televisores encendidos que había en la casa y el canal que estaba mirando. Ante la última pregunta me quedé en silencio unos segundos y después le dije que no estaba mirando nada, no tanto por vergüenza como por rigor a la verdad: era la primera vez que veía ese programa, y no creía justo que esa casualidad pasara a formar parte de alguna estadística.

Al colgar el tubo intenté volver a concentrarme en la lista. Mordí la punta de la birome, me acordé de lo que habíamos hablado la noche anterior con Cecilia y me dije que a partir del mes siguiente, cuando tuviéramos una entrada menos, el último gasto que estaría dispuesto eliminar sería el de las empanadas de los viernes a la noche, menos por no tener que cocinar que por seguir escuchando la voz de Etelvina en el teléfono.

I

Un sábado al mediodía acompañé a mi mamá y a sus amigos al aeropuerto de Ezeiza. Esther viajaba a España a conocer a su nieto; su hijo le había mandado el dinero para el pasaje y la iba a alojar en su casa por tiempo indefinido.

En el auto de Ernesto, que estaba en Buenos Aires por cuestiones laborales, bordeamos el sur de la Capital antes de subir a la autopista. Esther y yo íbamos sin hablar en el

asiento de atrás, y por algunos segundos, hasta que volví a tomar conciencia de hacia dónde estábamos yendo, me convencí de que su emoción contenida era producida por la letra de la canción que pasaban por la radio.

Hacía calor, el cielo estaba despejado. A los costados del asfalto, cerca de los autos estacionados a la sombra de los árboles, había mujeres sentadas al sol y hombres jugando al fútbol. Ernesto, sin sacar los ojos del camino, habló sobre la inundación en Entre Ríos: contó que el agua había tardado más de dos semanas en bajar y que un amigo suyo estaba haciendo un proyecto "monumental" de obra hidráulica para presentarle al gobierno.

Ya en el aeropuerto, tuve que pestañear varias veces para convencerme de lo que veía: frente a un puesto de diarios, Guillermo y Rodrigo se pasaban un cigarrillo y miraban tapas de revistas. Cuando me acerqué a saludarlos y me di cuenta de que mi sorpresa era mucho más grande que las de ellos dos juntas, fingí un estornudo para que pensaran que mi rictus se debía a alguna otra cosa: a la emoción de la despedida o a la potencia del aire acondicionado.

Mientras mi mamá ayudaba a Esther a hacer los trámites y a despachar las valijas, los demás nos acomodamos en una de las filas de asientos. El hall era más chico de lo que recordaba. La única vez que había estado en ese aeropuerto fue cuando viajé a una playa de Brasil con la familia de un amigo de la infancia.

Ahora, estirando las piernas, leía en voz baja los nombres de ciudades que pasaban por uno de los televisores que colgaban del techo. Por la forma en que giraba la cabeza hacia nosotros estuve seguro de que Rodrigo daba por descontado que Ernesto era mi papá, y aunque tuve ganas de sacarlo de la confusión no encontré el modo de hacerlo.

Más tarde, avisados por los altoparlantes, vimos a Tatiana hacer la cola frente a las cabinas de migraciones. Cargaba a su bebé contra el pecho. Estaba despeinada y se le notaba el cansancio. Acababa de recorrer, aunque en sentido inverso, el mismo camino que estaba por hacer Esther. Menos de dos meses atrás se había separado de su pareja en Madrid, y ahora, tras una ausencia de cinco años, volvía a instalarse en Buenos Aires.

J

Un miércoles vi a Etelvina en un hotel alojamiento. La vi de espaldas; pese a la penumbra rojiza del pasillo no me costó reconocerla. Estuve a punto de gritar su nombre, como si estuviéramos en la calle, pero me controlé justo a tiempo. El perfil del hombre que la hacía entrar de la mano a la última habitación también me resultó familiar.

Me molestó que las paredes estuvieran cubiertas de espejos, no por la posibilidad de que alguien nos espiara sino por la incomodidad de tener que verme reflejado. Recién cuando faltaban veinte minutos para el final del turno, me di cuenta de que el hombre que estaba con Etelvina era el que me había robado el walkman el año anterior, la noche en que yo, gracias al gol sobre la hora de un equipo brasilero, le gané treinta pesos a Ezequiel.

Tirado en la cama, mientras recordaba que aquel día un operario de la telefónica había cortado el cable que abastecía de televisión a todo el edificio, jugué con el encendedor entre los dedos y contuve las ganas de fumar. Mirando la persiana baja traté de orientarme: no podía darme cuenta si detrás de esa ventana estaba la calle, el pulmón de manzana o el pozo de aire y luz que desembocaba en la cochera. Cerré

los ojos para dejarme guiar por los sonidos, y después tuve que girar la cabeza al verme reflejado en el techo.

Escuché cómo en el baño se abría y se cerraba una canilla; el chorro entrecortado del agua se confundía con los ruidos que venían de afuera, con la música funcional y con la voz de Etelvina desde el otro lado de la pared. A través del espacio que dejaba la puerta entornada, vi por el espejo del lavatorio cómo Marina se miraba la panza, se ataba el pelo en una cola y se acariciaba alrededor del ombligo con la palma de una mano.

Enseguida la vi caminar por la habitación. La seguí con la mirada y pensé en decir cualquier cosa para evitar que volviera a hablar de las posibles fechas de embarazo. Estiré una pierna hasta tocarle la espalda y me dije que a ella, aunque estuviera desnuda, no le incomodaba verse reflejada en las paredes.

Al salir del hotel me sentí desorientado, con una sensación parecida a la que solía tener de chico cada vez que salía de un cine sin saber hacia dónde ponerme a caminar. Las horas pasadas en la oscuridad de la sala me abstraían tanto del mundo que después me costaba ubicarme. Aunque ahora, supuse, el despiste se debía a que durante mi estadía en la habitación había caído la noche.

Marina, que había salido dos minutos antes, estaba apoyada contra un árbol en la esquina más lejana. Al verme se puso a andar hacia el lado de Rivadavia. Yo la seguí con pasos lentos; como tenía el tranco más largo que el suyo supe que me costaría mantener la distancia. Verla mezclada entre la gente me hizo recordar el momento en que la conocí. Me dije que hasta aquella noche lo más probable era que nunca nos cruzáramos, y que, si nadie nos hubiera presentado, ahora ella me resultaría tan desconocida como la chica con la que esperaba que cambiase la luz del semáforo.

En una parada de colectivos nos volvimos a juntar. Nos saludamos con gestos de sorpresa. Fingimos que acabábamos de encontrarnos, cuando en realidad, al oído, nos estábamos despidiendo: ella me preguntó si la había pasado bien y yo le pedí que al subir, para que le dejaran un asiento, no escondiera la panza.

En esa misma vereda, mientras volvía a mi casa, vi a una chica que iba hablando por teléfono. "¿Y te robaron a vos, pero no te hicieron nada?", preguntó con un tono de preocupación que, por algún rictus que vi en su cara, no me sonó del todo sincero. Dentro de un auto estacionado veinte metros más adelante había un hombre que también hablaba por celular, y durante un segundo estuve convencido de que, sin saber que acababan de cruzarse, hablaban entre ellos.

K

La recepcionista me contó que en una época, cuando no existía el correo electrónico y había más llamados telefónicos, siempre llegaba a su casa con la expectativa de levantar los mensajes del contestador.

–Abrir la puerta y caminar hasta el teléfono eran una misma cosa –me dijo, largando el humo de una pitada, y me explicó que si no había ningún mensaje la desilusión era parecida a la que tenía ahora cada vez que veía el número cero en la bandeja de entrada.

Estábamos en la terraza, sentados de piernas cruzadas sobre la alfombra verde que simulaba ser pasto recién cortado. Faltaban diez minutos para que terminara el horario del almuerzo. Nosotros ya habíamos comido en la oficina, habíamos subido a fumar, y ahora escuchábamos el rumor de la calle quince pisos más abajo. Mirábamos los edificios

grises del Centro, y en el horizonte, casi confundido con el cielo, el agua turbia del río.

La recepcionista tenía veinticinco años pero, tal vez por el peinado, los anteojos y la ropa que la hacían usar, parecía bastante mayor. Vivía en José Mármol, "que viene a ser zona sur", y estaba casada con un visitador médico. Mientras volvíamos a la oficina me contó que dos años atrás había perdido un embarazo, y yo, camuflado por la penumbra de la escalera, me quedé mirándola sin saber qué decir.

Más tarde la saludé con un beso y seguí pensando en ella durante el viaje. Al bajar del colectivo pasé por el kiosco de Rivadavia. Estudié la caramelera intentando adivinar cuáles golosinas dejarían mayores márgenes de ganancia y puse sobre el mostrador dos barras chocolate. El kiosquero me dio el vuelto y bajó el volumen del televisor sin decirme ni una palabra; estaba demasiado concentrado en escribir la lista de compras para el día siguiente.

La mayoría de los folletos que había en la puerta de vidrio, entre afiches publicitarios de cervezas, eran de ofrecimientos laborales y de servicios: clases de matemáticas, electricistas, gasistas matriculados, pizzas y empanadas a domicilio. También había un listado de precios de cigarrillos, y una sola oferta de trabajo: buscaban a una chica, "de hasta treinta años y buena presencia", para atender al público en un negocio de ropa.

Mientras tomaba nota de algunos teléfonos escuché como un hombre, con un tono que me resultaba familiar, pedía dos pilas a través de la ventanilla.

–¿Doble A... como para walkman? –le gritó el kiosquero, alejándose hacia las estanterías del fondo, y en ese momento, al tener la certeza de que se trataba del ladrón, tuve que guiar la mirada hacia la heladera exhibidora.

Salí del local unos segundos después de que él se pusiera a caminar. Lo seguí a media cuadra de distancia. Doblamos en la siguiente esquina y fuimos hacia el lado de mi edificio. Él iba sin apuro, con mis auriculares puestos, y yo, del mismo modo en que había tenido que hacer al salir del hotel alojamiento detrás de Marina, tenía que demorar los pasos para no acortar la distancia.

Tuve la sensación de que en cualquier momento, sintiendo mi mirada en la espalda, el ladrón se daría vuelta para fijarse quién lo estaba siguiendo. Lo vi caminar hasta la pizzería cerrada y tocar el timbre en la puerta de al lado. Esperé a que le abrieran, y me paré junto a la parada de un colectivo que nunca había tomado.

A los diez minutos vi cómo volvía a abrirse la puerta. Vi cómo Etelvina, vestida con ropa de gimnasia, le metía algo en un bolsillo del pantalón y lo saludaba con un beso en la mejilla. En ese momento sentí que me iban a mirar; me cubrí la cara con la carpeta y, aunque no tenía monedas, me subí al coche que estaba llegando a la parada.

L

El edificio en que vivíamos ya no iba a ser el único en dos manzanas a la redonda: a una cuadra, mientras estábamos de vacaciones, habían demolido una casa antigua para empezar a construir una torre. Desde la ventanilla del taxi, la mañana en que volvimos de San Bernardo, me había parecido ver algo diferente en el paisaje, pero sólo a la semana siguiente pude darme cuenta de lo que estaba pasando.

Un mediodía, en el almacén, vi cómo un hombre, con un casco entre las manos, pedía quinientos gramos de paleta, quinientos de queso y dos kilos de pan. Al verlo sacar de

la heladera exhibidora dos botellas de gaseosa barata, supuse que entre los albañiles habría un código tácito que indicaba que sólo cuando llegaran a determinada cantidad de pisos empezarían a compartir asados en la vereda.

Ahora, en la computadora de la oficina, descargaba el contenido de la cámara digital que me habían prestado para las vacaciones y miraba las fotos que le había sacado a la obra en construcción desde la vereda de enfrente. Me detuve en las últimas palabras de la frase pintada en el frente de la casa de al lado. Una pintada que, a pesar de lo familiar que se me hacía –o justamente debido a eso– nunca había leído: *...que la paguen los ricos.*

Mi idea era registrar, cada quince o veinte días, cómo iba avanzando la obra. Mientras imaginaba toda la serie de fotos –desde las primeras mezclas de cemento hasta el edificio terminado, el encargado baldeando la vereda y los balcones llenos de plantas– vi aparecer a Ezequiel por detrás de la pantalla. Se me acercó con los brazos abiertos, pero al final sólo me saludó con un beso.

Los demás lo cargaban por su nuevo *look*: se había rapado la cabeza y, como para compensar esa pérdida de pelo, se había dejado crecer la barba. Era la primera vez que lo veía en zapatillas. Acababa de retirar el cheque de la indemnización. Había dejado de trabajar en la oficina durante mis vacaciones, y desde entonces yo, además de viajar en auto muy pocas veces, me había desentendido de los resultados del fútbol.

A la hora del almuerzo nos encontramos en un bar. A pesar de que tenía milanesas en un táper, no había podido rechazar su propuesta. Ahora él estaba con zapatos y corbata; venía de una entrevista laboral y no había encontrado dónde cambiarse. Como el humo de la parrilla tapaba

cualquier otro olor, no pude saber si seguía usando el mismo perfume.

Pedimos los dos el mismo plato del día: carne al horno con papas. Durante los silencios yo miraba por la ventana sin ninguna cara en particular, como si no estuviera planeando cómo seguir la conversación. Ezequiel me contó que entre su padre y su suegro le estaban pasando el equivalente a un tercio del sueldo que ganaba en la oficina, y que, por ahora, el único trabajo que tenía era *freelance*: los fines de semana ayudaba a un amigo que sacaba fotos en fiestas de casamiento, *bar mitzvah* y cumpleaños de quince.

Cuando terminó de contarme anécdotas sobre la sesión que habían hecho en una despedida de solteros, yo dejé pasar unos segundos, como para que no sonara tan brusco el cambio de tono, y le hablé de "obra en construcción", mi proyecto fotográfico. Él me escuchó simulando interés, y después, jugando con migas de pan, me contó que en una casa abandonada del barrio de un amigo suyo sobrevivía una pintada de la década del setenta: *Libertad a los presos de Trelew*.

En la calle, después de pagar la cuenta en partes iguales, tuvimos que caminar esquivando a la gente. Ezequiel me dijo que no había sacado el auto para no gastar nafta y me pidió que lo acompañara hasta la boca del subte. Yo no tenía chicles ni pastillas, y, para sacarme el gusto a comida, fumé conteniendo la respiración después de cada pitada. Como si me estuviera lavando los dientes con humo, pensé. Había planeado saludarlo sin emoción, como si nos fuéramos a ver al día siguiente, pero al final, empujado por la idea de olerle el perfume, no pude resistirme a su abrazo.

En el camino de vuelta a la oficina compré dos alfajores, uno de frutas y otro de chocolate, y mientras subía en

el ascensor decidí cuál dejar para la merienda y cuál comerme de postre. Ya sentado frente a la computadora vi a Cecilia conectada al chat, le pregunté cómo andaba, le dije que no había podido comer las milanesas y le comenté mi proyecto fotográfico.

–Medio absurdo –me dijo ella –. ¿No tenés nada mejor que hacer?

–Puede ser. En todo caso no es más absurdo que... –empecé a escribir, creyendo que durante el transcurso de la frase se me ocurriría algún ejemplo, pero justo en ese momento se cortó mi conexión a Internet.

M

El Silencio Gitano debutó un sábado a la noche en el sótano de un bar de San Telmo. El escenario estaba casi al nivel del suelo. Tatiana era la única mujer de la banda. Estaba vestida con ropa oscura, tenía el pelo revuelto, como si recién se acabara de despertar, y se notaba que tenía que controlar sus movimientos para no chocarse con el cantante.

En algún momento, Guillermo me comentó al oído que ella le había pedido que al día siguiente la acompañase a comprar un cachorro de dálmata. Después calculó que había entre noventa y cien personas, y que la mayoría debían ser amigos o parientes de los músicos. Algunos, al principio de cada canción, bailaban y tarareaban las letras, pero enseguida, con el correr de los compases, se iban tranquilizando.

Me sorprendió ver a Marina sentada sola en un sillón: hasta ese momento estaba seguro de que se había quedado en su casa. Pensando en cómo iniciar la charla terminé de un trago lo que tenía en el vaso, y me acerqué para decirle que no le haría bien inhalar tanto humo. Ella me respondió

con un gesto y enseguida nos alejamos de la música: salimos a la calle, fuimos al kiosco de la esquina y decidimos dar una vuelta manzana que, con una parada intermedia, recién completamos media hora más tarde.

Después de comer tres porciones de pizza, de tomar cerveza del pico y de ayudar a cargar los instrumentos y los equipos en una camioneta, acepté el ofrecimiento del bajista de la banda de acercarme a mi casa. Durante el viaje escuchamos la grabación del recital, cada uno de un modo diferente: yo intentando disfrutar de las canciones que me había perdido, y él haciendo una mueca de fastidio ante cada desafinación o nota mal colocada.

Entré al departamento tratando de no hacer ruido; si fuera un dibujo animado, me dije, caminaría en puntas de pie. En la oscuridad del living me desnudé completamente y dejé la ropa junto a la ventana entre abierta. Bajo la lluvia me cepillé los dientes hasta sentir cómo se me lastimaban las encías, y escupí una espuma rojiza que hizo un pequeño remolino al buscar el desagüe.

Cecilia se sobresaltó cuando me metí en la cama; supongo que sin darse cuenta, estiró un brazo hacia mi cuello, giró hacia un costado y pasó una de sus piernas por encima de las mías. Aunque me propuse dejarme llevar por el sueño, seguía despabilado. En el silencio de la noche, temiendo que ella se despertara del todo, oí una conversación que subía desde la calle y atravesaba las rendijas de la persiana:

–¿Un puterío, maestro, un lugar para ponerla?

–Doblá en la esquina, seguí algunas cuadras...

Y después, junto a la respiración cada vez más agitada de Cecilia, el ruido del motor apagándose de a poco.

N

Al revés de lo que hubiera pensado, desde que vivía solo casi no hacía salidas sociales. Sólo a las dos semanas de la separación, un jueves a la noche, fui a comer a la pizzería de Etelvina. Me senté a una mesa imaginando posibles modos de iniciar un diálogo, pero ella me atendió como si no me conociera. Cuando se alejó hacia el mostrador miré mi cara en el reflejo del servilletero, preguntándome si habría cambiado mucho desde nuestro último encuentro, pero enseguida, cuando la vi hablar con el hombre sentado a la barra, me di cuenta del motivo de su indiferencia.

Aunque mi idea era quedarme a comer en el local, al notar la situación le pedí que envolviera las empanadas y que no destapase la cerveza. A la tarde siguiente, cuando la llamé para preguntarle si podríamos vernos, hablamos como si no hubiera existido la noche anterior. Ella me dijo que a la noche tenía el cumpleaños de una amiga en La Paternal, y, supuse que menos por convicción que por compromiso, me preguntó si quería acompañarla.

Prendí el televisor, bajé la persiana casi hasta el fondo y pasé el resto de la tarde metido en la cama. Los titulares que se repetían cada media hora en el canal de noticias eran lo único que me daba noción del paso del tiempo. A las once menos cuarto –quince minutos antes de la hora en que debía pasar a buscarla–, Etelvina me llamó para informarme sobre un cambio de planes. Sin darme ninguna explicación, me dictó los nombres de dos calles y me pidió que nos encontráramos a las doce en punto en el bar de la estación de servicio.

Para llegar a esa esquina tuve que estudiar los planos que venían en las *Páginas Amarillas*. Durante casi todo el viaje pensé en bajarme en la próxima parada, y después, aunque ella me saludó con un abrazo, no pude dejar de

sentirme fuera de lugar. Ni el recuerdo de su cuarto ni la lata de cerveza que había tomado en el colectivo pudieron hacerme entrar en calor.

Aunque el departamento de la fiesta quedaba al final de un pasillo de por lo menos cuarenta metros, la música se escuchaba desde la vereda. Adentro había mucho humo y casi todas las luces estaban apagadas. Calculé que los invitados tenían, en promedio, cinco o seis años menos que yo. Etelvina me presentó a la dueña de casa, me dijo algo al oído, y en puntas de pie, como si se estuviera despidiendo, me dio un beso en la frente.

Me quedé solo en la penumbra. Durante uno segundos tuve la sensación de que todos los que bailaban a mi alrededor se movían a un ritmo diferente que el de la música. Pese a que notaba que algunos no dejaban de mirarme, hice lo posible por no sentirme observado. Me serví un vaso de cerveza y me puse a caminar en contra de la ráfaga de aire que me llegaba desde el fondo.

En un rincón del patio había dos chicas sentadas, que al sentir mi presencia dejaron de hablar. Una de ellas me señaló con la frente, y las dos se rieron mirándose a los ojos. Después, como dándome la bienvenida, me pidieron con señas que me sentara en el medio.

–¿Vos sos Esteban, no? –me preguntó una, y ni ella ni su amiga me creyeron la respuesta: volvieron a reírse, como dando por descontado que les estaba mintiendo, y, aunque a lo largo de las horas siguientes repetí varias veces mi nombre, nunca dejaron de llamarme Tebo.

No sé si por la frecuencia normal de esa hora o por el efecto de la marihuana, sentí que el colectivo de vuelta tardaba demasiado en pasar. Todavía me parecía escuchar los

graves de la música y oler el perfume de alguna de las chicas. Antes de irme de la fiesta había buscado a Etelvina en todos los ambientes, y había preferido no preguntarle por ella a la dueña de casa.

Un minuto después de que la pareja que esperaba delante de mí decidiera subirse a un taxi, y cuando ya estaba resignado a quedarme ahí parado hasta que se hiciera de día, vi aparecer la silueta del colectivo a dos esquinas de distancia. Me paré en medio de la calle, y sentí un sobresalto un segundo antes de comprobar, con la otra mano, que me alcanzaba justo la plata.

El coche estaba casi vacío. Sólo me convencí de que ninguna moneda era falsa cuando escuché cómo se imprimía el boleto. Me recosté en la hilera de asientos del fondo. Intenté viajar mirando por la ventanilla pero el ruido del motor hizo que se me cerraran los ojos. Cuando me di cuenta de que estaba empezando a soñar, me levanté de golpe para tomarme del pasamanos. En una esquina, al notar cómo el chofer giraba la cabeza, pensé que prefería hacer el ridículo ante él antes que quedarme dormido y viajar hasta la terminal sin plata para la vuelta.

Llegué a mi barrio a las seis de la mañana. Aunque todavía era de noche me pareció que en el cielo ya había alguna claridad. Me alivió que el encargado no estuviera baldeando la vereda. Entré al departamento intentando no hacer ruido, como para no despertar a Cecilia, pero enseguida, al ver la cama vacía, tomé conciencia de todo. En una esquela imantada a la heladera aún estaba, como esperando a que la sacaran de ahí, la lista del supermercado de nuestra última compra quincenal.

Nos habíamos separado dos semanas antes. En realidad nunca tomamos una decisión: ella se había ido a la casa de

sus padres un sábado a la mañana, después de una discusión de ocho horas, y desde entonces no habíamos vuelto a vernos. Cuando cerró la puerta con una mochila al hombro, yo volví al cuarto, subí el volumen del televisor, que había quedado prendido toda la noche, y me enteré de la cantidad de días que faltaban para el invierno. En ese canal de noticias pasaban imágenes de archivo: gente caminando por el Centro, con vapor saliendo de las bocas, abrigada a la moda de quince años atrás.

O

Entre los libros que ya no tenía en mi biblioteca estaba el diccionario que guardaba el papel que se le había caído a Jorgelina en el auto de Ezequiel. Pensé que en cualquier momento, después de buscar el significado de alguna palabra, Cecilia me llamaría para pedirme explicaciones.

Después de tomar la decisión de faltar al trabajo, y para no seguir mirando los estantes vacíos, me vestí a las apuradas. En la planta baja me crucé con la mujer del encargado, que me miró como si estuviera a punto de hablarme. Al salir a la calle me miré en el reflejo de una vidriera, para confirmar que no me había quedado pasta de dientes en la comisura de los labios, y me di cuenta de que me había puesto el buzo al revés.

El día estaba nublado. Como si supiera que le toca ser lunes y se quejara por eso, pensé. Me puse a caminar intentando imaginar la actividad de la oficina a esa hora de la mañana: el zumbido de las computadoras, el ruido del teléfono, el murmullo constante de voces. Concentrado en eso, y por ir mirando las baldosas, no percibí el momento en que las calles empezaron a resultarme desconocidas.

A medida que me acercaba al mediodía el cielo se iba aclarando. Me dije que cualquiera, por la forma en que caminaba, podría creer que estaba llegando tarde a algún lado. En el reloj de una farmacia vi que ya eran las once menos diez. De todas las mujeres con las que me crucé, la mayoría volvía de hacer las compras; no me costó distinguir entres las amas de casa y las empleadas domésticas.

Desemboqué en una plaza. Al mismo tiempo que yo pisaron el césped cuatro chicos de entre diez y doce años. Aunque hablaban intentando parecer más grandes, como si ya les hubiera cambiado la voz, no podían ocultar sus gestos infantiles. Enseguida organizaron un partido: armaron las parejas y usaron las mochilas para delimitar los arcos. Supuse que de casualidad, los que aún estaban con guardapolvo jugaban contra los que andaban en equipo de gimnasia.

Casi todos los bancos estaban libres. Me senté en el menos sucio y pasé algunos minutos mirando las copas de los árboles. Sólo al girar la cabeza para seguir el trote de un chico que iba a buscar la pelota al sector de los juegos, me di cuenta de que estaba en la plaza en la que siempre terminaba el año anterior cuando salía a trotar. Achicando los ojos pude ver, cerca de la esquina más lejana, la parada en que había visto a Jorgelina tomar un colectivo.

Por uno de los caminos de pedregullo se acercaban dos mujeres empujando cochecitos de bebés. Me miraron fugazmente y se sentaron en el banco de al lado. Me pregunté si serían amigas desde antes o si su único factor de unión era la maternidad. No llegué a escuchar lo que decían, no sé si por la distancia que nos separaba o porque hablaban en voz demasiado baja como para no despertar a sus hijos. Calculé que debían tener la misma edad que yo, pero que el contexto las hacía parecer varios años mayores.

Al rato, cuando empecé a sentirme observado, me levanté pensando en cómo llegar hasta el kiosco. Salí de la plaza diciéndome que si al menos hubiera tenido algo para leer podría haberme quedado un rato más. En la segunda esquina, por volver a recordar a Jorgelina, estuve a medio metro de que me atropellase un colectivo: sentí una ráfaga de viento en la cara y un temblor como el que hacen los autos al cruzarse con un camión en la ruta. Me quedé paralizado unos segundos, y después, pese a que achiqué los ojos hasta dejarlos como dos ranuras, no alcancé a leer la patente.

Para llegar al kiosco tuve que hacer memoria. Aunque caminaba mirando hacia los costados no encontré ningún punto de referencia. A medida que pasaban los minutos fui tomando conciencia de lo cerca que había estado de tener un accidente. Me di cuenta de que me angustiaba tanto la posibilidad de que me hubiera pisado un colectivo como la idea de que mis amigos y conocidos, al enterarse de la noticia, me preguntaran qué hacía caminando por ese barrio en un día laborable.

Al doblar en una esquina vi, a media cuadra, el metegol, el teléfono semi público y la pizarra de ofertas. La vereda estaba repleta de alumnos de un colegio privado que también ocupaban el banco de plaza, parte de la calle y el escalón de la entrada del local. Las chicas más lindas fumaban y hablaban con los varones y las otras no hacían casi nada: se conformaban, pensé, con poder estar ahí.

El kiosquero, que debía estar en su hora pico de trabajo, no dejaba de moverse: hacía panchos, recibía y entregaba plata, sacaba botellas de la heladera, vigilaba que no le robasen. La radio estaba encendida pero, mezclada con el griterío, casi no se alcanzaba a escuchar. Yo entré intentando

pasar desapercibido, y traté de elegir alguna golosina que me permitiera recibir el vuelto en monedas.

A los quince o veinte minutos, cuando la mayoría de los chicos empezó a volver al colegio o a sus casas, levanté desde el teléfono público los dos mensajes grabados en mi contestador: en el primero, un compañero de trabajo me informaba que mi jefe le había preguntado por mí, y después Cecilia me avisaba que "uno de estos días" pasaría por el departamento a buscar algunas cosas.

P

Un jueves a la madrugada Marina se peleó con Guillermo; después de una discusión "de cuatro horas por reloj", metió algunas cosas en una mochila, salió del departamento pegando un portazo y caminó seis cuadras antes de ver la luz roja de un taxi.

Unas horas después me llamó desde la casa de su mamá. El ruido del teléfono se mezcló con el sonido ambiente de lo que estaba soñando, y como en un acto reflejo estiré un brazo hacia la mesa de luz. La atendí casi dormido, con los ojos todavía cerrados, y me fui despabilando mientras escuchaba palabras sueltas: bolso, placard, Aguas Dulces, cumpleaños...

Lo primero que pensé fue que era muy tarde para ella, que había estado despierta toda la noche, y muy temprano para mí, que sólo había dormido algunas horas. Después seguí escuchando su monólogo sin decir nada y notando cómo se le iba quebrando la voz. Antes de despedirse, me preguntó a qué hora saldría de la oficina y me propuso que nos viéramos más tarde.

Sólo al colgar el tubo y desperezarme, tensando los músculos de las piernas bajo las sábanas, me di cuenta de

que estaba con Etelvina: con los dedos de un pie toqué sus tobillos. Por la remera y la bombacha tiradas en el suelo supe que estaba completamente desnuda. Me estiré por encima de su cuerpo para bajar la persiana casi hasta el fondo y ella, tapada con las sábanas hasta el cuello, siguió dándome la espalda con los ojos cerrados.

En el resto de la mañana no volvió a sonar el teléfono. Etelvina se fue cerca de las once; antes, desayunamos en la cocina y la escuché hablar sobre su última "relación seria": un futbolista que en Buenos Aires había jugado por los viáticos en un equipo de primera C y que seis meses atrás había sido vendido a un club de la segunda división chilena. Ahora era una de las figuras del campeonato y hasta tenía posibilidades de ser transferido a Brasil.

–Pero desde que empezó a meter muchos goles me llama cada vez menos –me dijo Etelvina llevándose una taza a los labios, y me avisó con un dedo que se estaban quemando las tostadas.

A la tarde, en la oficina, escribí en el buscador de Internet el nombre del futbolista y aparecieron miles de links en una fracción de segundo. El Manuel Echeverría que me interesaba a mí era morocho y pelilargo. En la primera serie de fotos que vi estaba con un equipo de gimnasia amarillo con vivos azules. Por la marca de cerveza estampada en el pecho, supe que era la ropa de entrenamiento del club chileno.

En otra foto, sacada desde atrás del alambrado, aparecía tocando la pelota en una cancha de tribunas bajas con una camiseta verde y blanca a listones verticales. Aunque era delantero tenía pinta de defensor. Por un segundo estuve convencido de que era el mismo hombre al que había visto frente a la guardia del hospital el año anterior, y me prometí llamar a Etelvina para que me lo confirmara.

Otra de las páginas que abrí era la edición digital de un diario brasilero. Mientras intentaba traducir del portugués las declaraciones que, supuse, Manuel habría hecho en español, la recepcionista hizo sonar mi teléfono interno sin avisarme quién era. Levanté el tubo al mismo tiempo que minimizaba la ventana, y después de los saludos, con un tono de voz que no le recordaba, Guillermo me preguntó si por casualidad tenía idea de dónde estaba Marina.

Q

El viernes a la tarde, cuando estaba por apagar la computadora, volvió a sonar mi interno. Estuve a punto de no atender, y me arrepentí de haberlo hecho cuando, al tiempo que miraba la foto colgada en un margen de la pantalla, escuché la voz que decía hola del otro lado del cable.

Cecilia me informó que en algún momento del fin de semana pasaría por el departamento a buscar las cosas que aún no se había llevado. Me dijo que no me preocupara, que a pesar de que tenía su juego de llaves iba a tocarme el portero. Yo le dije que esa no era ninguna preocupación, y me tuve que tapar el otro oído porque me costaba escucharla; no me daba cuenta si ella hablaba en susurros o si el volumen del televisor que se colaba por entre sus palabras estaba demasiado alto.

Al colgar el tubo y chequear por última vez los mails, me pregunté por qué habría esperado hasta esa hora para llamarme. Cerré los ojos durante dos segundos, la imaginé sentada junto al teléfono en el living de su mamá, sin animarse a tomar una decisión, y al mismo tiempo intenté calcular la cantidad de tiempo que yo, en mi adolescencia, habré pasado anotando frases o palabras sueltas antes de llamar a una chica por primera vez.

En el colectivo, mientras sacaba el boleto, miré el asiento que había quedado vacío junto a la máquina. Viajé con la cabeza apoyada en el vidrio hasta que vi subir a una mujer embarazada. La llamé tocándole un hombro, y, tomado del pasamanos, le miré la panza desde arriba: tan apretado le quedaba el pulóver que en la zona del ombligo el tejido se estiraba y dejaba ver una camiseta celeste.

Sin desviar la mirada, pensé en Marina: la imaginé desnuda, acariciándose la piel tensa frente al espejo del baño, y me pregunté cuánta ropa ya habría empezado a quedarle ajustada. Después, distraído por la voz de un hombre que preguntaba por la calle Hortiguera, volví a pensar en la conversación con Cecilia. Intenté mirar hacia fuera para saber por dónde estábamos yendo, pero sólo vi mis propios ojos reflejados en el vidrio.

En Primera Junta, tras tocar con un dedo los bordes de la foto que llevaba en uno de los bolsillos de atrás, seguí un impulso: sin pensarlos dos veces, caminé hasta el fondo del coche pidiendo permiso y les pregunté a los que estaban cerca de la puerta si bajaban en la próxima.

La primera cuadra que hice fue como una prolongación del pasillo del colectivo: la vereda estaba tan llena de gente que por momentos tuve que caminar casi a los empujones. Desde el teléfono público de la estación llamé a la casa de mi mamá. La saludé tapándome el oído libre con una mano. Por un segundo creí que estaba lloviendo en Ramos Mejía, pero enseguida me di cuenta de que el agua que repiqueteaba por detrás de su voz no caía de las nubes sino de la ducha.

Mientras hablaba veía cómo, en el andén de enfrente, dos hombres discutían a los gritos y amagaban con pegarse. Uno de ellos intentaba imitar los movimientos de los boxeadores. Por prestarle atención a mi mamá no alcancé a

entender ninguna de las palabras que se dijeron. En vez de ponerse contenta o de preguntarme si me pasaba algo, ella me dijo que estaba a punto de salir pero que me dejaría, "como en la época de los boliches", una llave enterrada en la segunda maceta.

Viajé escuchando el discurso de un ex combatiente de Malvinas. Un compañero suyo ofrecía un calendario, "al precio que les diga el corazón", que tenía impreso en blanco y celeste el mapa de las Islas. Los dos estaban de botas y uniforme, como si acabaran de salir de una trinchera, y yo calculé que habían cumplido cuarenta algunos años atrás.

Los vi bajar en Ciudadela con poca recaudación. En ese momento tomé consciencia de que viajaba sólo con lo puesto, pero no alcancé a plantearme la posibilidad de volver: el placard de mi ex cuarto estaba lleno de ropa que había usado hasta hacía diez años y que ahora, me dije, no podía quedarme tan mal.

En la estación de Ramos Mejía no vi a ningún conocido. En la cuadra de la casa de mi mamá había dos faroles rotos, y en esa penumbra tuve que ensuciarme las manos hasta encontrar la llave semi enterrada. La radio y la luz de la cocina estaban prendidas; en vez de rejas, alarmas o puertas blindadas, mi mamá seguía usando la técnica de siempre para alejar a los ladrones.

En el cuarto me desvestí hasta quedar en calzoncillos y medias. Acomodé la ropa sobre el colchón y empecé a revolver el placard. Sentí el olor concentrado de la naftalina, y tras unos minutos de búsqueda me puse un pantalón de gimnasia, una remera apolillada y un buzo con la figura de una pelota de fútbol en el pecho.

Más tarde levanté los mensajes de mi contestador automático, revisé la heladera, calenté tres empanadas en el horno,

comí frente al televisor, y, sin haberme cambiado ni lavado los dientes, me quedé dormido en el sillón de dos cuerpos.

Me desperté a las cuatro y cincuenta y uno; lo primero que vi fue esa hora en la pantalla. Me refregué los ojos y miré hacia fuera a través de las rendijas de la persiana. Por la vereda, a unos cinco metros de mí, pasaba un hombre tambaleando. Iba de saco y corbata, como si acabara de salir de una reunión de negocios, y tenía que mirar todo el tiempo hacia abajo para no tropezarse.

Me levanté con frío y ganas de hacer pis. En el vaso del baño había dos cepillos de dientes, y en el cuarto de mi mamá la cama seguía vacía. De repente, mientras buscaba una frazada en los placares, me convencí de que había quedado ropa de Etelvina en el suelo del departamento. Traté de hacer memoria, y terminé de despabilarme al imaginar la escena de Cecilia entrando con sus llaves.

Me tiré sobre el colchón sin poder sacarme esa idea de la cabeza. Antes de que se hiciera de día volví a vestirme de oficinista, le dejé una esquela a mi mamá sobre la mesada de la cocina y empecé a caminar hacia la estación intentado adivinar cómo estaría el cielo cuando llegara a Primera Junta.

R

Un día falté al trabajo sin ningún motivo. Dos minutos después de sacarme la ropa de oficina pensé que podría haberme guardado esa falta para cuando me sintiera enfermo, pero al mismo tiempo me dije que ya no había vuelta atrás en la decisión. Calenté pan viejo en el horno y almorcé sándwiches de queso. Me olvidé de llamar a mi jefe, y a media tarde, como para acortar el día, salí a caminar.

A la mañana siguiente me levanté temprano y desayuné con la mirada fija en la pantalla negra del televisor. No había encontrado el control remoto a simple vista y no tenía ganas de ponerme a buscar. Sólo hice el esfuerzo después de terminar el café y de apoyar la bandeja en el suelo, no para sentirme acompañado sino para tapar los ruidos que me llegaban desde los departamentos vecinos.

Después de bañarme, con la toalla a la cintura y la piel todavía húmeda, hice una limpieza superficial en el living. También estiré las sábanas y lavé la montaña de platos acumulados desde la semana anterior. A las diez menos veinte salí a la calle; aunque entraba a la oficina después del mediodía, necesitaba sacarme de encima la sensación de encierro.

En la esquina, me acordé de una mañana en que falté al colegio sin que mi mamá lo supiera: en el bar que había frente a la estación desayuné café con leche y medialunas, y después, como para que las horas pasaran más rápido, hice dos veces y media el trayecto entre Once y Moreno. Ahora, al meterme en la boca del subte, recordé cómo la situación de haber tratado por primera vez a solas con un mozo me había hecho sentir importante.

A pesar de los dos viajes entre Plaza de Mayo y Primera Junta y de la posterior caminata, llegué a la oficina unos minutos antes de mi horario. Apenas entré me di cuenta de que iba a estar más ocupado que de costumbre: como retándome, aunque sin pedirme explicaciones, mi jefe me avisó que tenía acumulada "una montaña" de trabajo. Como la de los platos sucios, estuve a punto de decirle, pero en cambio, sin mirarlo a los ojos, le respondí a todo que sí.

Pasé toda la jornada esperando un llamado de Cecilia; cada vez que sonaba mi interno, me acomodaba frente a la computadora, y, convencido de que era ella, levantaba el tubo

con la mirada fija en la foto aprisionada en un margen de la pantalla. Los dos mirábamos hacia la cámara, estábamos abrigados y tomados de la cintura en una playa semi vacía. Era el atardecer de un día frío de verano y el cielo tenía casi el mismo color que la arena. Al fondo de la imagen comenzaba a formarse una ola, y, a nuestras espaldas, el hijo del hombre al que le habíamos pasado la cámara corría detrás de una pelota de cuero que él mismo había pateado.

Más tarde, en el colectivo de vuelta, viajé mirando por la ventanilla. Por un instante pensé en el departamento e imaginé que Cecilia se había llevado casi todo: el televisor, la heladera, el microondas. Cerré los ojos y la vi llegar, a la hora en que el encargado dormía la siesta, con la misma empresa de fletes que había trabajado en nuestra mudanza. Imaginé a los peones metiendo los muebles en la caja del camión, y me lamenté de no haberle pedido que me devolviera su juego de llaves.

Hasta que no abrí la puerta del departamento y vi que todo estaba en su lugar, no pude convencerme de que la idea del robo era totalmente absurda. En ese momento, al sentir una ráfaga de olor a gas, me apuré a abrir las ventanas. Durante un segundo tuve la certeza de que Cecilia había querido matarme, pero enseguida, cuando vi que las hornallas estaban cerradas, me dije que no tenía que exagerar: el despecho podría llegar a transformarla en saqueadora, pensé, pero jamás en asesina.

S

Una tarde, apenas llegué del trabajo, recibí un llamado de José Luis. Lo saludé creyendo que era Josi Aristimuño, un ex compañero del colegio, pero en el transcurso de la charla, sin

tener que hacerle preguntas, me di cuenta de que era uno de los hombres que había conocido en San Bernardo.

José Luis me contó que uno de sus amigos "se bajó" del partido de esa noche, que había encontrado un papel con mis datos en un traje de baño, y que como mi teléfono tenía la misma característica que el complejo de canchas se había animado a invitarme.

Aunque, durante el viaje desde la oficina, yo había pensando en llamar a Etelvina para pedirle empanadas y preguntarle si nos veríamos cuando terminara de trabajar, no pude decirle que no. Como no tenía un lápiz a mano intenté memorizar la dirección que me dictaba. Se la repetí como si se la estuviera leyendo, y quedamos en vernos media hora más tarde.

Mientras iba tirando sobre la cama la ropa deportiva que sacaba del placard, me dije que tendría que estar un poco nervioso: no todas las noches uno se junta con nueve desconocidos, pensé. Todavía en calzoncillos, me mojé el pelo y me lavé los dientes. Dudé en comer algo antes de salir, y como tardé en encontrar los pantalones cortos llegué a la cancha sobre la hora del partido.

Por suerte no tuve que presentarme; uno de los arqueros me reconoció enseguida: me saludó tocándome la espalda y me señaló a mis compañeros de equipo. Ya todos estaban en sus posiciones. Algunos ni siquiera me miraron. Cuando sacaron del medio intenté que la concentración le ganara a la falta de confianza, y pensé que, en caso de jugar mal, podría poner como excusa el hecho de no haber tenido tiempo de entrar en calor.

Durante los primeros minutos jugué mejor de lo que esperaba. Parado en el mediocampo, distribuí bien la pelota, marqué al más habilidoso de los contrarios y hasta metí un

gol desde afuera del área. A través de la red divisoria, cada vez que el juego se detenía, miraba a las chicas de la cancha de al lado. Todas tenían el pelo atado, corrían tanto o más que nosotros y usaban botines y camisetas profesionales.

José Luis era el arquero del equipo contrario; lo reconocí en el entretiempo, por su timbre de voz, cuando se me acercó para felicitarme por el gol que le había metido. Estuve a punto de saludarlo con un beso, pero él, supuse que porque estábamos muy transpirados, alejó la cara justo a tiempo y sólo me dio una palmada en un hombro.

Después del cambio de arcos sentí que las piernas ya no me respondían como antes. Si en vez de pasto sintético la superficie fuese arena, pensé, ya tendría que haberme hecho el lesionado para abandonar. Por primera vez lamenté no haber seguido saliendo a trotar después de las vacaciones. Pasaba desapercibido: ya no pedía ni tocaba la pelota, y llegué al último minuto con la certeza de que no volverían a llamarme.

No supe por cuánto terminó ganando mi equipo; con el cansancio había ido perdiendo la cuenta de los goles. Nadie se abrazó; todo el festejo consistió en cargadas a los perdedores y en un par de puños levantados. Mientras mirábamos la definición por penales de las chicas, yo pregunté quién era el encargado de juntar la plata y José Luis me pidió que no me hiciera problema. Yo le respondí con una sonrisa pero no me quedó claro si me lo había dicho por cortesía o porque en el partido había estado en juego el alquiler de la cancha.

En el vestuario me duché en menos de tres minutos, un poco porque no estaba acostumbrado a andar desnudo entre hombres desconocidos y otro poco porque no había llevado nada para secarme y sentía que así, mojándome lo

menos posible, no tendría que usar demasiado tiempo la toalla prestada.

Más tarde, en la parrilla a la que tampoco pude negarme a ir, me sentí más incómodo que si no me hubiera bañado: era el único que todavía estaba con ropa deportiva y mi desodorante se mezclaba con la transpiración de la remera que tenía bajo el buzo. En el televisor del local, Boca jugaba de visitante contra un equipo paraguayo por la Copa Libertadores. Algunos se compenetraban más en ese partido que en el que habíamos jugado.

Cuando la mayoría se levantó a festejar el primer gol, me dije que Ezequiel debía estar haciendo eso mismo en algún otro punto de la ciudad y tuve una sensación parecida –aunque en una escala menor–, a la que siempre tenía en los Mundiales: durante los partidos de la selección argentina no podía dejar de pensar que casi todas las personas que había conocido en mi vida estaban viendo las mismas imágenes y escuchando las mismas palabras que yo.

Aunque el partido parecía dominado por Boca, los paraguayos empataron con un gol desde afuera del área en el último minuto. Como el mío, pensé, y después del pitazo final y de los insultos de los más fanáticos, al ver cómo el mozo dejaba un ticket sobre la mesa me pregunté, sin demasiadas esperanzas, si el pago de la cuenta también estaría incluido en la apuesta de nuestro partido.

T

El sábado a la mañana salí a correr. Aunque tenía pocas expectativas de que volvieran a invitarme a jugar al fútbol, pensaba que en el caso de que lo hicieran me gustaría estar mejor entrenado. Antes de salir estudié los planos de las

Páginas Amarillas, pensando en tomar alguna calle poco transitada hacia los bosques de Palermo, pero al final, como si la ciudad tuviera una inclinación, terminé haciendo el recorrido de siempre.

Por momentos iba tan concentrado en mi respiración que perdía la noción del tiempo. Trataba de inhalar y de exhalar del modo en que me habían enseñado en las clases de gimnasia del colegio. Sólo tomaba conciencia de lo que estaba haciendo cada vez que tenía que esquivar a más de una persona en la vereda o esperar a que cambiase la luz de un semáforo.

En la plaza, como todos los bancos estaban ocupados, me senté en la zona de pasto que recibía más luz natural. Me acosté boca arriba y entrecrucé los dedos detrás de la nuca. Desde algún lado me llegaba el sonido de una radio; por la música del informativo supe que estaba terminando una media hora o comenzando la siguiente. Escuché la noticia de un accidente de autos y cerré los ojos con fuerza, como si así pudiera evitar seguir escuchando. Enseguida dejé de ver todo oscuro, y en algún momento sentí que ya empezaba a quedarme dormido.

Me despabiló una ráfaga de humo. Miré con disimulo a la pareja que se había sentado cerca de mí. Estaban abrigados, fumaban y se reían sin hacer demasiado ruido. En un momento la chica se sacó el buzo, se apoyó sobre sus codos y se desabrochó dos botones de la camisa. Cada tanto, después de una carcajada, se quedaban mirando en silencio hacia el camino de pedregullo, como si estuvieran reflexionando sobre lo que acababa de pasar.

Enseguida encontré una excusa para saludarlos. Me hablaron sobre sus ocupaciones y sobre un viaje que iban a hacer a Perú. Al rato empecé a sentir hambre. Cuando

volvió a sonar la música del informativo –no supe si por tercera o por décima vez–, me dijeron que se tenían que ir. Por un segundo pensé que la música les habría indicado que se les estaba haciendo tarde. Los vi alejarse hacia la esquina, todavía sorprendido de que me hubieran saludado por mi nombre. Aunque cada tanto se besaban y se tocaban las manos, me quedé con la sensación de que eran más amigos que novios.

Convencido de que seguían hablando de mí, me puse a caminar hacia el lado inverso. Para llegar hasta el kiosco me guié por algunos puntos de referencia que iba recordando a medida que veía: la raíz de un árbol que ocupaba el ancho de una vereda, un toldo amarillo desteñido por el sol, un esténcil pornográfico, y una vieja pintada política (*Libertad a los presos de Trelew*) en la pared de una casa abandonada.

Entré al local casi al mismo tiempo que un corredor de artículos de librería. Como lo atendió a él primero, me di cuenta de que el kiosquero había pensado que trabajábamos juntos. La radio estaba encendida en la misma AM que, en contra de mi voluntad, había escuchado en la plaza. Cuando el corredor se fue sin haber vendido nada, sentí que nos quedábamos incómodos: el kiosquero con la obligación de pedirme disculpas por la confusión, y yo con el compromiso de aceptarlas.

Me costó decidir qué comprarle; me tomé unos cinco minutos para estudiar la caramelera y el mostrador. Al final le pedí una porción de tarta, una barra grande de chocolate y una lata de gaseosa. Menú completo, me dijo él al darme el vuelto, y me preguntó si quería meter todo en una bolsa. Yo despegué las manijas de nylon, y enseguida me arrepentí de haberle dicho que sí: eso implica, pensé, que no va a quedar bien que me quede a comer en la vereda.

Al salir del local me pareció ver una figura conocida en la vereda de enfrente. Volví a mirar el paisaje (la mueblería cerrada, la parada de colectivos, los canteros sin árboles, la puerta vidriada de un edificio bajo) hasta que sentí que lo que me resultaba familiar era la chica sentada en el cordón. Tenía el pelo largo, la espalda arqueada y los antebrazos apoyados en las rodillas. Pensé que me hubiera gustado, para mantener el suspenso, tardar más tiempo en darme cuenta de que era Jorgelina.

La escena era muy parecida a la del año anterior en ese mismo barrio. Al ver llegar a un 153, y sin mirar nunca hacia el kiosco, ella se levantó estirando un brazo. Tenía un pantalón de corderoy y unos zapatos verdes que hacían juego con el pulóver. Llevaba el pelo atado en una cola; me dio la impresión de que no se lo había cortado en todo ese tiempo.

Mientras el colectivo se alejaba y yo seguía pensando en qué lugar del barrio podría sentarme a comer, vi acercarse a un coche de la misma línea y seguí un impulso: sin pensarlo dos veces, crucé la calle corriendo, levantando un brazo y tratando de no agitar demasiado la lata. Subí los escalones sintiéndome parte de una novela policial, pero enseguida, parado frente a la máquina de boletos, me di cuenta de que no me alcanzarían las monedas.

U

Una de esas tardes vi a Marina por televisión. Estaba tirado en la cama, tomando café con leche y mirando sin atención un canal de noticias, cuando me pareció notar algo familiar en el paisaje. Una camioneta se había incrustado en una parada de diarios y revistas a media cuadra del Obelisco.

Mientras la cámara enfocaba las abolladuras en la chapa y los pedazos de vidrios desparramados en el asfalto, el movilero hablaba con dos testigos del accidente: el dueño de la parada y el encargado de un edificio de oficinas.

Al principio creí que la sensación de familiaridad se debía al hecho de ver en la pantalla un lugar que conocía tanto, pero enseguida, cuando ya estaba pensando en cambiar de canal, me pareció ver a Marina en el fondo de la imagen. Estaba sola, sentada a la mesa de un bar. No dejaba de mirar hacia abajo, y, como si estuviera planeando qué escribir, mordía la punta de una birome.

Tras la sorpresa inicial, y cuando terminé de convencerme de que era ella, intenté darme cuenta de cómo le había crecido la panza en los últimos días. Achiqué los ojos para ver mejor, pero la gente que pasaba por la vereda y las letras pintadas en el vidrio me molestaban. Miré la hora en la pantalla. Traté de adivinar qué estaría haciendo ella en ese lugar, y me pregunté si yo sería su único conocido que la veía. Cuando el movilero empezó a cerrar la nota la vi acercar una mano al pocillo, y me propuse tomar un sorbo de café al mismo tiempo que ella.

Enseguida, y por encima de imágenes de estaciones de servicio, los conductores se pusieron a comentar el choque de la camioneta sin control y, casi al mismo tiempo, el aumento del precio de la nafta. Intentando relacionar esas dos informaciones yo cambié de canales: pasé por los demás noticieros, con la esperanza de que alguno estuviera cubriendo el accidente, y al final me distraje mirando los mejores goles de un futbolista inglés que estaba a punto de retirarse.

Cuando, después de la repetición de un tiro libre pateado "como con la mano", me animé a marcar el número de Marina, sentí que el ruido ambiente me tapaba su voz. Escuché

un murmullo en el que sólo se alcanzaba a distinguir, muy difusa, la sirena de una ambulancia. Casi a los gritos pregunté cómo andaba el embarazo, pero supuse que ella entendió mal la pregunta: me respondió que había tenido un día muy difícil en el trabajo y que acababa de bajar de un colectivo a la vuelta de su casa.

La conversación, a partir de entonces, empezó a complicarse: Marina hablaba con apuro, como si quisiera sacarse las palabras de encima, y yo, para no dejar en evidencia su mentira, no pude decirle que acababa de verla por televisión. Cuando le pregunté si podíamos vernos más tarde, me respondió, sin cambiar el tono, que dos días atrás había vuelto a vivir con Guillermo. Yo le respondí en voz baja y me quedé callado unos segundos, preguntándome si otra vez habría entendido mal la pregunta o si ésa era la mejor forma que había encontrado de decirme que no.

V

Desde que Esther se fuera a España a visitar a su familia, Ernesto había empezado a visitar Buenos Aires cada vez más seguido. La última vez que vi a su novia fue en el verano, días después de mi vuelta de las vacaciones. Aquel sábado los acompañé a una mueblería, y, en el local, me di cuenta de que el vendedor nos trataba como si fuéramos una pareja de recién casados acompañada por uno de los padres.

Desde entonces, cada dos o tres semanas, Ernesto viajaba solo y se alojaba en alguna de las habitaciones libres de Ramos Mejía. A veces yo trataba de averiguar qué había pasado con su novia: le daba vueltas al tema, dejaba caer su nombre como al descuido, pero, como nunca recibía una pista, no me animaba a hacer más preguntas.

Ahora, un sábado a la tarde, trabajábamos juntos en el fondo de la casa: él cortaba el pasto en mientras yo, subido a una escalera, podaba las ramas de un árbol vecino. Mi mamá nos miraba desde la galería; tomaba mate, controlaba de reojo el bizcochuelo que había dejado en el horno y cada tanto nos decía algunas palabras que, por el ruido de la máquina y el volumen de la radio, no alcanzábamos a escuchar.

Más tarde, en la cocina, tomé agua del pico de una botella y miré las aureolas de transpiración en la remera de Ernesto. Durante algunos minutos, cuando todos nos quedamos callados, me sentí, por primera vez, como un invitado en mi propia casa. Fue una sensación que duró hasta que busqué una toalla en el placard del baño, giré los grifos de la ducha y sentí el calor de la lluvia.

Mientras me secaba, y como sabía que Ernesto iba a usar el baño, decidí vestirme a las apuradas para salir a la calle. Desde la puerta, con la mochila al hombro, le grité a mi mamá que no me esperase a comer. Caminé hacia el lado de la estación pensando en que empezaría a atardecer en cualquier momento. Antes de llegar a la plaza me agaché para atarme los cordones, y me pareció ver en una heladería a un ex compañero de colegio.

Comprobé que era Parmigiani desde la vereda de enfrente, al contemplar la escena desde una perspectiva más amplia. No lo veía desde el embarazo de su novia. Ahora, cinco o seis años después, estaba parado frente al mostrador, mirando el listado de los precios, y su hijo le estiraba la remera como pidiéndole algo.

En una misma cuadra, del otro lado de las vías, había varias paradas de colectivos: en la que estaba más cerca de la esquina frenaban los coches de una línea que iba a Primera

Junta y en la que estaba a mitad de cuadra, los de una que terminaba en Caseros. Sin poder tomar una decisión me paré en un punto equidistante entre las dos, y pensé en subir al primero que llegara.

Cuando vi aparecer a lo lejos al 136 y ya me estaba viendo bajar en Caballito, me di cuenta de que no tenía monedas. Tuve que caminar hasta un puesto de garrapiñadas para conseguir cambio, y un rato después, durante el viaje en el 181 por el Gran Buenos Aires, noté cómo se iba haciendo de noche: al principio no me costaba mirar hacia fuera, pero, a medida que pasaban las cuadras, tenía que achicar los ojos para no ver mi propia cara reflejada en el vidrio.

En Caseros todo seguía igual que siempre. Di algunas vueltas por el barrio y miré el número pintado en la vidriera de una agencia de remises: si no fuera por el cuatro antepuesto, pensé, podría decir que viajé hasta hace diez o quince años. Después me crucé con un hombre que quiso venderme bolsas de residuos, con una chica que me preguntó la hora, y con dos testigos de Jehová que me mostraron una Biblia e intentaron hablarme sobre la palabra de Dios.

Ya era completamente de noche. Alumbrado más por la luna que por los faroles, recorrí tres veces la cuadra de Cecilia. Cada vez que pasaba frente a la puerta cerraba los ojos, como si así me estuviera escondiendo. Las dos persianas del frente estaban bajas, pero a través de las rendijas de una de ellas podía verse el resplandor de una lámpara encendida.

Dudando entre volver en colectivo a Ramos Mejía o viajar en tren hasta Pacífico, imaginé esa habitación, el televisor prendido sin que nadie lo viera y la penumbra del living siempre vacío. También pude ver la cocina, las esquelas imantadas a la puerta de la heladera, el azúcar

desparramado sobre el hule y el llavero principal metido en la fuente plateada.

Di una última vuelta a la manzana y caminé hacia la estación. Desde un teléfono público llamé a lo de Cecilia. Me fijé cuántas monedas me quedaban, y cuando estaba por colgar escuché su voz al mismo tiempo que el ruido del tren que se acercaba. Supuse que, al oír la bocina tanto por el auricular como por la ventana, ella se habría dado cuenta de que la llamaban desde cerca de la estación, y, temiendo que saliera a fijarse quién lo hacía, fui corriendo a sacar el boleto.

W

Un día me desperté pensando en Parmigiani. Caminé hasta el baño, llené una taza con agua y me acordé de la mañana en que, sentado sobre la mesa de los profesores, él me contó que extrañaba cada vez más a su ex novia. Estábamos en la última semana de clases, hacía mucho calor y en todo el colegio ya se vivía un clima de vacaciones: el preceptor ponía música en los recreos y algunas chicas iban con bermudas.

Mientras yo intentaba repasar para un examen de geografía, Parmigiani me dijo que el sábado anterior había querido ir a visitarla, pero que como ella vivía muy lejos se había quedado dormido en el viaje. Se había despertado en la terminal de la línea y desde ahí no se había animado a llamarla. Cuando terminó de hablar no supe cómo consolarlo; le pedí la birome que me había sacado y le dije que lo mejor que podía hacer era ponerse a memorizar la ubicación de los ríos de Europa.

Del recuerdo de esa mañana de diciembre –mientras veía girar la taza en el microondas– pasé a la escena de la heladería de años más tarde: aquella adolescente ahora tenía casi

treinta años y en algún momento, a pesar de la distancia, había vuelto con Parmigiani: hoy, con un hijo en edad de jardín de infantes, eran una familia más de Ramos Mejía que salía a pasear los fines de semana.

Después del desayuno me metí en el baño. Giré los grifos de la ducha, y cuando estaba a punto de pararme bajo la lluvia decidí volver sobre mis pasos. Desnudo, me subí a una silla en busca de la caja. Pese a los cambios que había habido desde la mudanza de Cecilia, los estantes más altos del placard estaban intactos. Me até el toallón a la cintura y estiré las sábanas para que ningún papel se escondiera entre los pliegues.

Con el repiqueteo del agua de fondo me puse a revolver. Abrí una libreta vieja de teléfonos. Sin el cuatro antepuesto, todos los números parecían frágiles. Paseé la mirada por la letra A, preguntándome cuántos de esos nombres seguirían viviendo en esos lugares. Me anoté el número de los padres de Parmigiani en la palma de una mano, y me quedé mirando el álbum que había sacado de un folio.

Me acordé del día en que le mostré a mi mamá las fotos no censurables del viaje de egresados. Ella las miró y me dijo que no entendía por qué, habiendo paisajes tan lindos en Bariloche, la mayoría estaban sacadas dentro de boliches. En una de las que no pudo ver, Parmigiani y yo estábamos tirados en el pasillo del hotel. A él lo habían disfrazado de mujer a la fuerza. Yo tenía una camisa floreada, el pelo largo hasta la mitad de la espalda, y, por efecto del flash, los ojos enrojecidos.

X

Ese sábado, Etelvina se despidió del pizzero y de mí a las dos de la mañana. Apagó los tubos de luz, bajó la persiana

metálica y cerró con llave el local. Como lo habíamos planeado, yo fui hasta el kiosco de Rivadavia, volví por Cachimayo y le toqué dos veces el timbre.

Subimos a la terraza. El cuarto estaba más desordenado que de costumbre. De las puertas del placard colgaban polleras y vestidos, y había remeras y bombachas tiradas en el suelo. Yo hice lo posible por no sentirme fuera de lugar, y más tarde, para ir al baño, bajé la escalera en calzoncillos y caminé por la penumbra sintiendo el olor a empanadas que inundaba los ambientes.

Me peiné con una mano frente al espejo y me lavé los dientes con el cepillo que alguna vez había visto en la mesa de luz de Etelvina. Cuando volví a la cama, ella levantó las sábanas para que me metiera debajo, envolvió mis piernas con las suyas, y me mostró un recorte de diario.

El miércoles anterior, me contó, se había concretado el pase de su ex novio a un club de Goiânia, una ciudad del sur brasilero. Me dijo que a la tarde había chateado desde un locutorio, que él le había dicho que le estaba costando hacerse entender, y que se habían acordado de una de las últimas salidas que hicieron juntos: fueron a una casa en la que se festejaba la clasificación de Excursionistas a la ronda campeonato, y a la mañana siguiente, sin recordar cómo ni por qué, ella se despertó en el asiento de atrás de un auto abrazada al arquero suplente.

Nos despedimos a las seis de la madrugada, antes de que sus padres volvieran de Tandil. Bajamos las escaleras. Por primera vez salí a la calle sin atravesar el local. En la vereda todavía estaban las bolsas de basura que habíamos sacado a la noche. La saludé con un beso, y sentí cómo ella me seguía con la mirada hasta la esquina. Fui a la panadería y tuve que

hacer un esfuerzo para no reírme cuando, en vez de "media docena", pedí "medio kilo" de facturas.

A la hora y media, arrepentido de no haberle dejado una nota al canillita, volví a salir a la calle. Aunque seguía teniendo hambre no me animé a ir a la misma panadería. En la estación había dos grupos bien diferenciados de personas: el de los que recién comenzaban el día y el de los que aún no habían terminado el anterior. Yo me ubicaba en un punto intermedio: me había acostado con la intención de dormir pero no había logrado cerrar los ojos durante más de veinte minutos.

Con la esperanza de ver en el tren a alguno de los adictos en recuperación que solían vender pastafrolas los fines de semana, no había parado en ningún kiosco. Cerca de mí viajaban unos chicos que se reían a los gritos y cantaban algunas de las canciones que, supuse, habían bailado más temprano en un boliche de Once. A la altura de la General Paz, cuando vi que uno de ellos asomaba la cabeza por la ventanilla, giré la mirada hacia el fondo del vagón.

En la estación de Ramos Mejía, parado frente al kiosco de revistas, leí en voz baja los titulares de los diarios y me arrepentí de no haber viajado con el mío. Pensé en mi canillita y lo imaginé tocando la puerta del departamento vacío. Me paré detrás de una columna para contar los billetes que llevaba en una media, y cuando estaba a punto de comprar algún otro diario escuché la voz del vendedor que entraba en el andén.

Compré dos churros; aunque eran más caros, y sabía que el dulce de leche ocupaba sólo las puntas, elegí los rellenos. Terminé de masticar frente a la casa de mi mamá. Toqué el timbre y me di cuenta de que no había nadie cuando, a través de las rendijas de la persiana, escuché voces con

fondo musical. Busqué la llave en el macetero, abrí la puerta, apagué la radio en la cocina y me tiré en la cama. Me saqué las zapatillas, cerré los ojos, y pensando en Etelvina me fui quedando dormido.

Y

Cerca del mediodía me despertó un auto. Más que el ruido del motor, me sobresaltó el silencio que se produjo tras el giro de la llave. Subí unos centímetros la persiana, corrí las cortinas y vi cómo se abrían las puertas y salían al mismo tiempo Ernesto y mi mamá. Me pregunté de dónde vendrían, y, con la sensación de que si fueran treinta años más jóvenes se tomarían de las manos, los vi caminar hacia la casa.

Me cambié de ropa y me lavé los dientes antes de saludarlos. Ellos no me dijeron dónde habían estado y yo no les hice ninguna pregunta. Para dejar de sentirme un intruso me ofrecí a salir a comprar vino, pero mi mamá me dijo que ya había uno abierto en la alacena. Mientras el aceite chisporroteaba en la sartén y ella lavaba y cortaba tomates, Ernesto y yo sacamos la mesa a la galería y comentamos como al pasar las noticias del informativo.

Almorzamos al sol. La radio se desintonizaba seguido, pero cada vez que me levantaba para apagarla volvía a escucharse bien. En algún momento, cuando mi mamá me preguntó por Cecilia, cambié de tema: dije que había cada vez más mosquitos y que las milanesas me gustaban más fritas que al horno. Como las empandas, me dijo ella, y yo pensé que si algún vecino nuevo nos viera por encima de la medianera creería que somos una familia.

Más tarde llamé a mi casa para levantar los mensajes grabados en el contestador. Escuché la voz de Cecilia y tres

mensajes nuevos: José Luis me preguntaba si podía jugar al fútbol esa misma noche; Parmigiani me respondía a un llamado que le había hecho la semana anterior; y Marina me decía que había vuelto a discutir con Guillermo: me dictaba el número de su mamá y me preguntaba si podría acompañarla a hacerse una ecografía a la mañana siguiente.

Ya entrada la noche, y aunque en algún momento del día había planeado quedarme a dormir en Ramos Mejía, decidí volver al departamento, un poco para evitar el tren del lunes a la mañana y otro poco para no tener que confirmar que Ernesto ya compartía el cuarto con mi mamá. Me despedí de los dos hasta la semana próxima, y les pregunté si podría llevarme en un taper las milanesas que habían sobrado.

En el tren había más asientos vacíos que ocupados. Por la ventanilla traté de leer todas las consignas políticas pintadas en los muros, miré los pasos a nivel y los fondos de las casas, las barreras bajas y las calles semidesiertas, e imaginé, en los televisores encendidos tras la mayoría de las ventanas, la repetición de los goles de la fecha.

Z

A la mañana siguiente, en el colectivo que me llevaba a la clínica, me acordé del día en que fui hasta la esquina del laboratorio. Me acordé del hombre que tipeaba su propia conversación en una computadora y de la revista que, aconsejado por Marina, Guillermo había comprado en el kiosco de la esquina y yo todavía guardaba en el último estante. Aunque me acordaba de casi todos los detalles, las voces de las chicas de la mesa de atrás seguían pareciéndome irreales.

Marina me esperaba en la puerta de la clínica. Desde la vereda de enfrente noté cómo le había crecido la panza. Crucé la

calle. Al saludarla sentí que me daba un beso en los labios, no sé si porque ésa había sido su intención o porque, distraída por el grito de un nene, justo había girado la cabeza.

En la sala de espera había, al menos, seis mujeres embarazadas; las otras cinco podían llegar a estarlo pero todavía no se les notaba la panza. Mientras Marina desplegaba sobre el mostrador los papeles de la obra social, yo miraba el canal de noticias sintonizado en el televisor que colgaba del techo. El volumen estaba muy bajo. Por sobre la voz del conductor, se escuchaba la música que salía de los auriculares de un chico que acompañaba a su mamá.

Esperamos quince minutos. En el consultorio, la ecógrafa le pidió a Marina que se acostara en la camilla, le hizo levantar la remera hasta el pecho y bajar los pantalones hasta el "comienzo del pubis", y le untó parte de la panza con un gel transparente. Después de mover la sonda sobre la piel durante algunos segundos, señaló algo que se movía en el monitor y nos siguió hablando como si fuéramos una pareja.

–Mirale la cara, fijate, es igualito a vos... –me dijo, y enseguida nos preguntó, como dándolo por descontado, si ya nos habíamos enterados del sexo.

Salimos a la calle tomados del brazo. Antes de caminar hasta la parada nos metimos en un locutorio para avisar en nuestros trabajos que no nos esperasen. En la parada había una sola persona y el colectivo estaba semi vacío; no hizo falta que Marina mostrase la panza.

Mientras nos alejábamos del Centro nos tocamos al mismo tiempo las manos: ella acarició la palma de la mía y la pasó por debajo de su remera para que pudiera sentir cómo pateaba el bebé.

En el resto del viaje no volvimos a hablarnos. Miramos por la ventanilla, vimos a la gente que se paraba a tocar el

timbre, y escuchamos el monólogo de un vendedor de alfajores artesanales "especiales para los paladares más finos". A la altura del Parque Rivadavia, Marina me dijo que tenía un antojo. Después caminamos bajo el sol y en el supermercado compramos una bandeja de frutillas, una bolsa de pan y una lata de ensalada jardinera.

Una cuadra antes de llegar a mi casa me fijé hasta qué piso había llegado la obra en construcción. En el suelo del living todavía estaban, casi intactos, los suplementos del diario que el canillita había tirado el domingo por debajo de la puerta y que yo aún no le había pagado. Le pedí a Marina que se sintiera cómoda, dejé la bolsa en la cocina, saqué el taper de la mochila y metí en el microondas las milanesas con las que había viajado desde la casa de mi mamá.

Almorzamos codo a codo; los dos del mismo lado de la mesa, como si enfrente de nosotros, en vez de una biblioteca semi vacía y una pared con manchas de humedad, hubiera un televisor encendido. No hablamos de Guillermo en ningún momento. Cuando sonó el teléfono, me lo quedé mirando fijo hasta que se puso en funcionamiento el contestador.

Terminamos de comer. Levanté la mesa y dejé los platos sucios en la pileta de lavar. Después bajé las persianas hasta que los dos ambientes quedaron en penumbras. Parecía de noche. Desde la cama vi cómo Marina empezaba a desvestirse. La vi meterse en el baño en bombacha y remera y salir desnuda a los cinco minutos. Vi cómo desde el pasillo, para tener una perspectiva más amplia, se miraba de cuerpo entero en el espejo del lavatorio.

La mezcla de ruidos que me llegaba desde afuera era muy diferente a la de los fines de semana. Escuché el motor de un auto, las voces de los panelistas de un programa de

chimentos, y me acordé de la música que unos meses atrás, casi en simultáneo con la ida de Cecilia, un vecino había dejado de poner los domingos a la mañana.

Mirando las agujas del despertador imaginé mi escritorio vacío. Calculé que en la oficina debía estar acabándose la hora del almuerzo. Alumbrada por el resplandor amarillento que venía del baño, Marina seguía acariciándose la panza y la cintura. Aunque no giró la cabeza hacia mí en ningún momento, supuse que se daba cuenta de que yo la contemplaba.

Enseguida, al ver cómo apagaba la luz, me di vuelta hacia el lado de la ventana y, paseando la mirada por las rendijas, me pregunté si alguna vez, después del nacimiento de nuestro hijo, alguien volvería a confundirnos con una familia. Sentí cómo se metía en la cama y estiraba las sábanas para taparse hasta el cuello. Dejé que me abrazara desde atrás, y aunque seguía intentando pensar en el futuro cerré los ojos; sabía que, si los dejaba abiertos, ella me preguntaría en qué estaba pensando.

Índice

Primera parte _11
El Silencio Gitano _65
Tercera parte _89